

LEON

U

AD AUTÓN

VISITADOR

HV43

A77

C.1

NOM

47799

011706



EX LIBRIS

H. VALVERDE TELLEZ



1080022853

UNANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



MANUAL

DEL

VISITADOR DEL POBRE

FOR DOÑA

Concepcion Arrenal de S.
Carrasco

Consolid y serela congelados

Con licencia de la autoridad eclesiástica



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL DE

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Valverde y Tellez
MEXICO. — 1871.
LIBRERIA DE F. ABADIANO,
Esclerillas núm. 17.
47799

HV43

A77



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

A LAS HIJAS
DE
SAN VICENTE DE PAUL¹.

¡Qué consuelo pronunciar estas palabras, en vez de decir: *Al lector, al público!* ¡Qué consuelo poner este libro en manos amigas, en vez de llevarle á la puerta de una tienda, como un verdadero espósito, para que los pasajeros ó

(1) Damos este nombre no solo á las Hermanas de la Caridad, sino á todas las personas que procuran el consuelo de los pobres, siguiendo el sublime espíritu de San Vicente de Paul, que es el espíritu del Evangelio.

011206

no reparen él, ó noten los unos sus defectos, los otros sus errores, y ninguno la buena voluntad de quien le escribió! Vosotros sentireis esta buena voluntad mia, porque no sois críticos, porque no sois el público, ni vereis en este libro una obra literaria. Aceptadle con el corazón como os le ofrezco. Los defectos que tiene son míos: si algo bueno hallais, os pertenece. Yo no hago mas que decir algo de lo mucho que haceis; reflejar imperfectamente vuestras ignoradas virtudes. Dios señala á cada cual el trabajo segun su fuerza. A los que valeis mas, dice:—Dad altos ejemplos. A los que valemos ménos:—Recoged los altos ejemplos y formad la regla.

CAPITULO PRIMERO.

¿QUÉ ES EL DOLOR?

Hay un enlace tan íntimo entre nuestras ideas, nuestros sentimientos y nuestras acciones; influye tanto lo que pensamos en lo que hemos de hacer, lo que hemos hecho en lo que habremos de pensar y sentir; la idea, el sentimiento, la acción se eslabonan de tal modo para formar un círculo, en que cada fenómeno es á la vez causa y efecto, que no será nunca excesivo el empeño que tengamos en rectificar nuestros errores, á fin de que una idea equivocada no nos conduzca á una acción culpable.

Será muy difícil que al visitar al pobre aliviemos su dolor, consolemos su miseria espiritual y corporal, si ántes no formamos una idea exacta de nuestra posición respectiva; si no llevamos una humildad y una tole-

rancia sentida y razonada; si no podemos res-ponder con exactitud á estas tres preguntas:

¿Qué es el dolor? ¿Qué es el pobre? ¿Qué somos nosotros? Si damos á cada una de estas preguntas su verdadera respuesta; si la meditamos y nos identificamos con ella, entraremos á visitar al pobre en tal situacion de espíritu, que ocuparemos siempre el lugar que nos corresponde, y haremos todo el bien que debemos hacer.

El dolor no es para las sociedades ni para los individuos un estado transitorio, una consecuencia pasajera de circunstancias especiales ó deplorables errores, sino una necesidad de nuestra naturaleza, un elemento indispensable de nuestra perfeccion moral. Por eso no debemos mirarle como un enemigo, sino como un amigo triste, que ha de acompañarnos en el camino de la vida.

Imaginemos, si es posible, una sociedad sin dolores, y creyendo encontrar una mansion de delicias, hallaremos un pueblo de mónstruos repugnantes. El que no recibe mas que impresiones gratas, se degrada física y moralmente; se envilece sin remedio.

Sin lucha, sin contrariedad, sin abnegacion, sin prueba, sin sacrificio, sin dolor, en fin, no es posible moralidad ni virtud. ¿Quién cambia los groseros instintos en elevados afectos?—El dolor. La amistad, que no existe sino en los amargos dias de prueba; el amor, que se purifica orando junto á un lecho de muerte ó sobre una tumba querida; el afecto maternal, tan sublime en sus temores y en sus penas; el heroismo, que bajo cualquier forma que se le considere se riega con lágrimas ó con sangre; el arrepentimiento, que no existe sin la amargura de la falta; el perdon, que ha saboreado el desconsuelo de la injusticia; todo cuanto hay en el hombre, grande, puro, santo, ¿dónde tiene su origen?—En el dolor. Examinemos bien todo lo que nos interesa, nos commueve, nos admira, nos entusiasma, y hallaremos en el fondo algun dolor, algun grave dolor con su raíz necesaria.

Por el contrario, el placer, ya lo hemos dicho, enerva y degrada: es un árbol de bella flor y envenenado fruto, cuya sombra es mortal. El que no recibe mas que sensa-

ciones gratas, no sabe pensar ni sentir: no comprende, ni padece, ni ama: no es hombre. Su sér moral carece de un elemento esencialísimo; y despreciable y despreciado, arrastra una vida perjudicial para sí é inútil para los otros.

Hastiado y egoísta, busca el placer como la mariposa la luz en que perece: va apurando una tras otra la copa de todos los deleites y leyendo en el fondo de cada una *vacío, degradación, ruina*. La miserable naturaleza humana no soporta impunemente la dicha sin contratiempo: el bien sin mezcla de mal, que no corrompa y degrade, no es la felicidad de la tierra, es la bienaventuranza del cielo.

No llevemos, pues, enfrente del dolor una impaciencia hostil, ni la idea de combatirlo sino la de consolarle, utilizándole para la perfeccion moral de quien le sufre y de quien le consuela.

El dolor es el gran maestro de la humanidad. ¡Qué leccion tan sublime encierra á veces una lágrima que vertemos ó que enjugamos!

El dolor espiritualiza al hombre mas grosero, torna grave al mas pueril, le aleja de las cosas de la tierra, y parece que le hace ménos indigno de comunicar con Dios.

El dolor levanta al caido, abate al fuerte, confunde al sábio, inspira al ignorante, y establece un lazo de amor entre los que se aborrecian.

El dolor purifica lo que está manchado, santifica lo que es bueno y diviniza lo que es santo. Acostumbrémonos, pues, á mirarle como un poderoso auxiliar, que Dios nos envía para la perfeccion del hombre, como el solo cauterio que puede poner coto á la gangrena de la corrupcion humana.

¡Pero cómo esta corrupcion es tan grande, si el remedio se ve por todas partes con profusion lastimosa? El dolor enseña, purifica y eleva: donde quiera que volvamos los ojos, vemos dolores sin número: ¿cómo, pues, no poseemos todos la verdadera ciencia y somos puros y grandes? ¡Ah! Porque el dolor sin compasion en vez de moralizar deprava; y no es un elemento de moralidad sino á condicion de ser compadecido y con-

solado. Hijo mísero de la tierra, solo enlazado con la caridad que viene del cielo, produce el arrepentimiento y el heroísmo, las lágrimas santas de la gratitud y las de la compasión, que caer como un divino bálsamo sobre las heridas de la humanidad culpable y affigida.

Hemos dicho que en el fondo de todo lo que nos admira y conmueve, hay siempre un gran dolor; ahora debemos añadir, que el dolor, origen de las mas grandes virtudes, suele serlo tambien de los mas horribles crímenes, ¿Cómo así?—Porque le abandonamos á sí mismo, porque le depravamos en el aislamiento, porque le endurecemos con nuestro egoismo, porque le irritamos con nuestra alegría, y habiéndole recibido de Dios como un medio de perfeccion, con manos sacrílegas le convertimos en un instrumento de muerte.

Mirad aquellos dos hombres atribulados por el dolor físico ó por el dolor moral: los dos han sido maltratados por la fortuna, ó probados por la Providencia. Al uno desde niño se le trató con dureza; nunca tuvo una

mano que enjugase su llanto, un corazón que fuera el eco de sus penas, una inteligencia que despertara la suya y la elevara á Dios. Todas sus facultades amantes se han embotado por falta de ejercicio; todos sus perversos instintos han adquirido una actividad febril: ha empezado por aborrecer á los que eran duros con él, y ha concluido por aborrecernos á todos. La dureza de los otros le ha petrificado, no hay en él ni gratitud ni compasión: si quereis hacerle bien, os insulta; si hablarle de Dios, blasfema. El otro tuvo quien le compadeciera y le exhortara á sufrir con paciencia por amor de Jesús, que tanto sufrió por él. Su dolor, siempre consolado, ha hecho nacer en él una resignacion dulcísima. Sin apego á las cosas de la tierra, donde tanto sufre, parece no estar en ella sino para dar un sublime ejemplo; y fija la vista en el cielo, bendice sus sufrimientos, y ama con amor y gratitud infinita al que le lleva consuelo.

Estas dos criaturas tan diferentes, habian nacido iguales: el dolor abandonado hizo al uno un monstruo; el dolor compa-

decido hizo un ángel del otro. Sin duda que el hombre puede y debe ser bueno en todas las circunstancias de la vida; pero la humanidad es débil; fuerte la propension al mal, y gravísima nuestra responsabilidad, si pudiendo evitarlo, dejamos al hombre en circunstancias tales, que no pueda salvar su virtud sin heroísmo.

Penetrados de estas verdades, tengamos á la vista del dolor una compasion resignada, que nos aparte de la dureza y de la impaciencia. Miremos las desgracias como otros tantos medios de perfeccion para el que las sufre y para el que las consuela: pensemos con cuánta frecuencia se invierten en la vida los papeles de consolador y consolado, y repitámonos una y mil veces que el dolor compadecido purifica, y abandonado deprava.

CAPITULO II.

¿QUÉ SOMOS NOSOTROS?

Si no llevamos al visitar al pobre un espíritu de humildad razonada y sentida, nuestro orgullo se notará sin que nosotros

lo notemos. No hemos de tener el aire de un gran señor, que consiente en descender de su esfera, ni del justo que tolera los defectos del pecador, sino de un hermano colocado por la Providencia en situacion mas ventajosa, que se aflige de que su hermano no pueda participar de ella, y quiere prestarle auxilio y consuelo.

Entremos dentro de nosotros mismos antes de entrar en casa del pobre, y preguntémosnos: ¿Qué somos? ¿Qué hemos hecho para merecer nuestra posicion, nuestras riquezas, nuestros honores? ¿Qué hemos hecho para evitar las desgracias ó los estravíos que deploramos en otros? ¿Qué noble empleo hemos dado á nuestra inteligencia, á nuestra riqueza, á nuestro poder? ¿En qué grandes luchas ha triunfado nuestra virtud? ¿Qué grandes sacrificios hemos hecho por los que acusamos? ¿Qué sublimes ejemplos hemos dado á los que intentamos corregir? ¿Qué mérito hay de nuestra parte en no caer en faltas de que no podemos tener ni la tentacion siquiera? Si esto nos preguntamos en el silencio de nuestras pasio-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON

Biblioteca Valeriano y Torres

nes acalladas; si á esto respondemos en la sinceridad de nuestra conciencia, ¿quién de nosotros se atreverá á levantar la mano para arrojar la piedra de su desden y de su cólera, sobre los miseros, que Dios no colocó tan abajo sino para que los levantásemos! ¿Quién tan desvanecido por la felicidad, que crea merecerla?

Todas las circunstancias que á nuestro parecer nos elevan sobre el pobre, son puramente accidentales. Nuestra fortuna constituye nuestro mérito, y rara vez podemos reclamar otro que el empleo que hagamos de sus dones. ¿Y quién de nosotros se atreverá á reclamarle? ¿Quién hay tan ciego que se atreva á decir á Dios ni á los hombres:—Yo hice todo el bien que podía hacer, yo evité todo el mal que estaba en mi mano evitar? ¿Quién hay que no sea justiciable de alguna de estas dos grandes faltas: hacer verter lágrimas, ó no haberlas enjugado?

¿Qué de causas atenuantes para las faltas del pobre! ¿Cuántas agravantes para las nuestras!

Desde niños aprendemos á conocer á

Dios, á temerle y amarle. Nuestras facultades se educan, nuestros buenos instintos reciben expansion, siendo comprimidos los malos. Tenemos nociones exactas de lo justo y de lo injusto; á nuestros ojos aparece el vicio en toda su fealdad, la virtud en toda su belleza. ¿Cómo, si todo tiende á elevarnos, descendemos tanto? ¿Cómo, entrando en los combates con tantos elementos de victoria, sucumbimos tantas veces? Ante el tribunal de la divina justicia, nuestra causa ha de tener mas difícil defensa que la de *esa gente* objeto de nuestra caridad, muchas veces desdeñosa. Pensemos que la prosperidad se convierte fácilmente en ciego orgullo; que muy solícitos para averiguar si hemos merecido nuestra mala suerte, recibimos la buena como si nos fuera debida. Para entrar en casa del pobre con humildad de corazón y de inteligencia, investiguemos si en su lugar nos conduciríamos mejor que él, y á la vista de sus faltas, de sus vicios, tal vez de sus crímenes, dirijámonos esta pregunta: ¿Los pobres serian lo que son, si nosotros fuéramos lo que debíamos ser?

CAPITULO III.

¿QUÉ ES EL POBRE?

A esta pregunta no formulamos una respuesta categórica; pero rara vez deja de notarse en nuestras palabras y acciones cierto desden hacia los que socorremos; desden que en algunos casos es un matiz casi imperceptible: no está en lo que decimos, sino en el modo de decirlo, en la mímica, en la inflexion de voz, en alguna cosa que se siente, y revela lo superiores que somos, en nuestro concepto, al pobre que visitamos. Bien injustos debemos parecer á los ojos de Dios, bien ridiculos á los de la razon, cuando presumimos de gigantes, contando por estatura propia el pedestal en que nos colocó la fortuna.

Todos hemos formulado ú oido formular ciertos cargos contra el pobre, que forma la

base de nuestro credo en la materia, y son el punto de partida de muchas acusaciones injustas, de muchos irrealizables intentos.

El pobre, decimos, falta á la verdad.

Es descuidado.

Es imprevisor.

Es vicioso.

Es ingrato.

Si en vez de decir *el pobre*, dijéramos *la pobreza*, seríamos mas exactos y ménos agresivos; porque los males que están en las cosas hacen pensar en grandes medios para evitarlos, y mandan la tolerancia. Detengámonos un poco en examinar hasta qué punto es responsable el pobre de las faltas que le echamos en cara.

I.

El pobre falta á la verdad.

Un niño tiene hambre, tiene frío; sus padres no pueden darle lumbre ni pan; sale á la calle, alarga la mano, nadie repara en él. Dice que no tiene que comer, todos pue-

den notar que está helado; pero todos pasan sin notarlo. Entónces exagera la verdad como se esfuerza la voz para hacerse oír en medio del tumulto; dice que son seis hermanos, que sus padres están en el hospital, que no tiene ni madre, etc. Pasa uno, no le cree; pasa otro, le da crédito, se mueve á compasion y le socorre. Aprende prácticamente que con la mentira alcanza lo que la verdad no consiguió. La mentira, pues, es un excelente medio, que adoptará sin escrúpulo: sus padres no se lo reprueban; á nadie hace daño con él. . . . miente un dia, dos, un año. . . . mentirá toda la vida.

La mentira del pobre es una consecuencia de la dureza del rico, y de su abandono.

Si la desgracia tal como es, sobrado triste en verdad, nos moviera á compasion, no habria objeto en exagerarla; y si fuéramos á verla por nosotros mismos, quitaríamos al infeliz hasta la idea del engaño. Como está seguro que la mentira es lucrativa y que no se averigua la verdad, el pobre miente. En su lugar ¿no mentiríamos nosotros? Hipócrita ó ciego el que lo sostenga.

La mentira y el engaño en el pobre son la trasformación de nuestra dureza: allí podemos estudiarla; está en relieve, deja ver toda su repugnante desnudez. Aceptamos la responsabilidad de las faltas que incitamos á cometer, y en vez de exclamar con altanería—*¡El pobre miente!*—digamos con amargura—*¡Le hemos obligado á mentir!*

II.

El pobre es desconfiado.

Para hablar de la miseria con acierto, seria menester conocerla; para conocerla, haberla estudiado. ¿Este estudio quién le ha hecho? Respondemos sin vacilar—Nadie.

El actor del terrible drama no puede hacer mas que sufrir: para los espectadores no hay punto de vista posible desde donde puedan juzgar con acierto. En unos el exceso de la indiferencia, en otros el de la compasion, en todos el de la distancia, no les permite formar una idea exacta.

Nosotros no sabemos lo que es la miseria; ignoramos cómo hace sufrir y sentir, cómo modifica moralmente al desdichado que inmola, y no obstante queremos dictarle leyes, y ¡ay del pobre si no las guarda! ¿Qué diríamos del legislador que formulase un código sin conocer la historia, las costumbres, las leyes anteriores, la religión, el estado social, ni el país que habitaba el pueblo á quien debía regir? Pues ese legislador somos nosotros. Ignoramos lo que es la miseria; pero decimos al miserable:—Obra conforme á tales y tales reglas; de lo contrario, caerá sobre tí el anatema de mi desprecio y de mi abandono.

El descuido del pobre, su dejadez, su falta de aseo, nos parecen harto culpables, y á veces disminuyen nuestra compasion hácia él. Para tal y tal cosa, decimos, no se necesita dinero; un poco de cuidado basta. El pobre ha de ser limpio, porque lo somos nosotros, y tener el propio esmero con sus trapos, que nosotros con nuestras galas: la lógica no parece muy fuerte, pero no gastamos otra. Todos los argumentos que emplea-

mos contra el descuido del pobre, están sacados de nosotros mismos, de lo que nos agrada, nos conviene ó nos obliga. Detengámonos un momento á considerar si pueden ser unas mismas las inclinaciones y los deberes, cuando son tan diferentes las circunstancias.

La limpieza es una cosa muy artificial, y por ella se mide exactamente la civilización de un pueblo. Los niños son todos sucios, no hay ninguno que no se impacienta cuando se le asea y no trate de impedirlo: como es débil, sucumbe en la lucha, el hábito triunfa de la inclinacion, y acaba por hacerse limpio. En el pobre no hay esta lucha, ni puede haber este triunfo. Entre otras tristes herencias recibe la de la suciedad y el abandono, estando muy complacido entre la mugre, que nos causa náuseas, y respirando sin disgusto la atmósfera infecta, que nos parece irrespirable: el bienestar que resulta del aseo y del orden, no lo comprende, no le ha gustado jamas. Y luego ¿qué prodigios de esmero necesita para ser limpio el que no tiene mas que alguna ca-

misa haraposa, el que necesita dormir vestido, la madre que carece de ropa para mudar á sus hijos y de jabon y de tiempo para lavarlos! Insensiblemente se cae en el abandono, porque lo que es difícil todos los dias, de hecho viene á no ser posible ninguno.

¿Qué nos sucede á pesar de nuestros hábitos de toda la vida, cuando alguna pena grave nos aqueja? La mujer mas pulcra, el hombre mas elegante, ¿no descuidan el atavío de su persona? ¿No tiene la barba crecida, el cabello desordenado, el vestido descompuesto?—¿Cuándo se asean?—Cuando se consuelan, ó se tranquilizan al ménos. Esto nos puede hacer comprender, por analogía, que la miseria que impone privaciones, á que no es posible habituarse, y lleva en pos de sí dolores renovados siempre, predispone á ese descuido, que le echamos en cara, y por el cual mas de una vez nos creemos autorizados para abandonarla. Seamos razonables y justos; y en vez de afirmar con acritud:—*¡El pobre es descuidado,* digamos solamente:—*Es bien difícil que la miseria no lleve en pos de sí la suciedad y el descuido!*

III.

El pobre es imprevisor.

Si formamos una lista de los males que el pobre puede prever, y anotamos en ella los que puede evitar, ó atenuar siquiera despues de haberlos previsto, nos asaltará esta duda. La imprevision ¿es una grave falta, ó una providencial compañera, que velando al pobre los males del porvenir, le deja disfrutar el bien presente?

El pobre no puede realizar economías. Si mantiene y educa á su familia, si coloca en la caja de ahorros algunas cortas cantidades para cuando le falte salud ó le falte trabajo, hace mucho, hace mas que probablemente haríamos en su lugar los que le acusamos con ligereza. Si contempla su vejez, si la considera, debe aparecérselle como un espectro, cuya mirada lúgubre acibare todas sus alegrías. ¿Podrá evitar que sus hi-

jos, formando otra familia, le abandonen? ¿Que teniendo apenas lo necesario, obedezcan al instinto que nos hace atender primero á los que nos deben el sér, que á los que nos lo han dado? ¿Podrá evitar que sus fuerzas físicas se debiliten, y que llegue un dia en que nadie quiera darle un jornal? ¿Podrá evitar la especie de desden con que se mira, cuando la pierde, al que no tiene mas que la fuerza material? ¿Podrá evitar que las enfermedades, compañeras de la vejez y de la miseria, hagan amarguísimos los últimos dias de su vida y apresuren su muerte? Si pensara en el porvenir, ¿podría gozar del presente, ni tener una hora de contento y alegría? Y si todo esto es cierto, ¿debemos acusar al pobre por su imprevision, ó bendecir á Dios que se la envía?

Es incomprendible para nosotros este olvido del porvenir, y hay una fuerte propension á condenar lo que no se comprende. Debemos notar un hecho, cuya analogia podrá ayudarnos á disculpar la imprevision del pobre. Si un hombre inmortal viniera á vivir entre nosotros; si viera

cómo amamos la vida, cómo tememos la muerte, ¿comprendería nuestro contentamiento, sabiendo que son tan contados los dias que hemos de vivir sobre la tierra? Cada uno que pasa nos acerca á la tumba; pasa la niñez y la juventud, somos viejos: la muerte, esa muerte tan temida, está allí á dos pasos; y ó no la tememos, ó no la vemos, y seguimos alegremente nuestro viaje, como si ignorásemos lo que hay al fin de él. Los pobres no piensan en la vejez. Y nosotros, ¿pensamos en la muerte?

Ademas, para que la prevision del pobre dé resultado, debe ir acompañada de una série no interrumpida de privaciones, y al exigírselas, tal vez no hemos calculado bien la fuerza que necesitan, ni si lo que pedimos se halla muy en armonia con la naturaleza humana. Hé aquí una materia en que no es fácil que juzguemos con acierto, porque no podemos tener experiencia propia. No sabemos lo difícil que es quedarse con hambre todos los dias de una semana, de un mes, de un año, para no carecer enteramente de pan al año, al mes, al dia si-

guiente: no sabemos lo que es estar materializados por las ocupaciones y los hábitos de toda la vida, y renunciar al *hecho* de un goce *material presente* por la *idea* de evitar un mal *futuro*; no nos hacemos cargo de que el hombre es antes que todo débil y paciente; con mas aptitud para sufrir los males, que para evitarlos, y que por cada mil que resistan el dolor, apénas habrá uno que resista á la tentación.

Si consideramos bien todas estas cosas, seremos mas indulgentes con el pobre, comprendiendo que no es muy fácil que se prive de los goces materiales el que no conoce de otros, y cuán difícil es que reserve cada dia una parte del jornal, que íntegro no basta para satisfacer sus necesidades.

Sus necesidades.... entendámoslo bien, porque los pobres están siempre con hambre; y no se entienda que hablamos de los mendigos, sino de los que pueden trabajar, y trabajan. Notemos, si no, que cuando la casualidad ó la compasion, en un dia solemne, dan al pobre todo lo que quiere comer; come cuatro, seis, ocho veces mas de la can-

tidad que constituye su comida ordinaria. Seamos muy circunspectos antes de dirigir al pobre un nuevo cargo, y en vez de acusarle de improvisor, pensemos que la prevision en él, es en muchos casos de una utilidad harto problemática, y es en todos difícilísima.

IV.

El pobre es vicioso.

El hombre es vicioso en general: los vicios del pobre son mas groseros, están mas visibles, y sus consecuencias, si no mas fatales, son mas ostensibles; por eso se le dirigen cargos mas severos. Seguramente el vicio es odioso donde quiera que esté; pero suele ser mas disculpable allí donde parece mas repugnante.

El vicio de la preponderancia de la materia sobre el espíritu. ¿Y qué hacemos para espiritualizar al pobre, para hacer penetrar la luz de la religion y de la ciencia, la verdad bajo todas sus formas, á través

de esa ruda corteza, que cubre sus mas nobles facultades? ¿Qué hacemos para arrancarle de la taberna, del garito, de la orgía? ¿Por qué la ley da tutor al niño, al jóven? ¿Es tal vez porque su cuerpo es débil? No: es porque es débil su razon. La del pobre lo es siempre; es menor toda la vida, y menor sin que haya nadie que se encargue de su tutela. De niño, de jóven, ni de adulto, ¿quién le enseña grandes verdades, ni le inspira elevadas ideas? ¿Quién vigila sus juegos ni sus diversiones, para que la necesidad de descanso no se convierta en fuente de corrupcion? ¿El descanso del pobre! Hé aquí su mas terrible enemigo. Tras de una semana de trabajo y de privaciones, el sábado por la noche no le preocupa la idea de madrugar al dia siguiente, y tiene dinero. ¿Qué tentacion! Allí está la taberna, donde entran sus amigos á gozar los únicos goces, que él comprende. Primero se bebe, se habla y se rie; despues se jura, se blasfema, se riñe; luego . . . Dios perdone al pobre que peca, y al rico que no procura apartarle del pecado.

¡Cuántos vicios se evitarian, cuántos crímenes, nada mas que con pagar al jornalero el línes antes de entrar á trabajar, en vez del sábado cuando deja el trabajo! ¡Cuánto podria moralizarse al pobre, ocupándose en su dia de fiesta, tan fatal para él, y haciendo que lo distribuyese entre sus deberes de cristiano y sus entretenimientos de hombre racional. ¡El pobre, como los niños, se divierte con tan poco! Nosotros, al visitarle, no podemos evitar este abandono; pero debemos tenerle presente para ser tolerantes con los vicios del pobre, que tiene ménos elementos que nosotros para resistir á ellos.

La embriaguez, ó cuando ménos el abuso de los vinos y licores, es una de las causas la mas poderosa tal vez de los estravíos del pobre. Vemos, ó sabemos, que el que no tiene pan para el dia, emplea los pocos maravedises de que dispone, en el aguardiente de por la mañana. Esto nos indigna, inspirándonos acaso la idea de retirarle un sorro, que no merece quien gasta en vicios sus pocos recursos. Reflexionemos un poco antes de condenar sin apelacion.

El abuso de las bebidas espirituosas tiene su origen unas veces en la taberna, única distracción que halla el pobre, y otras en una ley fisiológica. Tengámoslo muy presente. Nosotros nos escandalizamos de que beba aguardiente el que no tiene pan, y los fisiólogos nos dicen que es una cosa natural y conforme con las leyes de nuestra organización. Las bebidas alcohólicas reaniman el cuerpo abatido por la miseria, dan vigor á toda la economía, embotan la sensación del hambre, producen un bienestar físico y moral, que el miserable no puede conseguir de otro modo. Este vigor artificialmente adquirido pasa luego, la reacción viene después, y el desdichado busca nueva fuerza en un nuevo estímulo. Este medio violento es fatal para la salud, que no tarda en resentirse; del uso se pasa al abuso; el hábito adquirido en la miseria se conserva, aun cuando se haya mejorado de posición, y la enfermedad y el vicio degradan el cuerpo y pierden el alma del que se abandona á la embriaguez.

Pero en muchos casos, no lo olvidemos,

su origen está en una propensión natural, en una ley fisiológica, que nos manda reparar nuestras fuerzas ante todo, buscar alimento á la combustión que da calor á nuestros miembros, aunque á la larga el combustible haya de ser fatal.

Seamos, pues, tolerantes, muy tolerantes con los vicios cuyo origen es una desgracia.

V.

El pobre es ingrato.

En vez de exclamar ¡el pobre es ingrato, hablaríamos con mas exactitud diciendo, que el hombre en general no es muy agradecido. ¿Son tan raros los ejemplos de ingratitud entre las personas bien acomodadas? Por desgracia son mas fáciles de contar los que recuerdan los beneficios que los que los olvidan.

El pobre, decimos, se acostumbra á recibir el bien que se le hace, como si se le debiera de justicia. ¿Y nosotros no creemos

que se nos debe el bien que recibimos? ¿Somos muy escrupulosos para investigar si es merecido?

Hay dos razones para que el pobre nos parezca ménos agradecido, que lo que es realmente. La primera lo brusco de su lenguaje, la dificultad que halla en expresarse de una manera parecida á la nuestra, lo poco habituado que está á la expansion de los afectos benévulos, de que tan rara vez es objeto; tambien necesita educarse la gratitud. La segunda causa es, que á veces damos el nombre de favor á la justicia, y creemos de muy buena fé que fuimos buenos y generosos, cuando realmente no hemos sido mas que justos.

Sin duda, que aun reduciendo su número conforme la razon manda, quedarán entre los pobres muchos ingratos; la ingratitud nos afligirá, es natural, pero no debe producir en nosotros cólera ni desaliento. Si no hallase mas que critauras agradecidas, resignadas, prontas á enmendarse, ¿dónde estaria el mérito del visitador del pobre? ¿Dónde su virtud? ¿Qué premio en el cielo, qué res-

peto en la tierra mereceria el que marchase tranquilamente por un camino, donde no hubiera abrojos ni precipicios, derramando bienes á derecha é izquierda, sin esfuerzo alguno de su parte? La ingratitud es una prueba: sufrámosla, y dichoso el que no la merezca como castigo.

Pero si ante Dios la ingratitud es un gran pecado, respecto de nosotros ¿no debe considerarse como una gran desventura? Si hemos sufrido en la vida, si una mano piadosa ha venido á consolarnos, si hemos derramado las dulcísimas lágrimas de la gratitud, bien celestial de los tristes, lejos de irritarnos contra el ingrato, le compadeceremos, como al que le falta un miembro ó un sentido, y diremos al dejarle: ¡Infeliz! ¿tiene la desgracia de no agradecer!

Estas reflexiones que hacemos sobre las faltas del pobre, no significan que debamos sancionarlas; por el contrario, combatámoslas sin descanso; pero debemos llevar á esta lucha calma, tolerancia, verdadero conocimiento del origen y extension del mal que queremos remediar, en una palabra, espíritu

de caridad. El pobre no se corrige por acriminar sus vicios, y darle para su enmienda facilidades, que no existen; al contrario, con esta conducta se le exaspera y se desalienta. Todos tenemos conciencia y propension á reconocer nuestras faltas; pero si se exajeran, el amor propio y el espíritu de justicia toman la iniciativa, la pasión hace oír su voz, y empezando por defender nuestro derecho, concluimos por defender nuestra culpa.

Meditemos bien la parte de responsabilidad que cabe al pobre en sus faltas, y aun restemos caritativamente algo, seguros de que no hay como hacerle gracia, para que él se haga justicia. Cuando tratemos del remedio, no soñemos facilidades que no existen, que conducen á exigencias absurdas é injustos cargos. Para que una cosa difícil se haga imposible, no hay como pintarla fácil.

El pobre se extravía, necesita toda su fuerza para volver al buen camino: si le pintamos su enmienda como cosa que no exige sino un leve esfuerzo, le hace, y viéndole inútil, desconfía de nosotros y de sí mismo, se desalienta y se exaspera, pensando en que

le engañamos acerca de las grandes dificultades que tiene que vencer, ó que negamos justicia al mérito de haberlas vencido. Esto no lo expresa tal vez con claridad, pero lo siente, y tiene una frase con que muy á menudo formula nuestros errores: *¡Los señores no saben lo que son trabajos!*

Que nunca digan esto nuestros pobres. Procuremos, por el contrario, que el desdichado repita estas palabras como una bendición: *¡Parece que los señores han sido pobres, segun nos comprenden y nos disculpan y nos consuelan!*

CAPITULO IV.

DE NUESTRO EXTERIOR AL VISITAR AL POBRE.

Hay personas de elevada categoría, que casi podría decirse que se disfrazan para ir á visitar al pobre; tan modesto es el traje que para esta buena obra usan. Nunca se elogiará bastante su conducta, que debe pro-

de caridad. El pobre no se corrige por acriminar sus vicios, y darle para su enmienda facilidades, que no existen; al contrario, con esta conducta se le exaspera y se desalienta. Todos tenemos conciencia y propension á reconocer nuestras faltas; pero si se exajeran, el amor propio y el espíritu de justicia toman la iniciativa, la pasión hace oír su voz, y empezando por defender nuestro derecho, concluimos por defender nuestra culpa.

Meditemos bien la parte de responsabilidad que cabe al pobre en sus faltas, y aun restemos caritativamente algo, seguros de que no hay como hacerle gracia, para que él se haga justicia. Cuando tratemos del remedio, no soñemos facilidades que no existen, que conducen á exigencias absurdas é injustos cargos. Para que una cosa difícil se haga imposible, no hay como pintarla fácil.

El pobre se extravía, necesita toda su fuerza para volver al buen camino: si le pintamos su enmienda como cosa que no exige sino un leve esfuerzo, le hace, y viéndole inútil, desconfía de nosotros y de sí mismo, se desalienta y se exaspera, pensando en que

le engañamos acerca de las grandes dificultades que tiene que vencer, ó que negamos justicia al mérito de haberlas vencido. Esto no lo expresa tal vez con claridad, pero lo siente, y tiene una frase con que muy á menudo formula nuestros errores: *¡Los señores no saben lo que son trabajos!*

Que nunca digan esto nuestros pobres. Procuremos, por el contrario, que el desdichado repita estas palabras como una bendición: *¡Parece que los señores han sido pobres, segun nos comprenden y nos disculpan y nos consuelan!*

CAPITULO IV.

DE NUESTRO EXTERIOR AL VISITAR AL POBRE.

Hay personas de elevada categoría, que casi podría decirse que se disfrazan para ir á visitar al pobre; tan modesto es el traje que para esta buena obra usan. Nunca se elogiará bastante su conducta, que debe pro-

ponerse por modelo, ya que no nos atrevamos á imponerla como deber.

Si acostumbrados al lujo nos parece demasiado penoso vestir pobremente, busquemos siquiera para ir á visitar al pobre, nuestro traje mas modesto, mas oscuro; negro, si es posible; llevemos algunas horas esta especie de luto, por los que sufren sobre la tierra. Poco cuesta abrocharse el frac, la levita ó el gaban, para ocultar la cadena de oro ó los botones de brillantes: poco bajarse la manga del vestido, para ocultar la rica pulsera. Estas precauciones materiales importan mas que se piensa: nuestros consejos, nuestros cargos ó exhortaciones, pueden perder toda su eficacia; mas todavia, un rico traje, una alhaja preciosa puede convertirlos á los ojos del pobre en una especie de insulto.

El pobre es muy material: ya sabe que tenemos comodidades, lujo y riquezas; pero mientras no las vea, no le exasperan: por el contrario, nos agradece que en medio de la fortuna no olvidemos su desgracia, y cuando él no tiene zapatos, nos perdona que tengamos coche, si nota, cuando vamos á verle,

el polvo ó el lodo en nuestro modesto vestido. Hacen tan mal efecto las sortijas en la mano que se tiende al miserable, y la preciosa cartera ó el lindo tarjetero, de donde se sacan unos bonos, que apenas remediarán el hambre de un dia, y el reloj que consultamos con impaciencia! Pero necesitamos reloj, tenemos precision de acudir con exactitud á nuestras ocupaciones, á nuestros pasatiempos, á nuestros deberes; todo esto es cierto; pero el pobre, que no comprende esta necesidad cuando no puede satisfacer las suyas, si le exhortamos para que se resigne con su desnudez ó con su hambre, al ver brillar nuestras ricas superfluidades, cuyo valor exagera, es difícil que no piense:—
¡Con el precio de estas alhajas innecesarias podias remediar esos males para los que me pides una resignacion imposible! Y entonces ¿cuál seria la eficacia de nuestros discursos?

Todo se evita con que dejemos en casa las galas y ricos adornos, con que no llevemos á la del miserable dolorosos contrastes, que casi podrían llamarse impías profanaciones, porque la modestia de la caridad, ié-

jos de parecer hipocresía, es un homenaje de respeto tributado al dolor. No hagamos, pues, nada para insultar materialmente al pobre, que, como hemos dicho, es muy material, y él nos perdonará nuestras prosperidades, porque no es suspicaz; no, no lo es, aunque de tal sea acusado por los que no le conocen; por los que se equivocan: no queremos decir por los que le calumnian, porque no queremos creer que haya criaturas tan viles, que merezcan el nombre de *calumniadores de la desgracia*.

Hemos de entrar en la casa del pobre, sin dar á entender que nos molesta el calor ni el frío, el viento ó la lluvia, ni nos fatiga la mucha escalera, ni ninguna otra incomodidad, que sea preciso arrostrar para visitarle. Nos hemos de sentar en cualquier parte, sin reparar si podemos ó no mancharnos. Hemos de dominar la mala impresion que nos produce la falta de aseo, el respirar un aire viciado, y conducirnos, en fin, de modo que parezca que estamos allí como en nuestra propia casa, sin que nada nos choque ni nos moleste. Esto importa mucho, porque hay

molestias, que no comprendiendo el pobre que lo sean, las califica de exageraciones pueriles, de refinamientos hijos de la mucha riqueza y de la poca caridad. Además, para que el pobre nos ame, sin lo cual no podemos consolarle ni corregirle, para que agradezca el bien que le hacemos, para que lo sienta, es preciso que no se lo hagamos sentir, que parezca que lo ignoramos, y entonces lo comprenderá mejor.

Sin usar de una urbanidad exagerada y ridícula, hemos de ser muy atentos con el pobre: esto le lisonjea y le eleva á sus propios ojos, cosa muy importante, porque el origen de muchos de sus extravíos es la falta de dignidad y de aprecio de sí mismo.

Cuando nos ofrece su silla vieja, ó nos limpia el asiento, ó se duele de no tener ninguno que ofrecernos, ó nos encarga que no nos cargamos por la escalera, debemos manifestar de una manera expansiva y cordial nuestra gratitud por estas atenciones.

No hemos de limitarnos á ser atentos con el pobre que vamos á visitar; debemos saludar cortesmente á todos los de la casa que

hallemos al paso, y acariciar á los niños, y terciar en sus disputas, y hacémoslos propicios con alguna fruslería.

Por regla general, en la casa donde hay un pobre hay muchos, y algunos tal vez mas necesitados moral ó materialmente de nuestros auxilios, que el que vamos á visitar: si nuestra caridad no es expansiva y afectuosa, no lo sabremos, perdiendo la ocasion de hacer un gran bien ó evitar un mal grave. Ademas, nuestros pobres necesitan á veces una vigilancia, que no podremos ejercer sin auxiliares. Tal vez quieren engañarnos, y nos engañarán, si entre sus vecinos no hay alguno que pueda y quiera decirnos la verdad.

Por nuestra dulzura, por nuestra caridad expansiva, debemos establecer relaciones benévolas con todos los pobres que rodean al nuestro; debemos procurar que se forme en derredor de él una atmósfera de cariño ó de respeto, que para cualquier cosa que intentemos ha de ser un auxiliar poderoso. A veces, en esas casas en que, por una desgracia nunca bastante deplorada, se hallan reunidos el vicio, la miseria y el crimen, hallare-

mos á nuestro paso figuras siniestras, miradas torvas, prontas á saludarnos con una maldición: no nos desalentemos; nuestra dulzura acabará por triunfar de su aspereza; rara vez el corazon del hombre es tan duro que, tocándole con la vara mágica de la caridad, deje de brotar en él algun buen sentimiento.

Sin tener el aire de suspicaces escudriñadores, hemos de observar todo lo que hay en la habitacion del pobre, porque los objetos materiales pueden servir muchas veces como indicios ó pruebas de algun hecho importante. Restos de alimentos ó bebidas, que anuncian falta de órden ó de obediencia á los preceptos médicos; una prenda de vestir; un baston, un pañuelo, una punta de cigarro, que indican haber estado allí una persona que nos dicen que no ha ido; una baraja, una arma, un libro donde no hay quien tenga tiempo para leer, ó quien sepa, etc., etc., mil objetos materiales, en fin, pueden ayudarnos en nuestras investigaciones. Para que estas no pongan en guardia al pobre, debemos empezar por notar objetos indiferentes, un espejillo, una estampa, colga-

dos en la pared, cualquier chuchería en una vieja rinconera ó sobre una tosca mesa. Reparemos en estas y otras cosas, no con aire de vana curiosidad, sino como quien toma interés por todo lo que rodea al que quiere consolar. Una baratija rota, que nos encargamos de mandar componer, nos pondrá en camino de hacer sin violencia observaciones sobre un libro inmoral ó una lámina obscena. Hemos de conducirnos de tal modo, que el pobre no diga: «*En todo se mete,*»—sino—«*De todo se ocupa.*»

CAPITULO V.

DE LAS CUALIDADES QUE DEBE TENER EL VISITADOR DEL POBRE.

Las cualidades necesarias para visitar con fruto al pobre, se reasumen todas en esta dulcísima palabra: *la caridad*; pero la caridad, como la define San Pablo, la que no se ensoberbece, no es ambiciosa, no es envidiosa, no busca sus provechos, no se mueve

á ira, no piensa mal, no se goza en la iniquidad sino en la verdad; la que es paciente y benigna, la que todo lo sobrelleva, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta: la caridad que nunca fenece.

Hé aquí el divino ideal de la caridad que han realizado los grandes santos, el modelo de perfeccion que debemos tener siempre á la vista para acercarnos á él cuanto posible nos sea.

Hay pobres de quienes tenemos mucho que aprender, que nos dan el ejemplo de las mas difíciles virtudes¹: otros necesitan lecciones, necesitan auxilio para no perder el buen camino, ó socorro para volver á él. Veamos de qué medios hemos de valerlos para ganar su corazón.

Dulzura. El visitador del pobre ha de tener una inagotable dulzura; su misión es to-

1 Después de vuestra visita, dice San Vicente de Paul, de vuelta á vuestra casa, reflexionad sobre las virtudes que hayais reconocido en estas pobres gentes, para confundiros vosotros mismos á la vista de vuestras imperfecciones.

da de paz y de amor; la violencia no le conducirá nunca á resultados ventajosos. Podrá intimidar á los que pretende corregir, podrá obligarlos á que tengan la apariencia de las virtudes, impulsados por una mira interesada; pero la enmienda verdadera solo se consigue por medio de la persuasión ¹. Para que el pobre nos crea, es preciso que se persuada que le amamos, es preciso que nos ame; él mas que otro alguno, atiende mas que á las razones, al que las dice ². Nuestro grande argumento, el que debe servir de base á todas nuestras exhortaciones, es el convencimiento íntimo que tenga el pobre de que todo lo que le decimos es animados

1 No olvidemos que S. Vicente de Paul nos dice: "Ann- que sea necesario sostenerse con firmeza para el fin que uno se propone en las buenas obras, no obstante es preciso usar dulzura en los medios."

2 "Los mismos presidiarios, con quienes he vivido, no se ganan de otro modo; cuando les hablaba con severidad, todo lo echaba á perder." Esto dice S. Vicente de Paul, y en otra parte añade: "Tened toda la concendencia que queráis, siempre que no ofendáis á Dios."

del vehemente deseo de su bien espiritual y temporal: todo está perdido si vé nuestro amor propio ó nuestras pasiones á través de nuestra débil caridad. Aunque tengamos que ser severos con el pobre, porque así lo exige la justicia, la dureza que pueda haber en el fondo de nuestra resolución, no debe llegar nunca á la forma. Debemos mostrarnos como aflijidos ejecutores de una orden severa, impuesta por la necesidad, y tener muy presente que el castigo pierde toda su eficacia si se ve que la pasión anima al que le impone. El pobre á quien por incorregible retiramos nuestra limosna, ó la de la sociedad á que pertenecemos, es todavía un hermano nuestro, un hijo del Dios que murió por él como por nosotros, y no debemos desesperar nunca de corregirle. Hagámosle comprender que, aunque no podamos darle socorro material, estarán siempre con él nuestra buena voluntad, nuestro deseo de verle mejor y mas dichoso. ¿Quién sabe si el melancólico recuerdo de este amigo desinteresado, que con pena se apartó de él, porque él lo quiso, quedará en su alma como una preciosa se-

milla, que cualquiera circunstancia puede hacer germinar? ¿Quién sabe si el último día que nos ve es el primero que empieza á comprender lo que para él fuimos; si aprecia nuestro amor por el vacío que le deja; si este adios hasta la eternidad le hace pensar en ella y estremecerse? Pero aunque dejemos á un pobre, no le abandonemos por eso: sin que parezca que le buscamos, procuremos encontrarle alguna vez; y si cualquiera terrible desgracia le aqueja, que nos vea á su lado. El hombre, sublime por sus aspiraciones y despreciable por sus instintos, es tal, que ni se debe confiar ni desconfiar de él nunca absolutamente.

Firmeza. La dulzura con el pobre debe ir acompañada de una razonable severidad; y esto aun para conservar el prestigio que debemos tener con él, y sin el cual no le podremos corregir. La debilidad de carácter mueve á desprecio, y es escarnecida por los mismos que la esplotan. ¿Cuáles son los hijos insolentes y poco cariñosos? Los hijos mimados. Cuando sea necesario, debemos doblar, romper, si es preciso, la voluntad del

pobre, no con la nuestra, sino con la de Dios, que haremos prevalecer con cristiana firmeza. No somos dueños, sino administradores de los bienes de todas clases que distribuimos á los pobres, y debemos llevarlos allí donde la necesidad y el mérito sean mayores. Pensemos que lo que se da indebidamente á uno, se quita al que lo merecia; que la arbitrariedad en la distribucion de las limosnas es un poderoso argumento contra las asociaciones caritativas, y un motivo que retrae de entrar en ellas á personas virtuosas, cuyo auxilio podria ser muy eficaz. Esta arbitrariedad sirve tambien de pretexto: guardémonos bien de dar al egoismo medios de disfrazarse.

Exactitud. La exactitud para llevar los socorros es una cosa tan obvia, tan esencial! Es tan fácil cumplir este deber, y tan horrible olvidarle, que apenas se concibe que sea preciso hablar sobre esto á ninguna persona que voluntariamente se presenta para visitar al pobre. Hay una familia sumida en la miseria; la pobre madre no puede dar mas que lágrimas á los estenuados hijos que le

piden pan, ni responder á sus ayes sino con los violentos latidos de su corazon. Se acusa la lentitud de las primeras horas de la mañana en que se espera el socorro, luego mas tarde se abre la ventana, se mira, se escucha, se espía el menor ruido, se oye lo que no suena. . . . Llega la noche, la puerta se cierra, ya no hay esperanza. El que debia llevar el consuelo á la desolada familia, se ha ido á sus negocios, á sus placeres y el socorro guardado en su cartera, nada dice á su corazon ni á su conciencia! Aquellos bonos son el pan del pobre; son su legítima propiedad. Paltamos á la confianza que deposita en nosotros el que nos confió la santa mision de llevar consuelo al desdichado: cada hora, cada minuto que retardamos voluntariamente este consuelo, cometemos una especie de fraude, que tiene algo de sacrilego. ¿Quién será el responsable de la deseseracion de aquella familia, que esperó en vano todo el dia el socorro que debiamos llevarle, de la blasfemia que formulan aquellos lábios, del crimen que medita aquel corazon y tal vez consuma? . . . Nada nos di-

rán los tribunales de los hombres, ¡pero compareceremos un dia ante el de Dios!

El visitador del pobre no cumple su santa mision con mandar los bonos ó cualquiera otra clase de socorro, con dejárselos á una vecina del necesitado á quien iba á visitar, ó echarlos por debajo de su puerta: no son el principal bien que llevamos al pobre, sino por el contrario, son en general el menor bien de los que podemos hacerle.

La exactitud en llevarle los socorros materiales es tan fácil, y faltar á ellos es tan repugnante, que apenas parece necesario recomendarla; pero hay otra que sin importar menos, corre mas riesgo de ser olvidada, y lo es en efecto muchas veces. Si nos aproximamos un poco á hacer lo que debemos, muy pronto lo somos todo para el pobre: nos confia sus secretos, nos expone sus dudas, nos pide apoyo en sus tribulaciones, y consejo en sus perplejidades.—No tengo en el mundo mas que á Dios Nuestro Señor y á vd., nos dice: vd. es mi madre y mi padre,—y nos convierte en agente de todos sus negocios. El memorial para que un hijo

enfermo sea llevado gr^{at}is á tomar baños, otro pidiendo tal ó cual socorro, la pretension para que una niña entre en un asilo de caridad, diligencias para buscar ocupacion al que carece de ella, para reclamar un derecho, para defenderse de una inculpacion calumniosa, para buscar un documento sin el cual no se puede legitimar una union ilícita, etc., etc., todo se encomienda á nuestro celo con una fé que nos obliga. Aunque no fuéramos exactos por amor de Dios y del prójimo, parece que debemos serlo por delicadeza. ¡Es tan indigno burlar la confianza que en nosotros se depositó!

Si alguna vez nos olvidamos de cumplir exactamente los encargos del pobre, disimulemos la verdad sin pronunciar nunca la palabra *olvido*: ¡es tan dura de oír por el desdichado! ¡Olvidarse de lo que á él le preocupa todos los momentos; olvidarse de lo que mortifica tanto á su hijo, de lo que podría aliviarle! Escusémosnos de un modo cualquiera, y procuremos reparar nuestra falta: confesársela es causar al pobre una gran pena, darle un cruel desengaño; es di-

rigirle un terrible golpe á nuestro prestigio, fundado todo en la gratitud y el amor.

A veces decimos: el pobre abusa, tiene exigencias impertinentes, verdaderos caprichos de niño mimado. Dios bendiga desde el cielo, y los hombres respeten é imiten sobre la tierra, al visitador cuyos pobres tengan de estas exigencias y de estos caprichos, ellos quieren decir: *es tan bueno, que la desgracia constituye para él un derecho sin límites* ¹. ¡Bienaventurado el fuerte, de quien abusa el débil que padece!

Circunspección. El visitador del pobre no solo debe ser bueno; debe parecer perfecto. Delante de los pobres, como delante de los niños, debemos medir nuestras palabras y hasta nuestros gestos, estar verdaderamente en escena, y como si representásemos un papel de mucha importancia, en que nada es indiferente. Nunca debemos decir nues-

¹ Acordémosnos de que San Vicente de Paul no daba muestra de impaciencia, ni aun de extrañeza, cuando un oficial de sastre le encargaba un ciento de agujas, y hacia con exactitud el encargo.

tra opinion sobre nada, hasta conocer perfectamente la del pobre que visitamos, ni tributar grandes elogios á las virtudes que tal vez finge, ni escandalizarnos altamente de los vicios que ostenta: las acciones, nuestro poderoso argumento para convencer, han de serlo tambien para ser convencidos, y la reserva un poderoso auxiliar, porque el pobre no es reservado. Pero esta reserva debe estar suavizada por la caridad, para que no parezca suspicacia, y haga poner en guardia al que queremos conocer: la circunspeccion no es la seriedad ni el silencio. Midamos, pues, nuestras palabras de modo que no haya ninguna imprudente, y si es posible, ninguna vana.

Cuando tratemos con personas de diferente sexo, seamos precavidos hasta la nimiedad, ya porque seria insensata arrogancia creer superfluas precauciones que los mas grandes santos juzgaron necesarias, ya porque las apariencias no puedan condenarnos nunca. Las apariencias, que son edificacion ó escándalo, importan mucho á todos, pero muy particularmente á los individuos de

una asociacion caritativa. La falta de un particular á él solo perjudica; la del que pertenece á un cuerpo colectivo, recae sobre la corporacion, y Dios sabe el daño que puede hacer, ya por los extraviados que impide corregir, ya por los virtuosos que retrae. Ademas, el mundo, muy tolerante con los que le siguen, es severo en demasia con los que quieren corregirle y aun consolarle. Todas sus franquicias y privilegios llevan esta condicion: *eno serás mejor ni mas grande que yo.* El que no la llena puede prepararse, segun los casos, á renunciar al fuero ó quedar fuera de la ley.

Semejante conducta parece una injusticia incomprensible, muy propia para irritar á los que de ella son víctimas, y no obstante nada les sucede que no sea muy natural, hasta cierto punto justo, y esto principalmente por tres razones:

Primera. El mundo es absoluto en sus fallos y poco perspicaz en sus observaciones. No admite mas que tres tipos. Los que le siguen, que aunque no lo digan, comprende que son *muy* medianos; los que se apartan

de él hácia el mal, que son *muy* malos; los que caminan por la senda del bien, que deben ser *muy* buenos: tiene una extraordinaria predilección por el superlativo: de ahí el que no deteste la maldad ni respete la bondad, sino cuando pasa ciertos límites.

Segunda. El mundo acaba por respetar lo que juzga respetable, pero regatea cuanto puede este respeto, y esto porque nuestro amor propio, el de todos, se rinde lo mas tarde que puede á tributar esta especie de homenaje, que quiere decir: «*vale mas que yo.*»

Tercera. Los que se apartan del mundo para hacerle bien, valen mas que él. Dios ha fortificado su voluntad, ó iluminado su entendimiento con una fuerza y con una luz que no da el vulgo de las criaturas. Son elegidos. El Señor ha de pedir cuenta á cada uno segun lo que dió: ¿por qué extrañar que el mundo pida mucho, á los que por instinto comprende que han recibido mas?

Sean pues tolerantes los mejores, que el mundo quiere impecables, y considerando que sus exageradas exigencias están disculpadas por la miserable naturaleza humana,

y apoyadas en parte por la razon, léjos de irritarse, procure llegar al elevado blanco que se les fija. Las mismas ofensas son verdaderos homenajes: de nadie se exige mucho sin confesar tácitamente que se tiene de él una alta idea.

Celo. Nada hay en el celo que parezca obligatorio: en muchos casos puede tener apariencia de un lujo de compasion, y no obstante, es indispensable en el visitador del pobre. Colocado muchas veces entre la inercia del que necesita y la indiferencia del que puede dar, se vé precisado á importunar aquí, á rogar allá, á reprender en otra parte, á luchar con los errores, con las pasiones, con el egoismo; á olvidar tantos desengaños sufridos, á imponer silencio al amor propio, á ser, segun las circunstancias, dulce, severo, insinuante, flexible, patético, jovial y grave; á inventar mil ingeniosos medios de llegar al santo objeto que se propone. ¿Por ventura podrá hacer todas estas cosas, sin ese entusiasmo del bien, sin esa imaginación de la virtud, sin ese fanatismo de la caridad, que se llama celo? Segura-

611006

mente que no. Si el celo nos falta, habrá en los movimientos de la caridad cierta exactitud casi mecánica; cumpliremos con el reglamento de la asociación piadosa, si pertecemos á alguna; nadie podrá reprendernos, sino Dios y nuestra conciencia. Toda ley es esencialmente negativa, sobre todo en materia de caridad. En sus artículos hallaremos lo que no debemos hacer, lo que debemos practicar solo en nuestro corazón. Cumpliendo materialmente con lo que nos manda, sin dar lugar á que se formule una queja razonada contra nosotros, la familia confiada á nuestro cuidado se hallará sin apoyo eficaz y sin consuelo. Los que pertenecen á una asociación caritativa deben tener cuidado de no ejecutar nada de lo que el Reglamento prohíbe; pero necesitan hacer mucho de lo que no puede mandar: ningún Reglamento puede ser otra cosa que el esqueleto de la caridad. En vano quiere tomar su nombre esa virtud falta de celo, que es un río sin corriente, una flor sin aroma, una máquina sin motor.

Perseverancia. La perseverancia es una

virtud tan necesaria como difícil; llevamos la veleidad á todas las cosas, y la mayor prueba de nuestra miseria es el poder del tiempo. Nuestros dolores, nuestras alegrías, nuestra cólera, nuestra compasión, todo se gasta. El hombre de elevada razón, el mas profundo filósofo tiene una desgracia: se le hacen los mas poderosos argumentos, los mas lógicos; es inútil, sufre cruelmente. Pasa un año, se consuela de su pena, si acaso no la olvidó. ¡Miserable razón la del hombre que, en su mayor altura, no puede competir con el sueño de 365 noches!

El tiempo, cuya mano se posa tan suave en la frente del que goza y tan inexorable sobre la del que sufre, el tiempo extingue ó amortigua, no la divina llama de la caridad, pero sí los fuegos fatuos, que muchas veces toman su nombre. Hay gran diferencia entre impresionarse con los males de nuestros hermanos, y afligirse. Para lo primero basta imaginación, y se necesita corazón para lo segundo. Estudiémos bien, y si no hay en nosotros mas que impresionabilidad, pidamos á Dios vocación ver-

dadera, porque vocacion y alta vocacion necesita la práctica de la caridad: confiemos nuestra limosna á los que supieren distribuirla, y no vayamos á dar el mal ejemplo de nuestra desercion. La caridad, para que sea perseverante, necesita echar raíz muy profunda en nuestro corazon. Sondeémosle bien, ántes de entrar en una asociacion caritativa; el que sale de ella por no haber llenado los deberes que impone, no deja un puesto vaeo, sino una brecha por donde entran la erítica, la calumnia y el descrédito.

Si Dios nos ha elegido para instrumentos de su misericordia infinita, correspondamos dignamente á tan señalado favor, hagámonos dignos de tan sagrado depósito, acreditemos nuestra vocacion con nuestra perseverancia. Sin esta virtud nada podemos, nada somos para consolar al pobre ni para corregirle: nuestro trabajo será el del obreiro que empieza muchas labores y jamas concluye una. Seamos circunspectos para ofrecer proteccion á los desvalidos. Consultemos nuestros medios materiales y nuestro corazon, siempre pequeño, ántes de ofrecernos

á visitar un gran número de familias. Si visitamos bien una, si la consolamos, si la corregimos, si nos identificamos con ella, si perseveramos á pesar de todos los obstáculos que el mundo nos oponga y de las pruebas que Dios nos envíe, no hemos hecho en vano la peregrinacion de la vida. El mérito no está en halagar nuestro amor propio con la proteccion de un gran número de personas, sino en la perseverancia de ser útiles á unas pocas.

A veces nos desalienta la poca proporcion que hay entre los escasos resultados que obtenemos y los medios que empleamos, como si Dios en la balanza de su divina justicia hubiera de arrojar nuestra buena fortuna, y no nuestra buena voluntad. Además, no somos exactos apreciadores del mal que evitamos ni del bien que hacemos. El bien y el mal van por el mundo como esos pequeños fragmentos de roca desprendidos de las altas montañas cubiertas de nieve, y que se convierten en masas enormes. ¿Quién es capaz de calcular el daño que se evita al evitar una falta, el bien que se hace al contri-

buir á una accion buena? Por ventura ¿el mal y el bien no dejan en el alma una especie de levadura, que hace fermentar en ella nuestros perversos instintos ó nuestras nobles facultades? Cuando obramos mal, ¿no sentimos una especie de fascinacion que nos impele á obrar peor? Cuando hacemos bien, ¿no nos sentimos mejores y mas dispuestos á la virtud? Y luego ¿quién nos ha dicho el precio de una lágrima que se enjuga? ¡Ah! Si hemos sido desgraciados, debemos saber que es grande!

Humildad. La humildad con los pobres es una virtud que nos enseñó el Divino Maestro, y sin la cual no podremos corregirlos. La humildad no es mas que el exterior de la caridad, la expresion de un amor sin límites, que ninguna injusticia extingue, que ningún ódio altera: tengamos ese amor y seremos humildes. No hay nada tan sublime como la humildad verdadera, que por amor de Dios se inclina ante el hombre, que complace al que la maltrata, que consuela al que la injuria, que perdona de rodillas ¹.

¹ La humildad, dice San Vicente de Paul, es el camino que conduce á la mas alta perfeccion.

La humildad tiene un gran poder cuando se ve en aquellos en quienes no puede parecer bajeza, y por eso impresiona á los pobres cuando la observan en sus favorecedores. La soberbia en el débil es absurda, en el fuerte es vil. La soberbia humilla sin corregir; la humildad corrige sin humillar. La soberbia despierta el amor propio, y nos dispone á defender nuestras faltas; la humildad habla al corazon y nos lleva á confesarlas. Cuanta mas distancia ha puesto la fortuna entre el pobre y nosotros, mas le impresiona nuestra humildad para con él. Hay pocos tan insensibles ó tan depravados, que por una especie de reaccion no se sientan movidos á inclinarse ante el que nunca los humilla.

Pero lo mas difícil no es ser humildes con los pobres; su misma desdicha escuda nuestro amor propio: ¡los vemos tan abajo, que no creemos que puedan alcanzarnos sus ofensas! nuestra humildad es una fortuna de la compasion. Nuestros iguales, los que tienen mejor posicion, nuestros compañeros ó superiores, si pertenecemos á una asociacion cari-

tativa, hé aqui escollos mas temibles para nuestra humildad que la soberbia del pobre. La suspiciacia del amor propio nos hará notar la frialdad del saludo en uno, el aire desdenguado del otro, la falta de franqueza en el de mas allá. Nos parecerá que nuestras recomendaciones no se atienden, mientras se escuchan otras; que nuestros pobres son los menos favorecidos, siendo los mas necesitados. Notaremos que nuestros talentos, nuestro mérito, nuestra buena voluntad, pasan desapercibidos; confiando al cuidado de personas menos aptas encargos que deberiamos nosotros desempeñar. Llegaremos tal vez á tener por cierto que se nos desprecia de propósito y se nos humilla á sabiendas. El amor propio, que no hay disfraz que no tome, se revestirá con la sagrada túnica de la caridad, acusando en nombre de Dios á los que nos ofenden. Guardémonos de escucharle; la acrimonia de nuestras quejas debe revelarnos su verdadero origen. Pensemos que los otros valdrán mas de lo que suponemos, y nosotros menos de lo que hemos imaginado. En corroboracion nos bas-

tará recordar la exagerada idea que de su mérito tiene la mayor parte de las personas que conocemos, y cómo se ciegan acerca de sus defectos. ¿Por ventura nosotros seremos mejores apreciadores de nuestro propio valer? ¿Por qué razon? Pensemos tambien, que los desdichados que queremos amparar, con serlo tanto, tienen quien los aventaje en esa terrible competencia de dolores, cuya escala parece infinita. Pensemos, en fin, que si realmente hay alguna parcialidad, debemos sufrirla humildemente por Dios, que recibirá el sacrificio del amor propio, como la mejor ofrenda que podemos llevarle. Si el hombre es débil é imperfecto, ¿cómo sus obras no han de resentirse de su imperfeccion y de su debilidad? ¿Hay razon, hay sentido comun siquiera, en exigir que en la asociacion á que pertenecemos las cosas pasen como si estuviera compuesta de santos y dirigida por ángeles? Hemos de hacernos esta pregunta:—¿Es mas el bien que se hace que el mal, en la asociacion que criticamos? Si la respuesta es afirmativa, las injusticias que alegamos para no pertenecer á

ella ó para abandonarla, son pretextos del egoismo, del amor propio, de la debilidad, de la soberbia, origen de tantos males.

Para mejorar la suerte de nuestro pobre necesitamos á veces recurrir al auxilio de personas, cuya posición social es muy superior á la nuestra, y nos irrita la dificultad de verlas, la necesidad de esperar en una antesala, la insolencia de un lacayo, la altanería del señor. Si somos buenos cristianos, poco nos costará ofrecer á Dios estas pequeñas contrariedades; pero, aun suponiendo que nuestra virtud es débil y tibia nuestra fé, apelando solo á la razón, debemos mirar con calma estos contratiempos, que están en la naturaleza de las cosas. ¿No arrostramos por amor del pobre la suciedad de su habitación, su fetidez, su mucho calor ó su mucho frío? ¿Pues por qué no hemos de arrostrar al lacayo del rico y su antesala y su vanidad? ¿Por qué hemos de darle mas importancia que la que se da á una cosa desagradable, que hay que sufrir, ó á un obstáculo, que hay que vencer? Si al ver los defectos del pobre decimos para excusar-

le—¡Es tan pobre! ¿por qué á vista de los del rico no hemos de decir—¡Es tan rico! ¿No hay escollos muy difíciles de evitar para los que están en lo mas alto de la escala social, como para los que están en lo mas bajo? En vez de irritarnos contra los poderosos, demos gracias á Dios, que no nos ha puesto tan caidos que se abruma nuestro corazon, ni tan levantados que se desvanezca nuestra cabeza; démosle gracias porque nos ha colocado en la situación en que el entendimiento se ofusca ménos, y la virtud es mas fácil.

Sucedirá tal vez que la familia confiada á nuestro cuidado nada adelante en el camino de la virtud: en lugar de darla por incorregible, pensemos que acaso no hay en nosotros las dotes necesarias para corregirla; que no la inspiramos esa simpatía que, nacida del corazon, es el medio mas seguro para llegar á él, y entonces debemos pedir que nos releven por otra persona mas apta. Este acto de humildad, léjos de humillarnos, nos eleva: nunca el hombre parece tan grande como cuando confiesa su pequeñez, ni

Para nada se necesita mas fuerza que para ser humilde.

CAPITULO VI.

DE LA HABITACION DEL POBRE Y DE SU VESTIDO.

Sin necesidad de dinero podemos hacer mucho bien al pobre, aun materialmente. La miseria produce, entre otros males, una apatía, que parece preferir los dolores al trabajo de buscarles remedio; y un abandono, que la caracterizan siempre y en todas partes.

Nicholls, al hablar de la miseria en Irlanda, dice que, viendo la entrada de las pobres chozas obstruida por estiércol y toda clase de inmundicias, preguntaba á los colonos, cómo no la limpiaban, y ellos le respondian.—*¡Somos tan pobres!* A primera vista la respuesta parece absurda: para barrer un poco no se necesita ser rico: pero este *¡Somos tan pobres!* bien meditado, tiene su raíz profunda en el corazón humano, y ex-

plica y disculpa gran número de hechos que nuestra ligereza condena. Porque son tan pobres se hacen sucios; porque son tan pobres se cansan de luchar contra la fortuna, que los ha vencido tantas veces; porque son tan pobres no sienten las molestias atormentados por los dolores; porque son tan pobres se degradan y caen en una apatía, que no es filosófico estoicismo, ni cristiana resignacion, sino brutal indolencia.

Preparémonos, pues, á trabajar, muchas veces sin fruto, contra el descuido del pobre, pensando que Dios recompensará nuestro buen deseo, y que á los ojos de la caridad no es nunca pequeño el bien que se hace, ni el mal que se evita.

Procuremos mejorar las condiciones higiénicas de la habitacion del pobre, cuidando mucho de hacerlo de modo que él no sospeche nunca que es nuestra comodidad, y no su bien, el móvil de semejante conducta. Si el aire está viciado, cosa muy comun, podemos abrir la ventana, con un pretexto cualquiera, notando la buena vista que de allí se disfruta, para observar un objeto que

hay enfrente; etc., etc.; y luego, como por descuido, la dejaremos abierta. Podrá ser que el pobre note una grata impresion con el aire renovado, y entonces ya no hay mas que hacer; mas podrá ser que no, porque la miseria embota hasta el instinto de conservacion. Entonces, ya en pié para marcharnos, debemos explicarle del mejor modo que podamos, que el aire, respirándole, se vicia, se hace infecto, y si no se renueva, basta por sí solo para producir á la larga enfermedades y agravar desde luego cualquiera que se padezca; despues le pedimos permiso para abrir un poco, y nos vamos, á fin de que nunca imagine que lo hemos hecho por comodidad nuestra.

Otras veces, por el contrario, hay que evitar la entrada del viento, que penetra por todas partes. Se tapan con papeles, llevados al efecto, las rendijas; se pide un poco de yeso en la obra mas inmediata para tapar unos agujeros; se pone un bramante en cruz para que sostenga el papel de una ventanilla, en donde el viento le rompía siempre; se unen algunos pedazos de estera vie-

ja ó alfombra, para cubrir el frio ladrillo, etc., etc. El pobre, que nada de esto remediaba, apenas ve que ponemos manos á la obra, es otro hombre. ¡Con qué actividad nos ayuda! ¡Con qué solicitud procura que no nos manchemos, que no hagamos esfuerzos que puedan perjudicarnos! ¡Infeliz! ¡Lo que no hacia por sí lo hace por nosotros! ¡Parece que no se ama sino porque le amamos!

Muchas veces la cama de un enfermo que debe sudar y está sudando, se halla colocada en el sitio mas expuesto al viento; ó donde se percibe mas ruido, la del que sufre un fuerte dolor de cabeza, etc. Ni el paciente ni los que le rodean lo echan de ver; notémoslo nosotros, y pongámosle remedio hasta donde sea posible.

Hay pobres á quienes, por su temperamento, perjudica mas habitar en parajes lóbregos y húmedos: debemos hacer todo cuanto esté en nuestra mano para que cambien de habitacion, porque hay familias que se envenenan paulatinamente con el aire que respiran, y que con un pequeño auxilio podrian hallar otra casa que no les fuese fatal.

Elaseo de la casa tambien nos dará que hacer; sin embargo, por regla general, nuestra visita, hecha cuando no se espera, basta para que las cosas vayan un poco mas en órden.

Pocas serán las familias que no traten de asear algo su habitacion para recibirnos en ella. Las hay, no obstante, y con ellas es preciso recurrir á remedios supremos. La violencia ni la cólera nada consiguen: la amenaza de retirar el socorro debe economizarse mucho, dejándola para casos mas graves: los medios supremos no son los medios violentos, en confirmacion de lo cual citaremos un hecho.

Habia una familia pobre, sumamente descuidada, y una señora que la visitaba se valió inútilmente de mil medios para que bariere la habitacion. Un dia entró con una escoba y se puso á barrer. Los pobres quisieron impedirlo; fué inexorable; se acusaron, los disculpó; la representaron lo vil de la ocupacion.—¿Para qué lavó Jesucristo los piés á sus discípulos, les dijo, si no para enseñarnos á prestar servicios humildes á los que son ménos que nosotros? Conclui-

da su faena, añadió:—Me llevaré la escoba para otra vez.—No señora, nó, dijeron á un tiempo la mujer y el marido, como vidos visiblemente; y desde entonces no hubo en el barrio casa mas barrida que la suya.

Si de la habitacion del pobre pasamos á su vestido, serán aun mas graves las dificultades que se nos presenten.

La mujer pobre que tiene cuatro ó seis hijos, es imposible que los traiga decentes, y en la imposibilidad de hacer todo lo que convendria, concluye por no hacer nada. Así el pobre adquiere desde niño el hábito de vivir en la desnudez y la inmundicia, que ni aun puede notar, aquejado por el hambre y el frio. Así, sucede con frecuencia que vestimos á una familia necesitada, y al poco tiempo la hallamos cubierta de harapos. La ropa interior no se lava, la exterior no se quita para dormir, ni se cose un rasgon, ni se echa una pieza. Es verdaderamente para desalentar.

Pero la caridad nunca se cansa y todo lo sobrelleva. Exhortemos un dia y otro, y siempre sin irritarnos, pensando que en

aquel abandono hay mas desgracia que culpa. Busquemos en la familia el individuo que sea ménos desciudado, y con amonestaciones, ruegos y ofertas, veamos de corregirle: si le hacemos dar el primer paso, casi todo está hecho, porque se complacerá en verse mas limpio, en que le distingamos, dándole la preferencia, y en ver que le consideran mas en todas partes, porque sabido es cuánto influye el traje para todo. Al mismo tiempo que estímulos al que procura enmendarse, procuremos que el incorregible reciba humillaciones, sin que sospeche que hemos contribuido á ellas, y aunque nos parezca duro, consintamos en que sufra los rigores de la estacion, ya que no cuida el traje que podria ponerle á cubierto de ellos, y digámosle con pesar:—"Amigo mio, me duele en el alma verle á vd. en este estado; pero como dar á vd. un vestido es tirarle, y hay tantos que lo necesitan, no puedo en conciencia hacerlo." Lo suave del lenguaje y lo duro del castigo tal vez logren corregirle.

En el desórden y abandono del traje, la

falta está principalmente en las mujeres, y á ellas hay que dirigirse, apelando á sus afectos benévolos, á su amor propio, á su instinto de abnegacion. Una prenda que no cuidaría por su comodidad, tal vez la cuide porque se la hemos llevado el dia de su santo ó del nuestro, encargándole que la conserve como una memoria. Acaso se anime á coser si le regalamos una linda cajita que contenga hilos, dedal y agujas. Puede que la mueva la gratitud, el deseo de agradarnos, y que haga por nosotros lo que no haria por ella misma. Encarezcamos la belleza de sus hijos, que resaltaria solo con lavarles la cara; y un dia, con aire de broma, saquemos del bolsillo un pedazo de jabon, y hagamos que se laven los niños. El que lo haga sin llorar recibirá en premio algun regalillo, y la oferta de algun otro siempre que le hallemos con las manos y la cara limpia. Tal vez baste esto para que todos se laven y la pobre madre se anime. Alentémosla de modo que comprenda que sabemos toda la dificultad y todo el valor que tienen sus esfuerzos, haciéndola ver cuán merito-

rios serán para con Dios y para con el mundo, porque las personas caritativas que entran en casa del pobre, dicen como un gran elogio:—*¡La tiene tan limpia!*

Este cuidado material del pobre puede tener consecuencias que no sean materiales.

El hombre físico y moral están unidos de tal manera, que, modificando el uno, rara vez deja de modificarse el otro. La postración del ánimo le hace descuidarse con su persona, y el asco levanta su espíritu. Si al que yace en la miseria le vistiéramos decentemente, dándole una buena habitación, veríamos que sus pensamientos se elevaban, que sus inclinaciones eran ménos bajas. Por eso, al corregir al pobre de su descuido, no le hacemos solo un servicio material, sino que le ponemos en camino de ser mejor, y con la higiene de su cuerpo, le preparamos la salud del alma.

CAPITULO VII.

¿DE QUÉ HEMOS DE HABLAR CON EL POBRE?

Esta pregunta sirve de respuesta cuando alguno nos hace presente el poco tiempo que estamos en casa del pobre, donde no pueden pasar las visitas de cumplimiento. ¿Con quién cumplimos? Dios ve su inutilidad, el pobre la siente, nuestros superiores la comprenderán por los resultados, el mundo no nos mira; nosotros mismos.... ¿Qué idea tenemos de nuestra santa misión si creemos llenarla con algunos minutos de asistencia material? ¿Cómo nuestra conciencia no nos acusa de abusar de la confianza de los que confían á nuestro celo un cargo, que tan mal desempeñamos, y de estar en un puesto que otro ocuparía mas dignamente?

La visita del pobre puede dividirse en

cuatro clases. La que se ha llamado de *corredor*, reducida á ver al pobre y darle el socorro material sin sentarse, tal vez sin entrar en su casa, ni acabar de subir su penosa escalera.

La de *cumplimiento*, en que el visitador se sienta, está muy amable, habla algunos minutos de cosas muy indiferentes, y se vá.

La de *amigo*, que se prolonga, y en que se habla de las necesidades del pobre, de sus faltas, de los medios de mejorar su conducta y su posición, y se dan consejos y consuelos.

La de *padre*, que es todo lo larga que el caso requiera, y frecuente segun la necesidad; en que se rie y se llora, se reprende ásperamente y se consuela con amor; en que se habla mucho, en que se guarda silencio ante dolores sin remedio sobre la tierra; en que se reciben íntimas confidencias; en que se manda y se prohíbe, y se amenaza y se ruega; en que hay lágrimas de arrepentimiento, de amargura, de compasión y de gratitud; en que se reciben desengaños y estímulos, quejas y bendiciones.

Ya se comprende la inutilidad de las dos

primeras visitas, que podemos hacer durante muchos años, toda la vida, sin inspirar confianza al pobre que las recibe, sin conocerle mas que de vista, ni hacerle otro bien que el socorro material que le llevamos, que así aislado acaso no lo sea, y tal vez le perjudique estimulando su pereza, ó dando pábulo á su intemperancia.

Nuestra visita debe ser de padre, y si á tanto no podemos llegar, de amigo. ¿De qué hemos de hablar con el pobre? ¡Ah! ¡Si somos buenos no faltará asunto de conversacion! ¡El pobre tiene tantas cosas de que hablarnos! ¡Le sirve de tanto consuelo el que le escuchemos! ¡Nos da tanto derecho á que nos escuche el haberle escuchado!

El pobre tiene una larga y triste historia, que cuenta prolijamente: oigámosla para dar gracias á Dios, que no nos ha enviado tan duras pruebas; para aprender á sufrir; para que nos sirvan de ejemplo la resignacion, el valor, mil virtudes, secreto entre Dios y el pobre que la caridad sorprende; para conocer al que visitamos; porque quien refiere su vida se pinta en ella,

y es casi imposible que al pintarse el pobre no se retrate.

Hay en el pobre errores que combatir, faltas que deben corregirse, propósitos de enmienda que animar, dudas que resolver, ignorancias que ilustrar, proyectos que dirigir, temores que desvanecer, y la esperanza que debemos custodiar en su corazón, tan piadosamente como la caridad en el nuestro.

Somos bien poco cristianos y bien ridículos al decir con aire de superioridad desdenosa:—¿De qué hemos de hablar con el pobre? A Jesucristo, que confundía los doctores en el templo, ¿le faltaba de qué hablar con el pueblo ignorante y extraviado? Nosotros, miserables criaturas, ¿tendremos que descender tanto como el Divino Maestro, para enseñar algo á los que visitamos? A los ojos de la eterna sabiduría ¿las lecciones que damos valen tanto como las que podemos recibir? A las personas de elevada inteligencia, de vasta instrucción, si tienen caridad, no les falta nunca de qué hablar con los pobres, que al cabo de una larga visita les dicen:—“¡Tan pronto se marchau

vedes!”—Porque el pobre no es lo que dicen los que no le conocen ni le consuelan. Hay pobres pervertidos, y sobre todo, de escasa capacidad, que aprecian principalmente el socorro material que se les lleva; pero muchos aprecian tanto la visita, y no pocos, mas que el socorro.

¿Por ventura el pobre no tiene alma para recibir con gratitud la limosna de cariño que llevamos á su corazón?

Una señora, cuyo nombre pronuncian con respeto todas las personas que conocen sus virtudes y su talento, decía presidiendo una Conferencia de San Vicente de Paul:—“Nuestro celo falta muchas veces: los medios materiales no faltan nunca: ¡yo hubiera querido verlos agotados alguna vez para visitar sin bonos!” Y como alguna de sus hermanas replicase:—“Entonces los pobres nos recibirían mal,” contestó:—“Eso sería prueba de que no sabíamos cumplir con nuestra obligación: si los pobres nos recibían mal sin bonos, es que no los visitábamos bien.” En corroboración citó una Conferencia de señoras en Cataluña, que estuvo visitando

sin bonos por espacio de un mes, y cuyos pobres recibian á las hermanas con las mismas pruebas de afecto, con el propio cariño, que cuando les llevaban socorros materiales. Esto prueba que si es cierto que hay pobres que no ven mas que los bonos, se hallan muchos que ven el corazón, que le comprenden, simpatizan con él, y agradecen la visita mas que la limosna: esto prueba que en el corazón del pobre, como en el árbol del desierto, hay un fruto de ruda corteza, que encierra un licor dulcísimo, refrigerante, no sospechado por el egoismo y que la caridad revela.

No puede faltar asunto de conversacion con el pobre, que recibe como un gran consuelo nuestra visita, que nos consulta sobre todo lo que debe hacer, y nos refiere todo lo que ha hecho: tiempo y voluntad es lo que falta generalmente. El pobre suele ser prolijo en sus relatos; á veces nos cansa y nos impacienta con sus rodeos, con sus episodios, empleando media hora en decir lo que podría muy bien referirse en cinco minutos.

Pero si interrumpimos su relato, si damos

muestras de impaciencia, si no le dejamos decir todo lo que él quiere, es seguro que callará alguna vez cosa que nos importe saber. Además, si no le escuchamos, no nos escuchará, y luego, ¡parece tan duro privarle del consuelo que halla en referirnos extensamente sus cosas! ¡Tiene tan pocos que le oigan! ¡La desgracia deja un vacío tan grande en derredor del desgraciado!

Nuestras primeras conversaciones con el pobre no suelen ser muy animadas, porque tiene poca confianza, y porque no estamos familiarizados con su lenguaje, ni él con el nuestro. Pero la caridad hace prodigios. ¡Qué pronto el que la tiene inspira confianza al que visita! ¡Qué pronto se comprenden y qué especie de fusión se verifica en el lenguaje de entrambos!

Es digno de notarse cómo las personas ilustradas se acomodan al lenguaje de los pobres, adoptando uno que, sin ser bajo, esté á su alcance, y cómo los pobres pulen el suyo, y poco á poco le van elevando. Una vez llegados á este punto, y se llega pronto, falta siempre tiempo, no asunto de conversacion.

La falta de tiempo es un motivo que alegamos para detenernos poco en la visita. Esta excusa podrá ser legítima en muchos casos: si deberes mas imperiosos nos llaman á otra parte, no es justo que estemos en casa del pobre; pero entonces ó limitemos nuestros cuidados á una sola familia, ó confiemos nuestra limosna al que pueda llevarla acompañada de consejos y consuelos, que no tenemos tiempo para dar, porque con nuestra visita mal hecha privamos tal vez al pobre de otro visitador que le seria mas útil.

Sin negar que haya personas de tal modo ocupadas, que no pueden dedicarse á visitar á los pobres, notaremos que el tiempo tiene cierta elasticidad para los que saben emplearle. Los buenos hallan siempre tiempo para hacer bien, y á los que no saben de qué hablar con los pobres, no es que les falten palabras, es que les falta caridad.

CAPITULO VIII.

DE LA CORRECCION DEL POBRE IRRELIGIOSO.

Nunca nos repetiremos bastante que el socorro material no es el bien mayor que podemos hacer al pobre, y que debe ser mirado por nosotros, mas bien que como objeto, como medio.

Nuestro objeto, nuestro grande objeto, es inspirar al pobre sentimientos religiosos, moralizarle, dirigirle, alentarle y sostenerle, para buscar alivio á sus males, y consolarle en los que no tienen remedio.

Cuando hallemos un pobre que no cumple con sus deberes de cristiano, no nos ocurra la idea de predicarle largos sermones, de presentarle las objeciones que se han hecho contra la religion, para rebatirlas luego. Este medio es peligrosísimo con los pobres que discurren un poco, y á quienes da-

La falta de tiempo es un motivo que alegamos para detenernos poco en la visita. Esta excusa podrá ser legítima en muchos casos: si deberes mas imperiosos nos llaman á otra parte, no es justo que estemos en casa del pobre; pero entonces ó limitemos nuestros cuidados á una sola familia, ó confiemos nuestra limosna al que pueda llevarla acompañada de consejos y consuelos, que no tenemos tiempo para dar, porque con nuestra visita mal hecha privamos tal vez al pobre de otro visitador que le seria mas útil.

Sin negar que haya personas de tal modo ocupadas, que no pueden dedicarse á visitar á los pobres, notaremos que el tiempo tiene cierta elasticidad para los que saben emplearle. Los buenos hallan siempre tiempo para hacer bien, y á los que no saben de qué hablar con los pobres, no es que les falten palabras, es que les falta caridad.

CAPITULO VIII.

DE LA CORRECCION DEL POBRE IRRELIGIOSO.

Nunca nos repetiremos bastante que el socorro material no es el bien mayor que podemos hacer al pobre, y que debe ser mirado por nosotros, mas bien que como objeto, como medio.

Nuestro objeto, nuestro grande objeto, es inspirar al pobre sentimientos religiosos, moralizarle, dirigirle, alentarle y sostenerle, para buscar alivio á sus males, y consolarle en los que no tienen remedio.

Cuando hallemos un pobre que no cumple con sus deberes de cristiano, no nos ocurra la idea de predicarle largos sermones, de presentarle las objeciones que se han hecho contra la religion, para rebatirlas luego. Este medio es peligrosísimo con los pobres que discurren un poco, y á quienes da-

mos, para combatir la verdad, un arma que no tenían. Sin duda que los argumentos que combaten la religion pesan mucho ménos que los que la defienden; pero arrojando con aquellos los depravados instintos, los malos hábitos y las pasiones, la balanza podrá inclinarse del lado de la impiedad y del error. Esta circunspeccion es tanto mas razonable, cuanto la irreligion del pobre es práctica y no teórica, y su materialismo no es sistemático, sino brutal. No va á misa porque no iba su padre, porque su madre no cuidó de que fuese. No se confiesa, porque cuesta trabajo revelar las propias faltas. No se enmienda, porque es mas fácil satisfacer los instintos, que ponerles freno. Se burla de las cosas santas por estupidez, por insustancialidad, por hábito, por fanfarronada, tal vez por sofocar la voz de su conciencia, como canta en la oscuridad el que tiene miedo. Da malos ejemplos, pero no tiene pretensiones de formar prosélitos: no vayamos á sugerirle la terrible revelacion de que aquello mismo que él hace, hay quien lo defiende y razona, bien ó mal; no eleve-

mos á sistema sus extravíos, que él mira solo como un hecho.

Armémonos de todo nuestro celo, de toda nuestra dulzura y circunspeccion, de toda nuestra caridad, en fin, para escuchar al impío. Oigamos con aparente impasibilidad sus blasfemias y sus obscenidades; sepamos lo que hace, lo que piensa, lo que cree: escuchemos sus maldiciones sin escandalizarnos, sin reprenderle, sin alterarnos, y del mismo modo que oiríamos los desvarios de un demente.

Despues que con nuestra calma y nuestra dulzura hayamos sondeado todo aquel abismo de males, guardémonos de querer ponerles un pronto remedio. El mayor enemigo del bien es la impaciencia de hacerle ¹. Es duro ver á un hombre que puede contar las ofensas que hace á Dios por las horas del dia, que arruina por momentos su escasa fortuna, su débil salud, y ante este espec-

¹ Las obras de Dios, dice San Vicente de Paul, se llevan á cabo poco á poco, por principios y progresivamente.

táculo esperar una semana y un mes y un año, y guardar silencio, y devorar la impaciencia, la repugnancia, el horror, la compasión, las lágrimas, todo, para aparecer tranquilos en medio de una escena desgarradora: es duro, es cruel, pero es preciso; el que no sabe esperar, no puede corregir.

Debemos ante todo atraernos el corazón de aquel ser extraviado; si él no nos mira como amigos, nuestras exhortaciones serán siempre inútiles: comprendámoslo bien; si no conquistamos su afecto, es imposible que salvemos su alma. Pero ¿tiene afectos esa criatura depravada, que maldice de Dios y de los hombres, ese corazón, caverna de repcores y de iras? ¡Ah, sí! Por ese hombre murió en la cruz Jesucristo, y así como la huella del pecado original se percibe á través de las virtudes del justo, la luz de la redención llega hasta los infelices de que hablamos.

¿Mas por qué medios se conquista la amistad de una criatura, que parece no abrigar más que odios en su corazón? El amor, hé aquí el grande, el único medio: la cari-

dad es la vara prodigiosa, que hace brotar el arrepentimiento de la áspera roca de un corazón depravado. Si no tenemos de esa caridad que no se irrita, ni se cansa, y que todo lo espera, inútil es que emprendamos la regeneración de ningún pecador; pero si esa caridad divina existe en nosotros, nada hay imposible.

Hallaremos en nuestra inteligencia, en nuestro corazón, en nuestro carácter, medios que no sospechábamos; y si, al querer elevarnos un poco sobre la naturaleza humana, nos hemos visto tan pequeños, al descender á los abismos de la culpa para salvar á un hermano, nos sentiremos grandes.

Amor, amor, siempre amor; hé aquí nuestro objeto, nuestro medio, nuestra arma, casi irresistible. El hombre pervertido suele despreciar la humildad y la dulzura del débil, porque la equivoca con el temor y la bajeza; pero el pobre no puede tener es-

1 El paraíso de la tierra, como el del cielo, dice San Vicente de Paul, está en la caridad. El paraíso no es otra cosa que amor, union y caridad.

ta idea de nuestra mansedumbre. Sabe que podemos y valemos mas que él, que no le necesitamos para nada, que de él nada podemos esperar ni temer; y la abnegacion humilde, desinteresada, perseverante, la paciencia del que todo lo sufre, el celo del que todo lo intenta, es difícil que no conmuevan al pobre extraviado, y le conduzcan á preguntarse si no hay mas allá de la tierra y de la vida un móvil y un premio para tantos sacrificios?

Empecemos á tratar al pobre depravado, como si prescindiéramos de sus faltas, de sus errores, y hasta de sus crímenes; como si nos olvidásemos de que tiene alma. Tratemos de mejorar su situacion material, y hablémosle largamente de los medios de conseguirlo. Como el pecado es tan fatal para esta vida como para la otra, todos nuestros planes y proyectos para mejorar su suerte, irán á estrellarse contra su mala conducta: procuremos que la vea muy en relieve. Que el médico le diga que su intemperancia se opone á su curacion; que el casero, al parecer inexorable, motive tal dureza en su ma-

la conducta; que el que le niega trabajo alegue su poca exactitud y esmero para cumplir sus compromisos: que el que podia darle una colocacion ventajosa se excuse, manifestando que no puede admitir personas de tan malos antecedentes; y en fin, que el que le niege una limosna diga—“Hay otros mas acreedores.”—Hagamos cuanto sea posible para que en todos los escollos donde tropiece vea escrita su culpa; para que en todos los males vea las consecuencias de sus extravíos. Pero esto lo ha de ver él, no hemos de enseñárselo nosotros: nuestro arte no consistirá en hacerle reflexiones, sino en conducirlo á que él las haga. La elocuencia de todos los oradores sagrados y profanos, empleada en acusarnos, no tiene tanta fuerza como un cargo que en silencio nos dirigimos de lo íntimo de nuestra alma. Pongamos, pues, al pobre en situacion de dirigirse este cargo, si no como una falta, como un error perjudicial: nuestros primeros esfuerzos deben dirigirse á que él se diga.—“Si tuviera yo mejor conducta, estaria mejor.” Notemos que las culpas de los pobres llevan

casi siempre el castigo inmediatamente en pos de sí.

En medio de ese mundo, que como un mar tempestuoso lanza las olas de su severidad implacable contra el que la provoca, aparezcamos como un faro ante los ojos del pobre. Que nos vea siempre buenos, afectuosos y prontos á levantarle, sin inquirir hasta qué punto fué culpable la caída: que vea en nosotros una buena voluntad perseverante y que, como dice San Vicente de Paul, "nuestra mano, hasta donde sea posible, esté conforme con nuestro corazón."

A veces nuestra conducta parecerá absurda: debemos arrostrar esta apariéncia, y que nos acusen de fomentar vicios dando socorros materiales á hombres viciosos, y alentar la impiedad protegiendo á hombres impíos. ¿Qué importa que nos acusen? Digamos con San Vicente de Paul:—"Nadie se pierde en el ejercicio de la caridad." Estas acusaciones son una prueba mas que tenemos que sufrir; porque ni es posible corregir al hombre extraviado é ignorante, sin hacernos amar de él, ni es posible inspirar-

le afecto sin hacerle bienes materiales, únicos que él comprende y puede agradecer. Cuando se quiere poner un dique á las olas, se empieza por arrojarles como al acaso masas enormes: llegan uno y otro dia centenares de embarcaciones, y lanzan su cargamento al mar, que lo traga: parece la obra de un pueblo de dementes. Pero á fuerza de tiempo y de constancia el abismo se llena; una montaña artificial se levanta, y el hombre edifica sobre ella. Así tambien los beneficios que arrojamos sin cuenta ni medida en el corazón de un hombre extraviado, acaban por cegar aquel oscuro antro, y un dia vemos la gratitud sobre el nivel de sus pasiones borrascosas: y aquel dia, bendito mil veces, podemos poner la primera piedra de su regeneracion.

Para corregir al pobre hemos de ser sencillos de corazón y de voluntad; en nuestra conducta no debe haber doblez, pero si circunspeccion, disimulo, artificio muchas veces. Las circunstancias no se presentan siempre favorables á nuestros buenos deseos; hay que modificarlas, y hasta donde sea posible

combinar los sucesos, de modo que impresionen mas el ánimo del que intentamos corregir. Si hay casos en que tengamos que ser severos y hasta duros, no dejemos de ser suaves en la forma; no olvidemos que el amor es nuestra única arma; no nos cansemos de repetir aquella sublime frase: —“La cólera del hombre no realiza nunca la voluntad de Dios.”— Cuando debamos hacer tocar al pobre las consecuencias de su mala conducta, hagámoslo de modo que vea que este castigo está en la fuerza de las cosas, no en nuestra voluntad. Como es raro que apreciemos los bienes antes de perderlos, ni sepanos el lugar que ocupan sino por el vacío que dejan, convendrá tal vez que retiremos al pobre nuestra proteccion y nuestros auxilios, para que comprenda mejor lo que nos debe, y nosotros podamos calcular lo que somos para él. Mas esto hemos de hacerlo sin que él sospeche que nuestra voluntad tiene parte en el cambio, motivándolo con un viaje, falta de salud, ocupaciones imprescindibles, una órden superior, etc.

Quando estemos seguros de que el pobre

nos mira como á sus amigos y siente hácia nosotros algun afecto benévolo, podemos empezar la obra de su regeneracion.

Si la impiedad ha hecho estragos en su alma, procuremos reanimar el sentimiento religioso, no con largos discursos, sino con ejemplos, con exhortaciones afectuosas, con escenas que á la vez que conmueven el alma hablan á los sentidos.

Nunca nos repetiremos bastante que el pobre tiene la práctica, no la teoría, del mal que hace; que las abstracciones están fuera del alcance de su inteligencia; que los largos razonamientos le fatigan, y que la lógica lucha mal con el hábito. Sin duda, como á sér racional que es, debemos hablarle en razon, pero brevemente, y comparándola al timon de una nave, que dirige, pero no imprime el movimiento. En la regeneracion del pobre la inteligencia debe mostrar el camino; pero el impulso para emprenderle, la fuerza para llegar hasta el fin, ha de venir de Dios al corazon. A Dios debemos dirigirnos principalmente, y despues al corazon, buscando en él nuestros medios de par-

suasion, que la lógica no nos dará nunca, pero sí Aquel de quien viene todo don perfecto.

El autor de las *Lecturas y Consejos* para uso de los miembros de las sociedades de caridad, cita un hecho muy digno de notarse.

“Hemos conocido un hombre, dice, que “llevaba muchos años de vivir en union “ilícita con una mujer, de la cual tenia varios hijos, siempre firme en su fria é impasible creencia de que ni él ni su compañera hacian en ello mal alguno, y á quien cambió totalmente la sola idea, presentada con habilidad á sus ojos por un “hombre de fé, de que era muy posible que “otro hombre hiciera lo mismo con una “hermosa hija que tenia, en lo cual, segun “sus doctrinas, no habria mal alguno, ni “nada que no fuese muy natural. El efecto “que le produjo esta idea, la rabia furiosa “que le suscitó, y la impresion que le causó “el calcular que en efecto sus doctrinas y “su ejemplo autorizarian á otro hombre “para seducir á la hija querida de su corazon, le ocasionaron una enfermedad, de “la que se cree resultó su conversion.”

Hé aquí un hecho que pone en relieve la eficacia de los medios que se dirigen al corazon.

Hemos dicho tambien que debe hablarse á los sentidos del pobre, como un medio poderoso para llegar á su alma, y la pompa del culto católico puede ser á veces un poderoso auxiliar. Hay sensaciones que, aunque percibidas por los sentidos, no pueden llamarse materiales: tal es la que producen la música, la vista del campo y el espectáculo de la oracion colectiva.

Desgraciadamente la música se emplea para divertir, y no para educar. Considerémosla, no obstante, como un poderoso medio de espiritualizar al hombre y elevarle hasta Dios. Ved esos séres groseros, á quienes intentais en vano comunicar ideas, y que á pesar de vuestros perseverantes esfuerzos se arrastran en el fango de los goces brutales, sin que nada en ellos revele la existencia del espíritu. Una melodía llega á sus oidos; vedlos agrupados al rededor del instrumento que la produce; vedlos inflamados de ardor bélico, ó enternecidos ó graves, segun la música es marcial, patética ó sagrada.

Sin duda el visitador del pobre no puede modificar las leyes y las costumbres de modo que la música se mire como un poderoso auxiliar para educar y corregir; pero en circunstancias dadas puede utilizar su influencia.

El espectáculo del campo no impresiona á las personas vulgares que viven en él; pero los labradores pobres son precisamente los mas morigerados, y entre ellos hacen ménos estragos el vicio y la impiedad. En los grandes centros de poblacion es donde se hallan esos pobres corrompidos é impíos, que léjos de los espectáculos de la naturaleza pueden ser impresionados por ella, si alguna vez la contemplan. Es un error imaginarse que en esas naturalezas groseras no ejercen ninguna influencia el murmullo de un arroyo, el canto de las aves, los aromas que trae el viento, los matices de una flor. Pasad con un ramo de flores en la mano por una de esas calles extraviadas, donde á todas horas se hallan niños de todas edades, que, expuestos á la inclemencia, al mal ejemplo y á las tentaciones, reciben lo que

podiera llamarse la fatal *educacion del arroyo*; pasad, y vereis á las groseras criaturas faltas de pan, mirar con ansia vuestro ramillete, y acercarse y buscar en vuestros ojos algun indicio de simpatía. Si le hallan, el mas resuelto dirá: — ¿me da vd. una rosa? ¿me da vd. un clavel? — y si accedeis, nuevas peticiones seguirán á aquella, y vuestras flores pasarán á las pobres criaturas, que las contemplan, y aspiran su aroma y las llevan en triunfo, olvidándose por un momento de que tienen hambre.

Si os confundís con la gente del pueblo que sale á pasear en un dia festivo de primavera, tal vez os sorprenda el entusiasmo que experimentan al contemplar los espectáculos de la naturaleza criaturas groseras, que no juzgais susceptibles sino de goces materiales. Si visitais al pobre, vereis acaso en su habitacion lóbrega, descuidada, inmunda, una maceta florida, olorosa, cuidada con esmero, y sonriendo en medio de aquel cuadro sombrío, como en una vida de dolores sonríe la esperanza. Estas observaciones y otras prueban que allá en el fon-

do de esos corazones, que juzgamos empedernidos por el vicio y la miseria, hay una fibra palpitante, que vibra y produce como un cántico de alabanza ante las obras de Dios.

El espectáculo de muchas criaturas, que elevan en común sus oraciones al Criador, es también muy propio para impresionar el ánimo. Todo lo que sienten y expresan á un mismo tiempo un gran número de personas reunidas, sea para el bien ó para el mal, adquiere una energía que parece traspasar los límites de la débil naturaleza humana, y una influencia magnética, aun para el espectador indiferente. Si observamos en casa de cada ciudadano su predilección por tal forma de gobierno, su antipatía ó simpatía por tal institución ó tal persona, no podremos comprender que sean los elementos de ese ardor febril que se llama entusiasmo de un pueblo, ni de ese monstruo conocido con el nombre de furor popular.

Una indiferencia análoga se advierte en el efecto que produce el espectáculo de la oración individual y colectiva. No es la razón, no es el ejemplo: es alguna cosa, que

se siente y no se explica; que impresiona, que conmueve, que arrastra, que hace entreabrir maquinalmente los labios que ya no saben orar; que aranca lágrimas de los ojos que no se vuelven á Dios; que conmueve profundamente el corazón que no tiembla por el temor de los castigos de otra vida, ni se consuela con la esperanza del cielo. En ese coro de voces que se elevan al Señor, ofreciéndole cuanto bueno hay en el hombre, pidiéndole perdón por cuanto el hombre tiene de miserable; en ese coro cuyas armónicas notas significan la nada de la vida, el temor de la muerte, la certidumbre de nuestra debilidad, la confesión de nuestra flaqueza, la humillación de nuestra inteligencia, el sentimiento de nuestra miseria, las aspiraciones de nuestra grandeza; en ese coro en que se confunden la niñez y la decrepitud, la ignorancia y la sabiduría, el poder y la debilidad, la riqueza y la miseria, la inocencia y el arrepentimiento; en esas palabras que todos pronuncian, en esos ojos que se elevan al cielo, en esos corazones que sienten á Dios, en ese cuadro

heterogéneo y armónico, donde una mano invisible ha escrito con fuego y con lágrimas, *culpa, dolor, esperanza*; en todo esto se ofrece un espectáculo tierno, patético, grave, sublime, propio para conmover al impío.

Pero ni este cuadro, ni los de la naturaleza, ni los acentos de la música, hemos de presentárselos al pobre que intentamos convertir, como llevados por nuestra propia mano, sino como ofrecidos por la casualidad. Si le decimos: escucha estas armonías, entra en ese templo, recorre esos campos, para que la música, la oración colectiva ó la esmaltada pradera conmuevan tu ánimo, y te preparen á sentir verdades que no puedes comprender, el pobre así prevenido tratará de defenderse de las impresiones que va á recibir; porque un cambio de sentimientos y de ideas supone un cambio de vida, que le parece penoso, y porque el amor propio quiere seguir siempre el camino emprendido, pues variarle es confesar que se había equivocado.

Tampoco debemos emplear estos medios de impresionar al pobre extraviado, sin te-

ner probabilidad de que se halla en estado de recibir semejantes impresiones. Si á un hombre grosero y vicioso le llevamos sin preparacion al campo ó al templo, solo conseguiremos inutilizar este recurso por no haberle usado á tiempo. Es preciso que antes haya dado pruebas de que en su sér moral se ha verificado algun cambio; y estas pruebas podremos buscarlas en alguna modificacion de su conducta, en el modo de escucharnos y en alguna señal de gratitud. Emplear un lenguaje decente el que acostumbra á usar palabras obscenas; tratar con ménos dureza á su familia el que la maltrataba, frecuentar un poco ménos los lugares en que se embriaga ó se arruina, escucharnos sin impaciencia y otras señales análogas, pueden servirnos de prueba ó de indicio, cuando menos, de que el pobre se ha modificado profundamente y está en vía de corregirse.

Otra señal hay en que debemos fijarnos mucho, ya porque nó se finge, ya porque podemos verla sin averiguaciones acerca de la conducta del pobre, que no siempre hay

medio de hacer, ya en fin porque revela un cambio profundo: hablamos del modo de comprendernos que tiene el pobre extraviado. El pobre comprende la verdad principalmente con el corazón. Cuando empezamos á explicársela, si el corazón está corrompido podemos notar que por muy sencillos y breves que sean nuestros razonamientos, pasan en su mayor parte desapercibidos. Si la gratitud le conmueve, si empieza á amarnos y á corregirse, ó á ello tiene propension, empieza á comprender. Su inteligencia está oscurecida por la ignorancia, extraviada por la culpa: parece que solo en el corazón conserva aún el sagrado privilegio de reflejar la verdad. Dando á nuestros razonamientos una importancia que no tienen, y extraviados por la vanidad, no vayamos á creer que el pobre es mejor porque nos ha comprendido: sucede todo lo contrario; comprende, porque es mejor. Podemos medir los progresos de su regeneración por los de su inteligencia, y este conocimiento puede sernos precioso. Pero cuidemos mucho de no comparar á un pobre con otro, sino consigo

mismo, estableciendo por término de nuestra comparación, no lo que alcanza otro que se halla en circunstancias análogas, sino lo que alcanzaba él cuando empezamos á visitarle.

Después que estemos seguros de que nuestro pobre ha dado el primer paso en el camino de la regeneración, procuremos acelerarla, buscando medios de conmoverle ó impresionarle: elijamos cuidadosamente el lugar y el momento en que por primera vez hemos de hablarle de Dios; y en comprobación de cuánto importa la oportunidad, citaremos un ejemplo.

Vivia en la ciudad de . . . una pobre mujer, cuya inteligencia habían extraviado antes de corromper su corazón. El tiempo puso fin á la mayor parte de sus goces y de sus extravíos, y apenas quedaba en ella otra cosa que el dolor y la impiedad. Sintiéndose despreciable, no comprendía que nadie pudiese amarla, y la mayor dificultad que tuvo que vencer la señora que la visitaba, fué la idea de que nada de lo que hacia era por ella, sino por Dios: suponía que iba á verla, que la amparaba, como se pone un cilicio

para hacer penitencia y merecer el cielo. Pero la necesidad de ser amados es tan fuerte, y tan grande la desgracia de que ninguno nos ame, que la infeliz acabó por creer que habia en el mundo quien tomaba parte en sus penas y queria consolarlas: quien la amaba en fin. La primera consecuencia de creerse amado es sentirse ménos vil, y es el primer paso tambien para dejar de serlo. Despues de grandes esfuerzos de la mujer caida y de la que intentaba levantarla, empezaron á verse los primeros síntomas de regeneracion. El uso de las bebidas espirituosas era ménos frecuente, el aseo de la casa y de la persona y la asiduidad al trabajo mayor, y sobre todo, comprendia mas fácilmente cualquier explicacion ó cualquier relato. Se complacia en prestar algun pequeño servicio á su bienhechora; manifestaba su pesar cuando tardaba en verla; y en fin, apareció la gratitud, celestial precursora del arrepentimiento. Dos años habian pasado, y su visitadora creyó que era ya tiempo de hablarla de Dios.

Oigamos el relato hecho por ella misma

“Un día le hablé del cielo, y la blasfemia
 “y la impiedad, que yo creia muy léjos de
 “su corazón, volvieron á salir de su boca.
 “Mi improbo trabajo de dos años habia
 “sido perdido, y lo que era peor, se perdía
 “aquella alma que yo juzgaba en camino
 “de volver á Dios. El desaliento y la pena
 “y mi esperanza engañada, me hicieron
 “bajar tristemente la cabeza y verter una
 “lágrima. Mi dolor la conmovió profunda-
 “mente: recordó con calor, con exagera-
 “cion, todo el bien que de mí habia recibi-
 “do, y dijo:—“V. me ha consolado muchas
 “veces, yo la hago llorar”—y lloró tambien
 “la infeliz. Quise darla consuelo, y me re-
 “plicó con amargura:—“Yo soy muy mala,
 “y V. es santa.—¡Santa! le contesté. ¡Oh!
 “Yo no lo soy; pero otros lo han sido, lo
 “son, lo serán; y los santos de la tierra
 “nos dan idea del cielo. V. cree en la vir-
 “tud, V. creará en Dios,—y la dejé, por-
 “que me pareció que en la situacion de su
 “espíritu, nada podría decirle tan eficaz co-
 “mo lo que ella á sí propia se dijese.

“Desde aquel día hubo un cambio nota-

“ble en nuestras relaciones; eran mas me-
 “lancólicas y mas graves; su deseo de com-
 “placerme mas marcado, y sus maneras insi-
 “nuantes parecían decirme—esa mujer es
 “mejor.—Continué mis lecturas, alternan-
 “do las entretenidas, las morales y religio-
 “sas: nada me decía de estas últimas; ni
 “una señal de aprobación, ni un gesto de
 “impaciencia; y yo no me atrevía á inter-
 “rogarla, por temor de un nuevo desengaño.

“Esta situación se prolongó por algun
 “tiempo, y no sabiendo como salir de ella,
 “pensé en un medio indirecto: en poner á
 “mi protegida en una escena que hablase
 “á su corazón, si su corazón estaba en es-
 “tado de escuchar. Con pretexto de reunir-
 “nos para ir á una casa, donde debía yo
 “recomendarla, á fin de que se le diera tra-
 “bajo, la mandé que me esperase en una
 “iglesia á la hora en que las señoras socias
 “de San Vicente de Paul tenían su comu-
 “nion general.

“El templo estaba lleno de las caritativas
 “mujeres, que se acercaban al altar respe-
 “tuosamente á recibir el pan de vida: el

“incienso perfumaba el aire; un coro de
 “niñas entonaba un himno sencillo: sus vo-
 “ces puras, en que se reflejaban la inocen-
 “cia y la felicidad, parecían las de otros
 “tantos ángeles, que habían descendido del
 “cielo á celebrar uno de los mas dulces
 “espectáculos que puede haber en la tier-
 “ra: y luego el corazón escuchaba y los
 “ojos del alma veían allí, al lado de aque-
 “llas mujeres, los centenares de infelices
 “que amparaban, y sus bendiciones que,
 “después de haber llegado hasta Dios, vol-
 “vían sobre ellas, y una voz que venía de
 “lo alto diciendo:—*Benditas en el cielo las*
 “*que en la tierra bendice la desgracia con-*
 “*solada.*

“El aire estaba impregnado de fé, de ca-
 “ridad, de esperanza, y la pecadora impeni-
 “tente, aislada en su impiedad, se veía sola.

“Yo la seguía con mis ojos, como una
 “madre observa los síntomas de la crisis
 “que debe salvar á su hijo enfermo. La ví
 “primero sentada con esa actitud que tie-
 “nen en el templo los que no hacen en él
 “oracion; la ví después levantarse con un

" movimiento rápido, como si obedeciese á
 " un resorte; y la ví por fin caer de rodillas.
 " Sus ojos casi cerrados, su inclinada cabe-
 " za, revelaban un dolor grave ó una medi-
 " tación profunda. Cuando la comunión hu-
 " bó terminado, y cesaron la música y el
 " canto, se levantó mirando alrededor suyo
 " de una manera particular, como quien pi-
 " de á los objetos exteriores que confirman
 " ó desvanezcan alguna idea que conmueve
 " el alma. Me acerqué á ella, y mi presen-
 " cia le recordó el motivo que allí la habia
 " traído. Era ya tarde para ir á la casa don-
 " de debia presentarla; se habia perdido un
 " día, y un día perdido significa otro de ter-
 " ribles privaciones.

" Para que esta idea no la turbase, le dí
 " en nombre de una persona caritativa un
 " socorro, que la pusiera á cubierto de la ne-
 " cesidad del momento, y le propuse salir
 " conmigo al campo; condescendió como el
 " que dominado por un pensamiento, sigue
 " maquinalmente una dirección cualquiera
 " que se le indica: caminamos sin pronunciar
 " una sola palabra, y nos detuvimos en un

" lugar solitario, silencioso y lleno de flores,
 " cuya belleza parecia sacar de su preocupa-
 " cion á mi pobre compañera. Yo hablé en-
 " tonces, y me respondió con cierta gravedad
 " que nunca habia observado en ella. Nuestra
 " conversacion fué melancólica; en primer
 " término estaban las flores y los árboles, pe-
 " ro á lo léjos se descubria un cementerio.
 " Hablamos de la vida y de la muerte, y al-
 " gunas lágrimas corrieron de nuestros ojos.
 " A veces se descansa llorando, » me dijo. —
 " Es verdad, la contesté; Dios envía las lá-
 " grimas á los tristes, como envía el rocío á
 " las flores; porque Dios no olvida á nadie:
 " ni á los peces en el mar, ni á las aves en
 " el aire, ni á los árboles en el bosque, ni
 " á los reptiles en sus cuevas, ni al pecador
 " en su pecado. — Se habrá acordado de mí
 " en el mio, y le encarga á V. de que me
 " lo diga. — Santo encargo, que yo no me
 " rezo desempeñar, hija mia, pero con que
 " tal vez su bondad me honra, porque he
 " esperado siempre. Sí, Dios se acuerda de
 " V. y V. lo siente; esas lágrimas son de ar-
 " repentimiento por haberle dejado, y de la

“felicidad de volver á El. No quiera V. estar por mas tiempo separada de los que le adoran: vaya V. á unir su voz á las voces que le piden perdon, ó que le piden consuelo.—Hoy quise rezar con aquellas caritativas señoras que consuelan á tantos pobres: hubiera querido recibir con ellas la comunión.—V. la recibirá, y los ángeles del cielo se alegrarán, y la acogerá á V. amorosamente aquel Dios que deja todo el rebaño por acudir á una oveja descarriada.

“A los pocos meses aquella mujer colgó en efecto con las mismas señoras, cuya vista la habia conmovido tanto, y yo di gracias á Dios de lo mas íntimo de mi alma.”

Reasumiendo lo que hemos dicho en este capítulo, podemos fijarlo en la memoria de esta manera.

Mucha calma.

Mucha tolerancia.

Mucho amor.

Algunos beneficios materiales. Mucho cui-

dado para buscar el momento oportuno de hablar de Dios, al que se ha olvidado de El.

Mucho desden de las criticas injustas.

Muchos ejemplos.

Muchos hechos que corroboren nuestras palabras.

Muchas escenas conmovedoras, principalmente de esas que empiezan por hablar á los sentidos, y acaban por llegar al corazón.

Pocos discursos.

Pocas abstracciones, y nunca presentar objeciones que el pobre no hace, aunque puedan rebatirse de la manera mas concluyente.

Alguna vez podremos hallar pobres, que habiendo estado en mejor posicion, ó tratado con personas mejor educadas, quieran razonar sus extravíos ó su impiedad: en este caso, si no somos personas de ciencia, debemos encomendar á alguna que lo sea, aquella visita, por el fundado temor de que la verdad no aparezca en todo su brillo, si no sabemos presentarla, y recordando que del lado del error se arrojan siempre las pasiones, los malos hábitos y el amor propio para inclinar la balanza.

Los pobres irreligiosos pueden reducirse á estas tres categorías.

Fanfarrones.

Hipócritas.

Tímidos.

Será muy raro hallar un pobre que sin cinismo, sin hipocresía y sin timidez diga: —No creo en Dios.

El impío fanfarron, que asusta á primera vista, es el menos temible de todos; detras de toda ostentacion hay una debilidad, y el que vocifera sus errores no es el que está mas firme en ellos.

Se ha dicho ya, que en las altas clases las palabras valen mas que las acciones: entre los pobres, al contrario, los hechos valen mas que las palabras, y no se necesita una observacion muy profunda para convenirse de que es así. La blasfemia y la obscenidad del pobre son las mas veces un hábito: son su ortografía, sus puntos, sus comas, sus admiraciones, los medios que emplea para dar fuerza á su discurso. Las palabras con que nos escandaliza, no envuelven para él ninguna idea; las repite por cos-

tumbre, y no piensa ni en Dios ni en la Virgen, cuando blasfema de la Virgen y de Dios. Si le reprendeis, y le decís que no sabe lo que dice, os contestará que sí, no porque lo sepa ni porque crea saberlo, sino por amor propio; quiere parecer mas bien que necio, perverso; como querría aparecer cruel ántes que cobarde: la debilidad es lo último que el hombre confiesa, por lo mismo que es lo primero que tiene.

Armémonos de toda nuestra fuerza para escuchar, impasibles en apariencia, el cínico lenguaje de los hombres pervertidos: para la mujer púdica, para el hombre tímido es una temible prueba. Hay que sufrirla pensando en la respuesta del divino Maestro á las hipócritas murmuraciones de los fariseos, cuando le vieron comer con los publicanos: —*No son los que están sanos, sino los enfermos, los que necesitan de médico.*

Debemos considerar la impiedad como una dolencia, y si nos parecería cruel abandonar á un enfermo porque sus llagas dan asco, no es mas humano apartarse del extraviado porque su lenguaje repugna.

Cuando queramos corregir al impío fanfarron, no empecemos por su lenguaje: es lo último que corregirá, tardando mas tiempo en parecer bueno que en serlo realmente. Si se le puede arrancar de la casa, del barrio en que vivia, se habrá dado un gran paso, porque ya no tendrá vergüenza de parecer bueno delante de personas desconocidas, que no saben que tenia vanidad en parecer malo, ni necesita pasar por arrepentido, cosa que le repugna mucho, porque es débil y vano. Estas cualidades, que pueden ser un grande obstáculo, podrian convertirse tambien en un auxiliar; porque el vano necesita aprobacion, y cuando está entre personas buenas, la busca haciendo bien, como la busca haciendo mal cuando está entre malvados.

Así, aplicándole todas las reglas generales que dejamos establecidas, debemos fijarnos ademas en lo mucho que importa el teatro en que se halle colocado; porque en el papel que represente influirá muchísimo el auditorio, y seria muy conveniente que buscando un aplauso hallara una humillacion.

Mas esta humillacion le ha de venir del mundo, no de nosotros, que no debemos nunca mortificar su amor propio; en esto hemos de tener grandísimo cuidado, porque cualquier ofensa nos perdonaria primero que la hecha á su vanidad. Por ninguna de nuestras palabras ó acciones hemos de dar á entender, cuando se corrige, que este cambio es obra nuestra, sino suya, y evitaremos hacer alusiones á él, cuando no nos sea preciso.

Ya hemos dicho que el impío fanfarron parece peor de lo que es: así, hemos de estudiar sus acciones, procurando sorprender sus sentimientos, único modo de formar idea, ya de la gravedad del mal, ya de los progresos que puede haber hecho hácia el bien. Tal vez protestará contra nuestra solicitud, y afirmará que nunca ha de enmendarse: no hagamos caso de sus protestas ni de sus afirmaciones. El hombre que asegura que no hay en él nada bueno, lo mismo que el que sostiene que no hay nada malo, miente ó se engaña.

El impío hipócrita es mas difícil de cor-

regir, y conviene cuidar mucho de no equivocarle con el tímido, para lo cual debere-
mos tener presente que *el hipócrita exagera siempre la virtud opuesta al vicio que quiere ocultar.* El tímido oculta siempre que no fué á misa; el hipócrita dice que ha oído dos ó tres, y dá señas que nadie le pide del sacerdote, del templo, etc. etc. La hipocresía, sobre todo entre la gente pobre, se denuncia por sus exageraciones, y no se necesita mucha práctica ni un gran espíritu de observacion para descubrirla. Hay casos en que un hombre grosero es diestro en el arte de fingir virtud y arrepentimiento, y engaña al mas ilustrado; pero no es la regla: la mayor parte de los engaños vienen de nosotros mismos, de nuestra buena voluntad, que imagina realizado lo que desea, ó de nuestro amor propio, que no quiere dudar de la eficacia de los medios que ha empleado.

Con el hipócrita debemos ser buenos y afectuosos, porque es nuestro hermano, y nuestro hermano extraviado; pero hemos de ser inexorables con la hipocresía. Seria

culpable la tolerancia y cobarde el miramiento que nos impidiesen arrancarle la máscara. No vacilemos, pues, en decirle con dulzura, pero con firmeza:—Amigo mio, eso es falso: vd. quiere engañarnos, y el engaño es bajo y nécio. Bajo, porque la mentira lo es siempre, y mucho mas dirigida á una persona que nos quiere bien y no dice la verdad; nécio, porque no consigue su objeto y se vuelve contra el que lo emplea.

Así como para curar una herida que ha estado descuidada, lo primero que hay que hacer es lavarla, á fin de quitar los cuerpos extraños que se han introducido en ella; para regenerar al hipócrita es menester despojarle de su hipocresía, y no hay medio tan eficaz como persuadirle que es inútil.

El quiere engañarnos; procuremos vencerle que no lo consigue, y dejará de intentar lo: la ficcion es un trabajo que no empleará sin objeto. Mas para convencerle de impostor no bastará nuestra perspicacia; será menester que al principio empleemos algun trabajo material, porque el hipócrita grosero necesita hechos para darse por ven-

cido. Cuando, por ejemplo, dice:—No he estado en tal parte, hay que contestarle:—Es falso, porque yo mismo te ví. Si el hipócrita deja por inútil su ficción, entra en la categoría de cualquiera otro pobre que necesita corregirse; pero debemos estar muy en guardia con él, porque de la hipocresía queda siempre una tendencia al engaño, que rara vez se borra por completo.

El impío tímido es el más fácil de corregir, pero el más difícil de adivinar: su reserva puede muy bien equivocarse con la piedad. Si no somos muy tolerantes, muy dulces, muy amigos del pobre, estaremos años enteros visitando al tímido, que se extravía en cualquier sentido, sin sospecharlo siquiera. Por el contrario, si entre el pobre y nosotros hay esa cordialidad, que engendra la confianza y que no excluye el respeto, él nos revelará sus faltas ó las confesará, después de habernos puesto en camino de adivinarlas.

El tímido lo es por carácter; pero esta disposición natural puede estar fortificada por el temor de afligirnos con la confesión

de faltas que no sospechamos, por el de que le retiremos nuestra protección, ó por la vergüenza de aparecer culpable ante una persona que le creía virtuoso.

En cuanto á nuestra protección, debemos asegurar, que lejos de retirarla, será más eficaz allí donde sea más necesaria, y por consiguiente el extraviado debe estar muy seguro de ella, siempre que deje alguna esperanza de poderle volver al buen camino.

El temor de afligirnos es un noble sentimiento, que á veces impide que el pobre revele sus faltas; pero en cuanto lo sospechemos, debemos manifestarle que nada nos mortifica tanto como la duda, y que la esperanza de corregirle nos consolará del dolor de verle extraviado.

La vergüenza, el amargo sentimiento de decaer en la consideración de los que ama, puede ser un poderoso motivo para que el pobre oculte sus errores y sus faltas: cuando lo sospechemos, hablémosle del arrepentimiento con toda la efusión de nuestra alma. Digámosle que nosotros también hemos caído una, dos y cien veces; que la pu-

reza es una blanca túnica, que todos manchamos; que cuando un pecador se convierte los justos lloran lágrimas de alegría; que la inocencia, como un ángel desterrado, despues de sufrir en la tierra crueles pruebas, vuelve á Dios purificada, santa, y se llama arrepentimiento; que la caridad guarda su ósculo mas amoroso para la surcada frente del caído que se levanta.

El tímido, así alentado, nos abrirá su corazón, en el que podremos hacer penetrar la luz de la verdad y el consuelo del amor.

Cualquiera que sea el carácter del pobre irreligioso, ya debamos tratarle como étnico, como tímido, ó como hipócrita, hemos de observar cuidadosamente si en medio de sus errores y extravíos conserva algun noble sentimiento, algun afecto puro, que pueda servirle de áncora de salvacion. El amor á la patria, el entusiasmo por algun arte ó ciencia, el cariño á su madre, á su hija, á su esposa, una amistad verdadera, pueden servir de base á la regeneracion de un hombre pervertido. Desde luego es fácil atraerse su benevolencia manifestando in-

teres por las cosas que él ama; y al rededor del sentimiento noble que él experimenta es posible ir agrupando otros, porque el mundo moral tiene tambien su gravitacion y sus afinidades, que aunque menos demostrables que las del mundo físico, no son menos positivas.

Recordemos tambien que el hombre, pobre ó rico, como débil, es inconsecuente, y que la lógica pasa rara vez de sus discursos á sus acciones. Así, se le vé muchas veces desdeñar unas prácticas religiosas y conservar otras, ó porque le son mas cómodas, ó porque van unidas á algun recuerdo para él querido, ó porque el hábito le ha identificado con ellas. No vayamos á presentarle la religion en forma de dilema, á imaginar que basta para convertirle demostrarle su inconsecuencia, ni, con intolerante y poco ilustrado celo, afirmemos que son inútiles ciertas prácticas, si se desdeñan ó se olvidan otras: el bien puede ser incompleto, nunca inútil, y lo que pomposamente llamamos superstición ó inconsecuencia ridícula, puede servirnos de auxiliar poderoso

so, tal vez de base para la regeneracion de un hombre pervertido. En las tinieblas de la culpa, cualquiera aspiracion hácia Dios es un punto luminoso, que revela el fuego sagrado.

Tampoco hemos de asustar con insensata exigencia al que apartado del buen camino quiere volver á él, pidiéndole que marche con paso firme sin tropezar, sin caer: dejémosle que ande como pueda, y aunque se pare; pero sin desistir de nuestro intento, y siempre aprovechando las ocasiones oportunas, para hacerle entender lo que no es bueno.

Hay criaturas que, como el ángel rebelde, caen en un dia; las hay, como San Pablo, que en un dia se levantan radiantes de virtud y de fe; pero el comun de los hombres cae por grados en el abismo de la culpa, y por grados se levanta y vuelve á la gracia: recordémoslo, para no pretender que sea hoy devoto el que ayer era impío.

La lectura puede servirnos de auxiliar poderoso para la regeneracion del pobre, y nunca será excesivo el cuidado que tengamos en la eleccion de libros. Seria un gra-

ve error leer ó recomendar la lectura de un libro ascético á un pobre impío: no tendria ni la posibilidad ni la voluntad de comprenderle; lo desecharia por incomprendible y por fastidioso.

Debemos tener siempre presente que el pobre es muy material, y que antes de convertirle es preciso espiritualizarle. La lectura es un buen medio; pero es preciso que esté al alcance del que ha de escucharla, y que le interese y hasta le divierta. En el embrutecimiento que suele acompañar á la miseria, es ya un buen síntoma escuchar con interes, ó solamente sin impaciencia, un libro cualquiera. Cuando decimos cualquiera, se comprende que no hablamos de un libro inmoral.

Empecemos pues por proporcionar al pobre, materializado por tantas causas, un goce que no sea material: *los libros de guerras* suelen inspirar mucho interes á la gente poco culta; y tambien habla á su imaginacion el relato de las grandes catástrofes de la naturaleza, como una inundacion, un terremoto, la erupcion de un volcan, etc.

Como los libros de historia son desgraciadamente libros de guerras, pueden llenar muy bien el objeto que nos proponemos de inspirar interes al pobre, y á nuestra prudencia toea elegir aquel que esté mas al alcance de su débil razon, y de donde se desprenda alguna leccion útil, ya consignada por el historiador, ya que podamos sacar nosotros sin violencia. La relacion de los grandes cataclismos es tambien una lectura muy conveniente para empezar á modificar al que intentamos convertir. La parte maravillosa habla á su imaginacion, la fija: lo que tienen de terribles impone, inspira cierta gravedad, y en presencia de aquella isla que barrió una ola del mar embravecido, dejándola sin un sér viviente, y de la tierra que se entreabre y traga ciudades enteras, y de las montañas que tiemblan, y de los rios de fuego, se desprenden naturalmente dos reflexiones: la nada del hombre, y la omnipotencia de Dios.

Hallaremos una gran dificultad en la falta de libros, porque con el objeto que nos proponemos no se escriben: por eso mas

bien que dejar un libro al pobre, en el caso de que sepa leer, convendrá que le leamos algunas páginas de las que nos parezcan mas oportunas, procurando suplir lo que falta y suprimiendo lo que no convenga.

La lectura debe ser: primero una diversion que distraiga al pobre de otras en que ofende á Dios y se arruina; luego una gimnasia para su entendimiento: mas adelante, y por grados, podrá convertirse en leccion, en precepto, en dogma: la abstraccion lo último. Antes que enseñar la doctrina, presentar el ejemplo de los que la practicaron y murieron por ella; las vidas de los santos primero, el catecismo despues.

Si este método nos parece extraño, notemos que el pobre irreligioso, pervertido por el vicio y embrutecido por la miseria, no es dócil como un niño, ni razonable como un hombre: es la criatura caída, que ha perdido la voluntad y la fuerza de levantarse: es el triste á quien matan las tinieblas y deslumbra la luz; es la tabla en que hay mucho que borrar antes de que se pueda escribir alguna cosa.

CAPITULO IX.

DE LA CORRECCION DEL POBRE
VICIOSO.

Entre los pobres, lo mismo que entre los ricos, se hallan muchas personas que sin negar á Dios, le ofenden, y confesando todas las verdades de la fe, obran lo mismo que si no creyesen ninguna. Pero si esta inconsecuencia no es peculiar al pobre, hay vicios que parecen serlo; porque la pobreza está rodeada de malos ejemplos y de malas tentaciones, y porque la ausencia de los goces del espíritu le lleva á los goces materiales, que tan fácilmente degeneran en vicios.

Aquí es ocasion de recordar lo que sabemos de la dificultad de que el pobre sea previsor; de las muchas ocasiones que tiene de caer, y los pocos medios de levantarse; de lo rápida que es la pendiente por donde la miseria conduce al vicio y al crimen. Todo esto hemos de recordarlo pa-

ra no desesperar sin motivo, por haber supuesto facilidades que no existen, para no exigir del pobre mas de lo que puede hacer, y para apreciar en todo lo que vale cualquier paso, por pequeño que sea, en el camino de la enmienda.

Bien es que hagamos notar al pobre creyente que con sus desórdenes ofende á Dios; pero no hemos de confiar demasiado en la eficacia de este argumento; su confesor se lo habrá hecho muchas veces, sin haber logrado que se corrija. La razon lucha mal con el hábito, y las abstracciones influyen poco en el ánimo de criaturas groseras. La mayor parte de las faltas del pobre vienen del abuso de los goces de los sentidos, y como su origen es material, deben hasta cierto punto combatirse materialmente. Al precepto religioso, al consejo, debe añadirse la accion. No basta probarle que ofende á Dios y perjudica su salud y sus intereses en frecuentar tal ó tal lugar; es preciso contribuir á que no vaya, creándole obstáculos y sosteniéndole en su buen propósito. El sábado, por ejemplo, es un dia fatal para los

jornaleros, que gastan por la noche en la taberna el fruto de su trabajo y el sustento de su familia. Esta los vé llegar á las altas horas de la noche ébrios de vino y de cólera, dándole, en vez del fruto de su trabajo, malos tratamientos y malos ejemplos. En vano sus hijos hambrientos le piden pan, en vano su pobre mujer le suplica por Dios que le dé para atenderlos; no es esposo, no es padre, es una furia que maltrata á los que debia proteger; que desconoce la razon, que desoye la voz de la naturaleza, que no escucha mas que al demonio de la embriaguez que, segun su temperamento, le dice: —rie, llora, blasfema, hiere ó mata, no tengas piedad de tu esposa enferma, ni de tus inocentes hijos; y cuando hayas agotado para el mal las fuerzas que Dios te dió para hacer bien, cae como el fruto podrido de un árbol sin vida, y duerme un sueño ignominioso para despertar en brazos de la miseria, del remordimiento y de la desesperacion.

Y este monstruo odioso, y este sér degradado, que escucha esta voz, era un hombre razonable y bueno antes de haberla escuchado.

Nada mas frecuente que hallar artesanos hábiles en su oficio, de clara razon, de buenos sentimientos, y que serian modelos si no bebieran, como dicen sus desdichadas familias. Cuando están serenos conocen su error, le confiesan, le deploran, hacen sinceros propósitos de enmendarse; pero llega el dia fatal, están á solas con su dinero, con su hábito, con el amigo que les insta, les da el ejemplo y les arrastra. Despues de una semana de privaciones, de trabajo, y de contar las horas, tiene dinero á su disposicion, puede sentarse sin consultar el reloj, y hablar y reir y comer de un manjar mas apetitoso que el ordinario, y beber de una bebida que le agrada en extremo, y le alegra y le vigoriza, y le hace decir cosas que celebran sus amigos, y celebrar con entusiasmo las que ellos dicen excitados de la misma manera.

¿Y qué tiene para combatir esta tentadora perspectiva? El sentimiento religioso debilitado, la débil voz del deber, que nadie le recuerda, la idea de su familia en cuyo seno podria tener goces tranquilos y pu-

ros, pero que ya no lo son para él, porque su alma depravada necesita las acres excitaciones del vicio. Además, él no entra en la taberna á embriagarse, entra á beber.

Detengámosle antes que entre; detengámosle materialmente. Hagamos la visita, no en su casa, sino en el lugar en que cobra, y no le abandonemos hasta ver si nos es posible apartarle del sitio fatal. Suponiendo que el pobre nos mirará como sus verdaderos amigos, que nos amará, sin lo cual es imposible toda corrección; suponiendo que habremos tenido presentes todas nuestras reglas generales, y entre ellas la de la oportunidad; podremos rogarle en nombre de Dios, de su pobre familia y del nuestro, que no vaya á dar sus recursos, su salud y su tranquilidad en cambio de un placer pasajero. Pidámoselo como un favor que le agradeceremos siempre, y en cambio del cual estamos prontos á otorgarle el que nos pida. Aquellas horas que habia de emplear en sus culpables goces, no vayamos á pretender que las dedique á escuchar nuestras exhortaciones, ó á estar tranquilamen-

te con su familia; graduemos la enmienda, si queremos hacerla posible. Busquémosle otra diversion, en que pierda su tiempo y una parte de su dinero, pero en que al menos conserve su razon y su salud.

Si no podemos evitar absolutamente que el pobre entre en la taberna, roguémosle que nos dé en depósito su jornal, una parte si quiera, que le llevaremos el lunes, evitando así que durante la semana vayan todas sus ropas á la casa de préstamos. Hagamos cuanto esté de nuestra parte para disminuir el tiempo que pasa bebiendo: algunos minutos, media hora, una, podrán conducirnos, si no á que rompa absolutamente aquel hábito fatal, al menos á que no le sacrifique sino cierta cantidad de tiempo y de dinero, y nunca su razon. A veces nos parecerá bien duro tener que transigir con los vicios; pero cuando no se pueden extinguir, hay que resignarse á disminuir sus fatales consecuencias; y establecer en ellos alguna cosa parecida á método ó regla, es camino para hacerlos desaparecer.

Esto que decimos de la embriaguez po-

demo aplicarlo á todos los demas vicios del pobre, sin otras diferencias que las exigidas por su diferente índole. No nos contentemos nunca con preceptos y ruegos, consejos y amenazas; busquemos obstáculos materiales, y opongámonos materialmente á la mala accion hasta donde nos sea posible. Los lugares en que el pobre ha pecado, parecen ejercer sobre su moralidad una fatal influencia. Aquella puerta por donde entró tantas veces desesperado y culpable; aquella ventana por donde amenazó arrojar á los que maltrataba; aquellas paredes donde resonaron sus blasfemias ó imprecaciones; aquel lecho donde vió sufrir sin compasion, y donde sufrió sin consuelo; aquellas personas que viven cerca de él, que están en el secreto de todos sus extravíos, que son despreciables ó le desprecian, haciéndole siempre daño con su mal ejemplo ó con sus desdenes, todo esto forma como una atmósfera al rededor del pobre, y el recuerdo vivo de su vida pasada viene á ser un obstáculo para la correccion de su vida futura. Hay notables ejemplos de malhechores, que lleva-

des á países remotos han variado de conducta al mismo tiempo que de clima. Nosotros no podemos, por regla general, llevar á nuestros pobres muy léjos del lugar en que han sido viciosos; pero en muchos casos no será difícil hacerlos cambiar de poblacion, encomendándolos al cuidado de alguna persona caritativa que se encargue de dirigirlos. Si tanto no es posible, convendrá al ménos cambiar de barrio, de casa. En la nueva no es conocido por sus desórdenes; tiene pues su honra que conservar. No está en la vecindad el enemigo que le provocaba, ni el amigo que le pervertia, ni la mala mujer, ni la taberna, ni el garito que tenia costumbre de frecuentar. Todo es nuevo, todo es diferente, y este cambio le predispone para el de su conducta.

El pobre vicioso no suele ser trabajador; la ociosidad y el vicio se eslabonan para formar la cadena que le retiene en la mas miserable de las esclavitudes. El trabajo, ese ángel custodio del hombre, inspira una especie de horror al que ha adquirido el hábito de no trabajar. El mendigo sufre la

desnudez y el hambre, arrostra la intemperie y el desprecio: ofrecedle alimento, vestido, techo, consideracion, en cambio de trabajo, y réhusa.

Este atractivo de la vagancia en la miseria es para nosotros incomprendible: admitámoslo como un hecho bien probado, para no imaginar que hicimos cuanto podíamos hacer, cuando proporcionamos trabajo al pobre que no tiene hábito de trabajar.

Para el vicioso vago, la vuelta al trabajo es la vuelta á la virtud; ¡y qué de obstáculos tiene que vencer en este penoso camino! Graduémoslos segun sus fuerzas. No vayamos á exigir que esté todo el dia trabajando el que no trabajaba nunca. Para empezar, contentémonos con tres horas, con dos, con media, y utilicemos dos circunstancias: el placer del descanso y el hastío de la ociosidad. No vayamos, sin embargo, á creer que este hastío es en el pobre lo que en nosotros: las facultades de su alma son mucho menos activas, y cae con facilidad en una especie de letargo moral, en que vé pasar las horas sin que apénas lo advierta.

El placer del descanso es grande para todos, y hemos de procurar que le saboree nuestro pobre vago. Tambien hemos de hacer cuanto nos sea posible para que su trabajo sea bien retribuido, aun mas de lo que valga: no hay limosna mas útil que la que contribuye á convertir un hombre vicioso en hombre honrado.

Si és posible, busquemos para nuestro pobre el trabajo que le sea ménos penoso: alentémosle, vigilémosle; no seamos duros cuando falte; manifestémosle nuestra gratitud cuando cumpla, y hagamos por poner bien en relieve ante su vista cuánto gana para con Dios, á quien no ofende; para con los hombres, á quienes no inspira desprecio; para su situación material, que es mucho mejor. No vayamos á decirle que puede trabajar con el mismo esfuerzo que otro, puesto que tiene sus miembros sanos: reconozcamos la dificultad de romper el mal hábito, y que al principio necesita mucha buena voluntad, mucha fuerza y mucha perseverancia, haciéndole notar, al mismo tiempo, que su mérito aumenta en proporcion que es ma-

yor el obstáculo que tiene que superar, y que este obstáculo no puede ser superior á sus fuerzas, porque el deber no es nunca imposible.

Sea que alentemos al pobre para que trabaje, ó que procuremos arrancarle á sus hábitos viciosos, tengamos presente lo que ya hemos observado: que no hay cosa más propia para desalentarle que pintar muy fácil el camino de la enmienda, que él halla erizado de dificultades. Entonces desconfía de su fuerza ó de nuestra inteligencia; dice:— *No puedo, ó no sé, cosas á cual mas fatales;* — porque la regeneracion del pobre consiste en la idea que tenga de sí y del que le dirige: además de que le falta un gran estímulo para esforzarse á ser mejor, si le falta la seguridad de que hay quien aprecia el mérito de su conducta y se le tiene en cuenta y se le agradece. Por el contrario, si nos vé convencidos de que la obra que emprende es difícil, si le aplaudimos á cada paso que da en el buen camino, como de una victoria difícil, esto le alienta, halagando á la vez su corazón y su amor propio.

El amor propio del pobre: hé aquí un auxiliar poderoso, y ojalá que pudiéramos contar con él siempre que intentemos corregirle. Cualquiera que sea el vicio que queramos extirpar, investiguemos si la persona que en él incurre conserva algun resto de dignidad. Esta dignidad del pobre no vayamos á medirla por la nuestra, porque aunque en el fondo tenga mucha semejanza, en la forma variará tanto, que si juzgamos por apariencias, calificaremos de degradado á un hombre que no lo esté. Semejante error seria fatal, porque nos privaria de un medio muy eficaz de influir en el ánimo del pobre extraviado. Los vicios del pobre son groseros y llegan á degradarle: esta degradacion es lenta, y á veces ni siquiera la advierte; pero si se la representamos con vivos colores, si comparamos lo que fué y lo que podia ser con lo que es, esta comparacion le impresionaria, como nos impresionaria la copia de nuestro rostro demacrado ó deforme, puesta al lado de un retrato hecho cuando éramos bellos y robustos. Pero si conserva alguna dignidad,

hemos de manifestar al pobre vicioso hasta dónde le ha hecho descender el vicio, cuidando de no humillarle. Esto lo conseguiremos doliéndonos de su mal y no desconfiando nunca de que pueda ponerle remedio. Así como la indiferencia exaspera en vez de corregir, la compasión suaviza cualquier cargo; y las faltas que se miran como accidentales no humillan, porque para el amor propio, como para el corazón, la esperanza ilumina el cuadro mas sombrío.

Para corregir á nuestro pobre, llamemos en nuestro auxilio á todas las ideas, afectos ó inclinaciones; pero notemos que todas parecen obrar con cierta intermitencia; que á la razón, el deber y el sentimiento alguna vez los llamamos, y guardan silencio como si estuvieran dormidos; solo el amor propio vela y responde siempre.

A veces hallaremos pobres que, al parecer, han perdido toda idea de decoro: observémoslos cuidadosamente; arrojemos sobre su alma el elogio y el vituperio, como se arroja una materia inflamable en donde ha habido fuego, para ejercerarse de que

se halla completamente extinguido. Es raro que en el corazón del hombre se borre por completo ninguna disposición, sea para el mal, sea para el bien. Vemos á una criatura degradada, porque su falta la hizo caer, y el mundo la pisó, en vez de darla la mano para que se levantara. Todo cuanto la rodea le dice:—Eres vil,—y lo cree, y lo es en efecto; no se halla en su corazón ningún vestigio de la dignidad humana.

Pero hé aquí que llega una persona que le dice:—Eres desgraciada, te apartaste del buen camino, puedes volver á él. Muchos de los que te desdennan valen menos que tú, y los que valen mucho mas te compadecen y te aman, y enjugarán con su mano tus lágrimas de dolor, y recibirán en su corazón como en un cáliz tus lágrimas de arrepentimiento. Prueba á levantarte y hallarás apoyo. Cuando hayas rasgado y arrojés lejos de tí la túnica inmunda que te cubre, verás cómo te aprecian los buenos y te respetan los mejores. Y cuando el que así habla, una á la palabra la acción; cuando busca al pobre degradado, y le alivia, y le con-

suela, y es deferente con él, y le llama hermano y amigo, y penetra sin repugnancia en su habitacion y en su alma, tal vez esta pobre alma revive, como un asfixiado á quien se le devuelve el aire, y la criatura de Dios aparece con todas sus nobles facultades.

Si hemos de rehabilitar un hombre á los ojos del mundo, es preciso rehabilitarle ántes á sus propios ojos; porque no puede inspirar aprecio, si ántes no se aprecia el mismo. Para conseguirlo, no nos contentemos con darle pruebas de amor y deferencia; que las reciba tambien de otras personas benévolas: formemos en derredor suyo como un dique de caridad, que le ponga á cubierto de las oleadas de desprecio, con que el mundo le quiere derribar cada vez que intenta levantarse.

Podrá ser que hayamos de echar mano, no solo del amor propio, sino de la vanidad; no solo de la dignidad, sino del orgullo; no solo de sus buenas cualidades, sino de otras que por su tendencia ó su exageracion puedan parecer peligrosas. La naturaleza humana es tan miserable, que á veces, no ha-

lando en ella virtudes bastante fuertes, hay que combatir las pasiones unas con otras. En muchos casos hacemos por vanidad ó por miedo lo que no haríamos por deber, y la cólera nos hace romper un mal hábito que no romperíamos por razon. Estos medios no son buenos; pero habremos de aceptarlos cuando no tengamos otros, porque lo peor de todo es dejar al pobre extraviado que siga su fatal camino, sin oponerle ningun obstáculo.

Si queremos conseguir que el pobre vicioso se corrija, hemos de vigilar cuidadosamente sus diversiones: el ocio, hasta el descanso del pobre, es un abismo en que cae muchas veces, porque no tiene para distraerse sino goces materiales y groseros, que le conducen al vicio. Nosotros no podemos llenar el deplorable vacío que la sociedad deja en este punto; pero hasta donde nos sea posible, procuremos que nuestros pobres se distraigan de una manera honesta: inspirémosles el gusto del campo y de ciertos juegos en que ejerciten sus fuerzas físicas: no nos parezca que malgastamos los

caudales de la caridad comprando al pobre algun objeto que no se crea de necesidad, porque no sirve mas que para entretenerle; no solo de pan vive el hombre, y el pobre, que tantas semejanzas tiene con los niños, necesita, como ellos, juguetes para que se entretenga sin hacerse daño.

Se ha dicho ya cuán conveniente es, para corregir al pobre, ponerle en situacion de que pueda hacer por sí algun bien, y nunca daremos demasiada importancia á este medio, tan eficaz como poco apreciado. Todos los que estudian al hombre, observan que se liga más íntimamente con las personas por el bien que les hace, que por el que recibe de ellas. Es muy frecuente hallar ingratos; muy raro mirar con indiferencia al que hemos favorecido. Los beneficios hechos predisponen á amar, dan como una nueva vida á los sentimientos benévolos, y son por lo mismo un eficaz elemento de moralidad. La satisfacción que se experimenta al hacer bien modifica los malos instintos; muchas veces calma la fiebre de las pasiones; es como la luz de la aurora, cuyas sonrosas

das tintas embellecen hasta los objetos mas toscos. Se ha visto en mas de una ocasion, que la cólera de un hombre que no podian conmovier ruegos ni lágrimas, quedó desarmada por el recuerdo de un beneficio: el que ha hecho bien una vez, parece que contrae consigo mismo el santo compromiso de volver á ser bueno. Ademas, el que dispensa un beneficio, da á su personalidad cierta importancia, se siente elevado á la categoría de bienhechor, y su amor propio halagado le predispone á formar de sí y de su valer una aventajada idea. Esto importa mucho para corregir al pobre envilecido, cuya regeneracion halla, como uno de los mayores obstáculos, la menguada idea que de sí mismo tiene. Hacedle el dispensador de algun beneficio, y esto le elevará á sus propios ojos, y acaso exclame en su corazon:—Todavía soy hombre.

Tal vez diremos:—¿Cómo el desvalido ha de hacer bien? ¿Con que medios cuenta?— En la escala inmensa, infinita, de los dolores humanos, apenas hay infeliz que no pueda hallar otro que lo sea mucho mas y

á quien le es dado llevar auxilio y consuelo. Al desvalido podrá no ocurrírle la idea de hacer bien, ya porque á su parecer no tiene recursos, ya porque el extremo de miseria, como el de grandeza, suele ser egoísta. Nosotros tenemos mil medios para sacar á nuestro pobre de su error y de su desdichada apatía. Podemos hacerle ver prácticamente cuánto bien puede realizar el que se creia inútil, y darle medios para serlo, convirtiéndole en muchos casos en el dispensador de nuestros beneficios. Al principio podemos comisionarle para que preste los auxilios materiales compatibles con su situación, haciéndole también portador de alguna limosna, indemnizándole por el tiempo que emplea en su comision: porque el pobre no tiene otro patrimonio que el tiempo, y nosotros, que debemos recordárselo muchas veces, conviene que no lo olvidemos nunca. Si no está muy pervertido, pronto dejará de ser un mero instrumento, pronto tomará una parte activa en el bien que hace, pronto sentirá halagado su amor propio por la confianza que de él hacemos, por el

hermoso papel que representa, y su corazón, al consolar, se hallará consolado. El bien tiene una atracción poderosa, y al oírse bendecir, la blasfemia se detiene en los labios del maldiciente.

Con respecto á las lecturas, podemos aplicar al pobre vicioso la mayor parte de las reglas adoptadas para el pobre incrédulo, solamente que al primero se le pueden dar á leer libros religiosos y morales, sin mas preparación que la gimnasia que necesite su entendimiento para comprenderlos. Como no hay libro tan elocuente como el mundo, si sabemos observarle, siempre que sea posible le enseñaremos la moral en acción, presentándole ejemplos de las virtudes que ha de imitar, y las fatales consecuencias de los vicios de que debe corregirse: una visita á un hospital puede ser para un pobre erapulo lección mucho mas elocuente que las que podemos sacar de todos los moralistas.

Hemos indicado ya cuánto importa que el pobre que intentamos corregir se aleje de los lugares en que tuvo una vida licenciosa: ahora debemos hacernos cargo de la

influencia que la casa que habita tiene en su género de vida.

Nunca se deplorará bastante el que para nada se atienda la moral en las construcciones: el que no estén dispuestas de modo que puedan alojar á la vez pobres y ricos: el que la pobreza se arroje á lugares dados como una lepra, para que allí aglomerada se multiplique por sí misma y eleve á la quinta potencia el vicio y la desesperacion. El hombre de buena voluntad é inteligente, si tiene alguna influencia en los destinos de su patria ó en la opinion de sus conciudadanos, bien será que elame contra la aglomeracion de la miseria; pero el visitador del pobre, como tal, no debe alzar la voz para acusar á nadie: su mision es ir por el camino que la caridad le ordena, levantar al caido, consolar al triste, sin investigar si la sociedad pudo evitar las lágrimas del uno y la caida del otro: ve los males, y los siente, y los consuela: halla su origen en la imperfeccion humana, y busca su remedio en Dios.

Reducidos, pues, á combatir los doloro-

sos efectos de causas que debemos olvidar como visitadores del pobre, procuremos que no se halle el que hemos de corregir, en esas casas que en las grandes poblaciones habitan la miseria, el vicio y el crimen, y qué, con el nombre de *casas de vecindad*, son focos de corrupcion. Entrad por ese portal inmundo á ese patio, que no lo es menos; mirad cuatro, seis ú ocho puertas que dan á él; alzad la vista y vereis dos, tres ó mas corredores que conducen á un gran número de habitaciones. Las aguas inmundas, los despojos de verduras, los huesos; todo está por el suelo, ofendiendo la vista y la salud. Será muy raro que á ninguna hora halleis paz. Dos vecinas riñen sobre quién barre y quién ensucia la escalera; dos hombres están para venir á las manos, porque uno echa en cara al otro que ha estado en presidio, y este le contesta que todos los que habia allí eran mas honrados que el que le recuerda esta circunstancia: un niño dá alaridos desgarradores, víctima del feroz castigo de un padre irritado; un vago entretiene el dia cantando canciones obscenas,

mientras llega la noche y sale á ejercer alguna industria que nó paga contribucion: un matrimonio mal avenido riñe y pasa á vías de hecho, haciendo necesaria la intervencion de la autoridad: dos mujeres livianas se insultan con palabras que escandalizarían en cualquiera otra parte, pero que allí apenas son notadas: todos gritan y se demuestran, y blasfeman, porque no parece una camisa tendida ha poco en el corredor, ó porque hay que pagar una multa, á consecuencia de haber quedado la noche antes el portal abierto y sin luz, etc., etc.

Estas escenas, y otras de peor género, tiene á la vista la desdichada familia virtuosa que la miseria lanza bajo el mismo techo que el crimen. Si vais á visitarla los perros os ladrarán, sin que su amo los llame, las mujeres no se apartarán de donde están sentadas, los hombres silbarán desdeñosamente en vez de saludaros, y los niños procurarán echaros agua, ó tierra, ó piedrecillas por los agujeros de la ruinosa escalera. Por uno de esos contrastes que se ven en estas casas, tal vez halleis un hombre que

se descubre respetuosamente á vuestro paso: tal vez otro, que gana la vida vendiendo flores, os ofrece una, que recibís con emociion y gratitud de aquel pobre, que nada os debe, pero que os quiere bien, porque os ha visto pasar á socorrer á su vecino. Este, al referiros sus desdichas, cuenta por una de las mayores la de estar en aquella casa, donde, á pesar de vivir aislado, ve tantos peligros y tantos malos ejemplos para sus hijos.

Estas escenas que afligen al pobre virtuoso, ya se comprende hasta qué punto harán difícil la correccion del que no lo sea. Allí están siempre los malos ejemplos y las malas tentaciones; ninguna maldad escandaliza; ninguna virtud se hace respetar; y el vicio se aplaude, y se silba y escarnece al arrepentimiento. Si podemos arrancar de aquí á nuestro pobre, y llevarle á un rincón de algún último piso de una casa decente, habremos dado un gran paso. El aseó del portal y de la escalera, la presencia del portero, le darán la idea de entrar y salir con un poco mas de compostura: sus ho-

ras intempestivas chocarán, serán molestas, tratará de volver un poco mas temprano.

Sus blasfemias, sus obscenidades, causarán un gran escándalo; será preciso modificar un poco su lenguaje, bajar la voz por temor de que le echen. Y allí no hay ni el mal ejemplo, ni la mala tentacion, ni el estímulo para ser malo, ni la burla si se corrige. Allí vive solo, ó cerca de alguna familia honrada, y no tiene mas obstáculo para enmendarse que el que le venga del hábito y de sus torcidas inclinaciones. Y si en la misma casa podemos buscar al pobre extraviado un amigo que le dirija y le sostenga, ¡cuánto habremos hecho para su regeneracion! El pobre es una criatura de Dios, un ser moral; y no debemos descuidar ni los preceptos religiosos, ni las amonestaciones, ni las lecturas, ni los consejos; pero el pobre está muy materializado, y las circunstancias materiales que han influido mucho en su caída, pueden contribuir, mas de lo que pensamos, á su correccion y enmienda.

CAPITULO X.

DE LOS ENFERMOS.

Todos hemos oido alguna vez esta frase:
—Los pobres nunca debian estar enfermos.
—Es doloroso, en efecto, ver como en casa del pobre suelen entrar con la enfermedad, la miseria, el abandono y la desesperacion. Considerado materialmente el pobre, la enfermedad es un mal fisico, que tiene para él mucha mas gravedad que para el rico; pero considerado como ser moral, puede serle de gran provecho la dolencia que le aqueja. “Con frecuencia, dice San Vicente de Paul, Dios manda la enfermedad del cuerpo para curar la del alma.”

El autor de las *Lecturas y Consejos* para uso de los miembros de las sociedades de caridad, ha hecho notar cómo el pobre extraviado, que no podiamos ver aunque visitá-

ras intempestivas chocarán, serán molestas, tratará de volver un poco mas temprano.

Sus blasfemias, sus obscenidades, causarán un gran escándalo; será preciso modificar un poco su lenguaje, bajar la voz por temor de que le echen. Y allí no hay ni el mal ejemplo, ni la mala tentacion, ni el estímulo para ser malo, ni la burla si se corrige. Allí vive solo, ó cerca de alguna familia honrada, y no tiene mas obstáculo para enmendarse que el que le venga del hábito y de sus torcidas inclinaciones. Y si en la misma casa podemos buscar al pobre extraviado un amigo que le dirija y le sostenga, ¡cuánto habremos hecho para su regeneracion! El pobre es una criatura de Dios, un ser moral; y no debemos descuidar ni los preceptos religiosos, ni las amonestaciones, ni las lecturas, ni los consejos; pero el pobre está muy materializado, y las circunstancias materiales que han influido mucho en su caída, pueden contribuir, mas de lo que pensamos, á su correccion y enmienda.

CAPITULO X.

DE LOS ENFERMOS.

Todos hemos oido alguna vez esta frase:
—Los pobres nunca debian estar enfermos.
—Es doloroso, en efecto, ver como en casa del pobre suelen entrar con la enfermedad, la miseria, el abandono y la desesperacion. Considerado materialmente el pobre, la enfermedad es un mal fisico, que tiene para él mucha mas gravedad que para el rico; pero considerado como ser moral, puede serle de gran provecho la dolencia que le aqueja. “Con frecuencia, dice San Vicente de Paul, Dios manda la enfermedad del cuerpo para curar la del alma.”

El autor de las *Lecturas y Consejos* para uso de los miembros de las sociedades de caridad, ha hecho notar cómo el pobre extraviado, que no podiamos ver aunque visitá-

semos con frecuencia á su familia, viene á ocupar un lugar en medio de ella cuando está enfermo, y entonces desaparece el obstáculo material que le separaba del que puede corregirle: esto tiene mas importancia de la que á primera vista pudiéramos suponer, porque hay muchos casos en que ofrece grande dificultad entrar en relaciones con una persona que nos rechaza, y que por su posición social tiene un círculo muy distante del nuestro.

Cuando el pobre está enfermo, no solo tenemos la seguridad de encontrarle á todas horas en su casa, sino la de hallarle mejor dispuesto á escucharnos. Está solo; los compañeros de sus desórdenes le abandonan en sus dolores; los lazos de familia son débiles, ó se rompieron por sus malos procederés; y el aislamiento moral y material le abruma, como abruma la soledad al que no tiene para consolarla ningun dulce recuerdo, ninguna aspiracion santa: podemos estar seguros de que por mas pervertido que esté, y por mas hostil que nos sea, de-seará el momento de nuestra visita.

La enfermedad no solo pára al hombre que corría en pos del vicio, sino que le modifica de un modo muy favorable á su regeneracion: Desde luego le espiritualiza, porque los sentidos callan y los apetitos groseros no ofuscan la luz de la razon. Esta se pierde en algunos casos; pero con mas frecuencia adquiere mayor actividad, sobre todo en esta clase de hombres que, teniéndola como aletargada, parecen necesitar que la fiebre les comunique un nuevo impulso. El amigo perverso no está allí personificando la mala tentacion. En vez del ruido del mundo, con que se aturde el remordimiento, hay el silencio de las largas noches, en que no se duerme, tan propio para hacernos entrar en nosotros mismos y oír la voz de la conciencia. A la arrogancia, hija de la fuerza física, suceden el abatimiento de la debilidad y del dolor, y la disposicion á reconocer nuestra miseria y á buscar alguna idea que levante el espíritu de aquel cuerpo tan caído y tan doliente. El mal hábito que no podía romper, la enfermedad lo ha roto: ya no puede ir al lugar en que pe-

caba; su recuerdo tal vez le inspira horror, porque le considera como la causa del estado en que se halla: si apreciamos bien todas estas circunstancias, comprenderemos que la enfermedad puede ser un auxiliar poderoso para corregir al pobre pervertido.

Sentémonos á la cabecera de su cama con espíritu de caridad: si tal vez sus ayes van acompañados de blasfemias y obscenidades, veamos con lástima estos dolorosos síntomas de enfermedades diferentes. Al buscar alivio á sus males, prescindamos de si son ó no consecuencia de sus desórdenes: un enfermo no es bueno, ni perverso, ni sábio, ni ignorante; es un enfermo: para corregirle, tendremos á la vista sus antecedentes; para aliviarle, nada mas que sus dolores.

Esa santa ceguedad de la compasion, que es un deber al lado del doliente desvalido, será un medio poderoso de corregir al hombre extraviado, que no podrá ser insensible á tantos bienes como recibe de aquella criatura que le acompaña, y le alienta y le consuela; que le proporciona recursos para que la miseria no le aflija al mismo tiempo que

la enfermedad; que va en busca del médico, que trae las medicinas, que se las dá, que no se irrita de su ingratitud, que recibe, como si no lo mereciese, las pruebas de su agradecimiento.

Siempre tendremos presente que para corregir al pobre es la primera condicion que nos mire como á sus amigos, y podremos conseguirlo en mucho menos tiempo si está enfermo.

Entonces nos necesita mas; la clase de servicios que le prestamos le impresiona con mayor fuerza, y llegan mejor á su corazon. Cuidemos, pues, de proporcionarle cuantos recursos materiales están en nuestra mano; dediquémosle todo el tiempo que nos sea posible, seguros de que cuando nos ame nos escuchará.

Llegados á este caso, se le pueden aplicar las reglas generales, modificadas segun lo exija la prudencia. A un pobre que tiene dolores agudos, no hemos de abrumarle con lecturas ó amonestaciones, ni pretender que las comprenda, el que tiene sus facultades embotadas por el padecimiento. Du-

rante la enfermedad debe arrojarse la semilla de las buenas obras, para recogerla en la convalecencia: en ella sentimos un bienestar que nos predispone á ser mejores. La razon es señora aun en el hombre materializado, á quien no hablan todavía los sentidos: los dolores no le turban, y puede pensar; el tiempo le parece muy largo, y escucha con gusto la lectura piadosa ó moral que en otra ocasion le fastidiaría. El que visita á un pobre pervertido, y ha hecho por él lo que debe durante su enfermedad, si no le corrige convaleciente no le corregirá nunca.

Si hemos inspirado al vicioso propósito firme de corregirse, si el impío vuelve á Dios, vigilémosle cuidadosamente, sostengámosle en su buen camino, porque la convalecencia del alma dura mucho mas que la del cuerpo, y está mas expuesta á recaídas. Como es mas fácil rectificar los errores que corregir las costumbres, es mas temible la recaída del vicioso que la del impío. Apenas aquel sale á la calle, encuentra por todas partes escollos para su débil virtud, y

las fuerzas del cuerpo aumentan para combatir sus buenas resoluciones. El hombre viejo lucha con el hombre nuevo, y nunca serán excesivas las precauciones que tomemos para que no le derribe.

Hablamos de la convalecencia, porque es el caso mas general, y el mas raro la muerte. Pero esta llega tambien; y á veces nos deja pocos dias, pocas horas, para volver á Dios al que se alejó de El. Entonces es preciso que nuestro celo redoble, supliendo el tiempo que nos falta. ¿Como se ha de hablar de la otra vida al que va á dejar esta en pecado? Pocas reglas generales pueden darse, porque deben variar los medios, segun los antecedentes, el carácter y el género de enfermedad. Pero en cualquier circunstancia debemos hablarle con suma dulzura, procurando moverle por la esperanza mas bien que por el temor. No debemos presentar la muerte como segura, porque la ciencia misma no puede afirmarlo en la mayor parte de los casos: el desaliento es mal estado del ánimo para una resolucion que necesita fuerza; ni debe ser

muy bien recibido por Dios el que vuelve á Él de una manera indebida. En este caso importa tanto, importa mas que nunca, la idea que el pobre forme de nosotros; y si nuestro amor conmueve su corazon, hay mucho adelantado para que la luz de la verdad llegue á su inteligencia. Nuestra solicitud, nuestro cariño, nuestra pena, los sacrificios que nos imponemos para aliviarle, son argumentos muy poderosos que podemos emplear, porque el pobre, mas que otro alguno, está dispuesto á dar la razon á los que ama, y á no sospechar que pueden engañarle los que le consuelan.

En corroboracion de esto citaremos un hecho notable.

Una señora visitaba á una pobre mujer cuyo marido tenia una enfermedad muy grave, de esas en que el enfermo se levanta, habla, come, y es sorprendido por la muerte en la hora que menos lo espera. Este hombre trataba á su mujer con una dureza, que no conmovia la dulzura de la infeliz, la cual durante su enfermedad se entregó al trabajo mas penoso y sufría las ma-

yores privaciones, porque su marido no creyese de lo necesario. Este, ó porque no creyera su fin próximo, ó por otro motivo, habia sido sordo á todas las insinuaciones que se le hicieron para que se dispusiera á morir como cristiano. En este estado le conoció la señora de N... que no tenia mas que dos dias para visitarle, porque al tercero le era forzoso emprender un largo viage. En estos dos dias le hizo cinco largas visitas; en las cuatro primeras no le habló mas que de su enfermedad, de los medios de curacion, de los alimentos que mas le agradarian, porque estaba muy desganado, alimentos que ella misma le llevaba. Tratóse de unas peras de invierno, que tal vez le agradarian en compota, y se las ofreció para cenar. Pero llegada la noche empezó á soplar un viento frio y recio, con abundante lluvia, y el enfermo, teniendo por cierto que su protectora no iria, mandó que le hiciesen una sopa. Luchaba en vano con la repugnancia que le causaba, cuando entró la señora de N..., bastante mojada y con las peras en la mano. Su aparicion impre-

sionó profundamente al enfermo, que olvidó su cena y su enfermedad, para no ocuparse más que de la noche tempestuosa, y del agua, que podía hacer daño á la señora de N... Esta le dijo alegremente que el viento no era mas que ruido, que el agua era muy poca cosa, y que todo reunido producía una molestia bien pequeña, comparada con el gusto de hacerle un rato de compañía y ver que cenaba sin repugnancia. Y el pobre cenó, en efecto, con placer, después de pasado algun tiempo que necesitó para reponerse de su emoción. ¿Qué pasó en aquella pobre alma? Solo Dios lo sabe; pero su mujer decía que era como un milagro, que la trataba con cariño, que era otro hombre; y cuando en su última visita la señora de N... le habló de Dios, la escuchó piadosamente, ofreció reconciliarse con El, y cumplió su palabra, confesando á los pocos dias y muriendo como cristiano.

Este ejemplo manifiesta cuánto importa en ciertos casos impresionar á los que queremos corregir, no solo por el fondo, sino por la forma de nuestros beneficios. La se-

ñora de N... hubiera podido esperar á un rato en que no lloviera, ó cubrirse de modo que no se hubiese mojado; pero entonces no habria producido el mismo efecto su visita, que en el fondo tenia igual mérito, porque el agua no pasó de su abrigo: de otro modo no citaríamos el hecho en este lugar, porque los ejemplos de los grandes sacrificios se presentan, mas bien para que se admiren que para que sean imitados.

No se pide al visitador del pobre el sacrificio de su salud, sino en algunos casos el de su comodidad, haciéndole de tal modo, que el mundo no lo vea, que él no parezca notarlo, y que penetre en el corazon del pobre para salir en forma de gratitud y arrepentimiento.

Podrá suceder que nuestro enfermo sea conducido al hospital, circunstancia por lo comun poco favorable, y que procuraremos evitar. Pero si no nos fué dado, ó no lo creimos conveniente por la situacion en que el enfermo se halla, debemos dispensarle la misma proteccion, y ejercer la misma vigilancia que cuando estaba en su casa, sin

mas diferencias que las exigidas por las reglas del establecimiento. Que sean buenas ó malas, respetémoslas, teniendo presente en este caso, como en todos, que el visitador del pobre no es legislador. Si podemos conseguir permiso para ver á nuestro enfermo cuando nos parezca oportuno, convendrá mucho; si no, resignémonos á ir los dias y á las horas en que van todos. Procuremos inclinar en favor de nuestro pobre á los que le rodean, hablando á su corazon, ó á su interes si es necesario, de tal modo que nos ayuden á consolarle y en algunos casos á corregirle. Allí tambien podrá haber personas caritativas á quienes podamos confiar el secreto de sus faltas, y que nos ayudarán á corregirlas ó las corregirán mejor que lo hubiéramos hecho nosotros. Seamos muy circunspectos al buscar auxiliares para nuestra obra, démosles datos y no consejos, evitando el aire de maestros aun con los que pudieran aprender algo de nosotros, porque el amor propio halla medio de alojarse en todas partes, y la virtud mas austera no pone á cubierto de sus veleidosos extravíos.

No le es menos necesaria al pobre nuestra solicitud cuando convaleciente sale del hospital. Sin fuerzas para trabajar, sin recursos para vivir, vendido ó empeñado su miserable ajuar, no halla en el seno de la familia mas que privaciones, y la poca armonía que suele ser su consecuencia. La necesidad de reparar sus pérdidas exige mas alimento, y los recientes dolores producen por reaccion un vehemente deseo de goees. Todas estas circunstancias ponen al pobre convaleciente en grave riesgo de buscar, por medios ilícitos, recursos que desea con ansia y no puede conseguir con su trabajo, ó cuando menos, de buscar en la embriaguez el olvido de su dolorosa situacion.

El pobre convaleciente exige nuestro particular cuidado, para que no recaiga con algun exceso, para que la convalecencia prolongada por la miseria no produzca una nueva enfermedad, y en fin, si necesitaba correccion y hemos logrado corregirle, para que perseverare en el bien; porque difícil será que se salve su naciente virtud, si la amenazan al mismo tiempo el hábito de los

antiguos extravios y una situación angustiosa.

De todo lo dicho se infiere cuan necesario es que redoblemos nuestro celo con el pobre que ha perdido la salud: la enfermedad puede ser un escollo para su virtud, ó una áncora salvadora.

CAPITULO XI.

DE LOS NIÑOS.

Aquel sér cuyo nombre maldecido aterra la comarca; aquel otro, blanco de la sangrienta curiosidad del vulgo, que camina hácia el patíbulo para expiar en él sus inauditos crímenes, fueron dos niños inocentes, puros... risueños, íbamos á decir; risueños, no, porque la miseria y la dureza helaron en sus labios la risa infantil, y en su alma el gérmen de las virtudes. Salvas raras excepciones, el hombre criminal fué un niño desdichado, á quien faltaron buenos ejemplos y caricias. Tengamos esto bien presen-

te, y al ver un niño descalzo, desnudo, hambriento, á quien nadie corrige ni ama, pensemos que abandonado á su mala suerte podrá ser un hombre criminal. Es doloroso ver tantos niños pobres como se pervierten en las calles y en sus casas.

El niño tiene el gérmen de los malos instintos y de las elevadas virtudes; el secreto de la educación consiste en sofocar los primeros, evitando las ocasiones de que se ejerciten y desarrollen, y en estimular las segundas. Todos nacemos con la facultad de amar y de aborrecer. Si nos rodean con una atmósfera de amor, solo se desarrollarán los afectos benévolos; los opuestos quedarán eternamente en embrión: ¿á quién hemos de aborrecer? Si por el contrario, no hallamos mas que hostilidad en derredor nuestro, la facultad de aborrecer entra en una triste gimnasia, en que ella sola se ejercita: la opuesta se debilita, como un miembro que no se usa; desaparece: ¿á quién hemos de amar? Este es el caso de muchos niños, que no teniendo padres, ó siendo estos viciosos y pervertidos, no representan en la

familia mas que una pesada carga. Como la infancia exige tantos y tan incesantes cuidados; como necesita tantos sacrificios de parte de los que han de protegerla, Dios ha puesto el mas poderoso y el mas noble de los instintos para ampararla; pero este instinto se debilita muchas veces por la miseria y el vicio.

Para comprender la conducta de ciertos gefes de familia, es preciso recordar que fueron tratados por sus padres lo mismo que tratan á sus hijos. No hay solo la *indigencia hereditaria*, hay tambien culpable abandono y dureza hereditaria. ¡Triste herencia, recogida fatalmente de generacion en generacion, para desgracia de todas! Vemos, pues, á un hombre, á una mujer, que harán de sus hijos lo que sus padres hicieron de ellos: el mal es grave, y la caridad necesita de todos sus esfuerzos para aminorarle, unas veces á consecuencia del vicio, de la miseria otras, porque la miseria debilita el cuerpo y deprava el alma. Ese niño tiene hambre, tiene frio; su vida moral parece que no existe; está dominado por dos

ideas fijas: comer y calentarse. Su madre tiene frio y hambre; se ha acostumbrado á oírle llorar á él y á sus hermanos; miró su nacimiento como una desgracia, mira su existencia como un peso; es indiferente á sus gracias, dura con sus faltas, le da pan cuando lo tiene, pero no le da caricias. ¡Qué va á ser de ese pobre niño, que no oyó nunca de la boca de su madre:—*¡bendito seas!* Será el hombre que hallamos perverso, duro, y cuyos hijos debe amparar el visitador del pobre.

Segun los grados del mal debe variar la clase del remedio. Hay familias tan perversas, que no queda otro recurso sino apartarlas de sus hijos, á lo cual no se oponen. Si son muy pequeños, la dificultad es grande, porque ni pueden colocarse en aprendizaje, ó donde presten algun servicio por el que ganen la comida, ni será fácil que los reciban en los establecimientos de beneficencia, donde se atiende á los huérfanos que deja la miseria ó la muerte, mas bien que á los que deja el vicio. Si no nos fuere dado separar al niño de su viciosa familia, am-

parémosle allí cuanto nos sea posible, protejámosle contra la brutalidad de sus padres, inspirémosle odio á sus vicios, que él tendrá propension á mirar como odiosos, procurando salvar el amor y el respeto que debe á los autores de sus días.

Si, por ejemplo, ve venir á su padre embriagado, digámosle:—Hijo mío, tu pobre padre es bien infeliz; gasta su caudal para comprar el desprecio y acaso el odio de los que le miran, y además pierde su salud y su tranquilidad, y todos estos males le vienen de haber presenciado, desde que era pequeñito como tú, malos ejemplos, y no haber tenido, como tú tienes, una persona que le amparase contra ellos. Aunque extraviado, es siempre tu padre, le debes la vida; y dejando á Dios el derecho de juzgarle, tú no tienes más que el de apartarte del camino que sigue, cuando sea malo. Compadécele porque no tuvo, como tú, una mano que le sostuviese; prepárate para darle el buen ejemplo que no ha podido darte: ¿quién sabe si á la vista de tus virtudes enfrenará sus vicios; quién sabe si algún día,

extendiendo hácia tí sus débiles manos, te dirá con lágrimas:— ¡Bendito seas, hijo mío: te debo la tranquilidad de los años que me restan, y si el Señor me perdona te deberé la salvacion de mi alma!— Ahora compadecemosle y roguemos á Dios, para que se apiade de su miseria: ruégale tú, á quien escuchará mejor, porque eres inocente, y porque eres su hijo.

Procuremos siempre salvar la dignidad de los superiores no reprendiéndolos nunca delante de los inferiores, y alejemos al niño antes de echar en cara á los padres su dureza ó su descuido, faltas en que suelen incurrir con frecuencia. La buena educacion exige una vigilancia continua, frecuentes reprensiones y prohibiciones, que evitan los grandes castigos evitando las grandes faltas. Los pobres suelen hacer todo lo contrario; dejan á sus hijos en el mayor abandono durante la semana ó el mes, hagan lo que quieran, y como es imposible que dejen de hacer algo malo, llega una hora ó un día, en que los castigan, maltratándolos con la mayor dureza: pasada aquella

explosion, el niño vuelve á tener libertad de hacer lo que le parece, y vuelve á hacer mal. Esforcémoslo para evitar estas alternativas, que depravan enteramente al niño, por la libertad de que abusa, por la crueldad que le endurece, y por la injusticia que le pervierte.

Procuremos que el niño vaya á la escuela, aunque sea muy pequeño, ménos por lo que lo que puede aprender allí, que para evitar lo que aprendería en su casa y en la calle. El primer día vayamos nosotros mismos á llevarle; el niño, que va con temor, se animará, nos lo agradecerá mucho, y el maestro le tratará con mas consideración. Volvamos con frecuencia á informarnos de nuestro protegido; si su conducta es buena, elogiémosle en presencia de todos; si no, esperemos á estar solos con él para reprenderle, enseñándole alguna chuchería que tenemos el disgusto de no poderle dar, porque no la merece. Hagamos lo posible porque el niño vaya decentemente vestido; si no se burlarán de él sus compañeros, y los niños son extraordinariamente sensibles

al ridículo, hasta el punto de arrostrar algunos la cólera de sus padres, antes que ir á la escuela en que les *ponen moles*. Como el niño pobre no tiene la culpa de serlo, la burla que se refiere á su traje es de las más injustas, y esto bastaría tal vez para depravarle, porque no hay cosa que más pervierta que la injusticia. Importa pues mucho que nuestro niño vaya vestido con decencia, y como hay que contar poco con el esmero de su madre para cuidarle la ropa, convendrá interesar su amor propio para que él no la destruya mucho. Si tal vez nos parece que hay el riesgo de hacerle vano, este extremo será ménos temible que el opuesto.

Los dias festivos son un terrible escollo para el pobre, de cualquiera edad que sea: la ociosidad es en sus manos un arma de cien bocas, que se dispara en todas direcciones, sin que él sepa cómo. El dia en que no hay escuela, el niño pobre tiene el mal ejemplo de su casa y de la calle, el riesgo de que le coja el coche que pasa, de caerse del alto corredor en que brinca, ó al pozo que nadie ta-

pa: como no hay quien le vigile, sus travесuras van graduándose hasta convertirse muchas veces en verdaderas maldades, que sus compañeros aplauden, que los vecinos denuncian y que sus padres castigan con dureza: el dia de fiesta suele acabar para él tristemente, y cuando ménos es una mala lección. Reuniéndose algunas personas caritativas, seria bien fácil alternar en la custodia que necesitan los niños pobres los dias festivos. ¿Veis esas criaturas que hacen ese ruido infernal, que se entretienen en manchar los vestidos de los que pasan, que fuman, que blasfeman maquinalmente, que juegan á la baraja, que se combinan para adquirir por cualquier medio algun dinero con que dar pábulo á sus naciescentes vicios? ¿Queréis verlos trasformados? Sacadlos al campo. Vereis que felices y qué buenos son, jugando con agua, con tierra, y respirando aire puro en un sitio bañado por el sol. Vereis cómo hacen casas, y reúnen plantas y flores, y buscan insectos, é inventan mil juegos, en que ejercitan su cuerpo sin depravar su alma. Su felicidad será mayor

si para amenizar sus juegos les compráis algunos objetos con que puedan variarlos, y no tendrá límites si añadís un poco de pan y queso. Vereis con qué impaciencia esperan la hora en que vais por ellos, y cómo os aman; y cuando al ponerse el sol les hagáis notar la belleza de las nubes que le reflejan, y de la melancólica magnificencia de ese espectáculo, que diciéndonos— ¡Tienes un dia ménos!— parece preguntarnos— ¿Qué empleo has hecho de él?— vereis como están dispuestos á rezar con vos la oracion de la tarde, y á volver á sus casas, mejores y mas dichosos que salieron de ellas.

Para sostener los sentimientos religiosos de nuestro niño, no sólo habremos de suplir el vacío que sus padres dejan, sino neutralizar el efecto de sus malos ejemplos. No basta llevarle á misa; hay que decirle que su padre no va y blasfema, porque no sabe lo que dice ni lo que hace; que de la ignorancia y de la corrupcion resulta una terrible enfermedad del alma, que se llama impiedad: el niño tiene propension á creer esto, porque se lo dice una persona que es

mejor y sabe mas que su padre. Reguemos á este que no nos contrarie en la educacion religiosa de su hijo. Podemos decirle que, aun suponiendo que fuesen patrañas lo que enseñamos, ¿á qué conducen? A que su hijo le ame y le respete hasta donde es posible, á que sea sóbrio, trabajador y paciente; cosas todas que le convienen mucho, por lo cual es de esperar que no se oponga á nuestra obra, al ménos en la mayor parte de los casos.

Debemos ver con toda la frecuencia posible á nuestro niño, ya en su casa, ya en la escuela, ó en el establecimiento benéfico, ó en casa del maestro donde le hayamos puesto en aprendizaje. Que ni á él ni á los que le rodean les ocurra la idea de que está solo en el mundo, sino que, por el contrario, sepan que hay una persona que vigila y se interesa eficazmente en su suerte. El trato frecuente nos pondrá tambien en estado de estudiar su aptitud ó inclinaciones, estudio indispensable para dirigirle. La eficacia de un castigo ó de un estímulo varía según el carácter del niño á quien se

dirige, y la vocacion que no se vé ó no se respeta, le hace desgraciado y le pervierte.

A veces decimos— este niño tiene inclinacion de tal cosa, ó bien, no manifiesta inclinarse á nada,—y en los dos casos nos engañamos. Es fácil equivocarse la aptitud con el instinto de imitacion, que hace al niño educable y le impele á repetir los actos que presencia muchas veces: es fácil tambien que la aptitud de un niño no se haya manifestado, porque en el limitado círculo en que vive no vió el objeto que debía despertarla: observemos bien el nuestro para no hacerle seguir un camino diferente del que le trazó la naturaleza: su felicidad y su virtud se interesan en ello igualmente.

Pero lo que debemos procurar con más cuidado, es inspirarle cariño. Que sus disposiciones benévolas no queden en eterno letargo por falta de accion; que sienta, que agradezca, que ame; y este amor será el hilo que le conducirá fuera del laberinto de vicios en que le colocó su mala suerte. Hay niños que, incorregibles para sus padres que los maltratan, se corrijen por amor y res-

peto hácia una persona, que reconocen muy superior á ellos, y que los trata con cariño. El niño que se ve maltratado y abandonado de todos, está dispuesto á hacer mucho por la única persona á quien ama y de quien es amado.

Hay pobres, y son los más, que no despidan la educación de sus hijos deliberadamente, sino por ignorancia, por desidia y porque sus circunstancias hacen muy difícil que los atiendan mas que en la parte material, y aun esto con trabajo. En este caso, cuando existe el lazo del cariño, es más fácil la tarea del visitador del pobre. Traza un plan de educación acomodado á las circunstancias, y basado siempre en amparar al niño sin abrumarle, en apartarle de la calle y malos ejemplos, en estimular sus sentimientos benévolos y generosos, y en conducirlo más bien con la esperanza del premio que por el temor del castigo: exhorta, aconseja, enseña, apoya, auxilia y saca siempre algún fruto.

Para no desesperar, para no calificar de indigno de nuestra protección al niño que

no se corrige, y al padre que no pone en práctica los medios de correjirle, debemos tener muy en cuenta sus malas circunstancias, y hasta qué punto la miseria endurece, exaspera, debilita y hace poco menos que imposibles la dulzura, la constancia y la fuerza que la educación necesita.—¿Cómo castiga V. tan cruelmente á esa pobre niña? decía una señora á cierta mujer del pueblo, que maltrataba á su hija.—¡Está una tan desesperada! la contestó.—¡Vaya una razon! diremos. —¡Oh, sí, una fuerte, una terrible razon! Es tan difícil que sea bueno, que sea justo el que está desesperado!

CAPITULO XII.

DE LOS ENCARCELADOS.

Nuestro pobre podrá ser conducido á la cárcel por la calumnia ó por la justicia; en cualquiera de los dos casos debemos acompañarle.

Si es inocente, digámoselo á sus jueces,

á sus carceleros, á los que puedan apoyar su justicia, á todos; menos á los malvados con quienes le habrán confundido, y para los cuales sería un título de persecucion la falta de culpa. ¡Que caiga sobre nuestro corazon y le abruma, cada hora que el hombre honrado está confundido entre los perversos, obligado á ocultar sus virtudes como si fuesen crímenes; para no ser escarnecido y maltratado! La cárcel, al menos en España, es una tortura para la inocencia, un escollo para la virtud y una escuela práctica del vicio. Acompañemos á nuestro pobre todo el tiempo que nos sea posible; con nuestra solícitud, nuestro celo y nuestro amor, formemos en derredor suyo una atmósfera de caridad que pueda neutralizar la atmósfera del vicio que le rodea. La perversidad es allí tan cínica, tan repugnante, que ella misma presta armas para combatirla y hacerla odiosa. Hablemos de aquellos hombres con lástima y con horror; ocupémonos de ellos como de una calamidad demasiado inmediata para prescindir de ella, pero sin manifestar jamas á nuestro

pobre el temor de que pueda seguir el ejemplo de aquellos malvados: al contrario, hablemosle como si estuviera separado de ellos por un abismo imposible de salvar. Como son hombres, aunque pervertidos, apelemos á los buenos sentimientos que aun conserven, para disminuir la prevención instintiva que tendrán contra nuestro inocente. Un saludo hecho amistosamente, un pequeño servicio, pueden atraernos su benevolencia, que recaerá sobre nuestro protegido; y no temamos descender demasiado: la caridad no se rebaja nunca por más que descienda.

Si conseguimos probar la inocencia de nuestro pobre y sacarle de la cárcel, acompañémosle á su casa con muestras de consideracion y aun de respeto. Digamos á sus conocidos, á sus amigos, á sus vecinos, á todos los que puedan oírnos, que estaba inocente, que la justicia humana es imperfecta y limitada como el hombre; que la sospecha es la combinacion de la impotencia y de la perversidad humana, que sólo Dios puede ver los corazones, y que no viéndo-

los y juzgando solo por hechos, ¿qué juez no está expuesto á confundir por un momento el crimen y la inocencia?

La infernal máxima, *dí mal, que algo queda*, es de una triste verdad. La calumnia deja señales por donde pasa, como un líquido emponzoñado que tiene grandes afinidades con el conducto por donde corre. Nada será demasiado, nada será tal vez bastante para rehabilitar en la opinion á nuestro inocente encarcelado. Los buenos temerán mancharse con él; los medianos se complacerán en humillarle, porque el común de los hombres no comprende levantarse sino rebajando á los otros; los malos se congratularán de contarle entre los suyos. ¡Oh! Hagamos de manera que no lo consigan. Saquemos á nuestro protegido de aquella casa, de aquel barrio, de aquel pueblo, para que en su desesperacion no acepte las calificaciones que le dan: es frecuente que el hombre acabe por ser lo que el mundo le llama.

Si nuestro pobre es culpable, si debe permanecer mucho tiempo en la cárcel, y tal

vez sufrir despues su condena en presidio, echemos mano de todas nuestras fuerzas, de toda nuestra constancia, de todo nuestro celo, é invoquemos el auxilio de Dios, que bien le habremos menester para no desalentarnos. Aquel desdichado dió un paso por el camino del crimen, y todo cuanto le rodea le empuja en su resbaladiza pendiente. Dada la organizacion de nuestras cárceles y presidios, el crimen se parece á esas corrientes que hay en ciertos mares, que atraen á largas distancias y tragan irremisiblemente al que entra en la esfera de su mortal accion.

El mal es grave, pero la desesperacion es un pecado y una cobardia. Ni en la mansion de la miseria, ni en la del dolor, ni en la del crimen, ni en ninguna parte, escribamos la horrible leyenda que sólo está bien á las puertas del infierno: *Dejad toda esperanza los que entráis.*

La esperanza, esa consoladora hermana de la caridad, debe acompañarnos á todas partes, sea que el mundo la califique de heroísmo, ó que la llame locura.

¿Qué vamos á hacer en el patio de aquella cárcel, en medio de ese coro de blasfemias y obscenidades con que la voz del cinismo sofoca la voz de la conciencia; en esa escuela normal de perversion, en ese gimnasio del crimen, donde tantos Hércules escriben sobre las columnas de sus manos ensangrentadas, un lúgubre: *¡No hay más allá!* ¿Iremos allí á recitar oraciones y á hablar de Dios y de virtud? Un hombre caritativo no es un insensato; es un hombre bueno, que ama á los hombres, espera en Dios y no abjura su razon.

Iremos al patio de la cárcel, no á predicar, sino á ver á nuestro pobre; y él, quien quiera que sea, y donde quiera que esté, nos lo agradecerá; y hé aquí que ya hemos hecho un bien, ya hemos despertado el hermoso sentimiento de la gratitud en aquel antro de maldades; la caridad, como el sol, donde quiera que penetra hace brotar flores. Nosotros debemos conocer á nuestro pobre: segun sus antecedentes será el lenguaje que con él tengamos; pero quien quiera que sea, siempre le interesará el estado

de su causa y los pasos que demos para mejorarle. Como no nos escandalizaremos, más que en nuestro corazon, de nada de lo que oigamos, ni reprenderemos con imprudencia, tal vez se acerquen á nosotros algunos de aquellos seres extraviados; acaso podamos hacerles algun favor, y lleguemos á formar un pequeño núcleo de hombres que nos miren como amigos. Arrojemos allí la semilla de los buenos sentimientos, allí y donde quiera, con la profusion con que la naturaleza las arroja todas. El viento las lleva sobre las aguas y sobre las rocas; pero alguna cae en buena tierra y fructifica. En una ocasion solemne, ante una de esas escenas que conmueven, si se administra el Viático á un compañero enfermo, si otro va á ser conducido al patíbulo, y nos arrodillamos y oramos, es posible que aquellos seres pervertidos se arrodillen tambien, y se asocien á la oracion en que pedimos á Dios misericordia para el moribundo ó para el culpable, á quien los hombres no pueden perdonar. Tambien podemos dejar algun libro que entretenga el tiempo, siempre lar-

go en la cárcel. ¿Y qué clase de libro debe llevarse allí? Ni Fray Luis de Granada, ni una novela impia; un libro que distraiga sin pervertir, aunque no enseñe mucho. No seamos en esto nimiamente escrupulosos: un libro inútil en otra parte puede ser útil en la cárcel, y hay pocos tan malos como lo que hacen y lo que dicen los encarecelados, á quienes se agrupa ciegameute para abandonarlos en la ociosidad, sin tener otro cuidado que el de que no se escapen.

Si nuestro criminal es conducido á presidio, veamos si podemos hallarle allí un protector y un guía; y si sabe leer, escribámosle.

¿Por qué no? Hemos visto cartas de presidiarios en que manifestaban su profunda gratitud hácia los que habian querido favorecerlos, y su gran deseo de salir de allí, para ir á besarles la mano. Un hombre que se ha hecho notable por su ciencia, y que lo es todavía mas por su bondad, tenía á su cargo una obra pública donde trabajaban presidiarios. Para nada se necesitaba allí el rigor ni la amenaza. Construían

con esmero y perfeccion muchos útiles y herramientas necesarios para la obra, que se presentaron en Madrid en una exposicion, y que si no fueron notados, consistió en que la atencion del público suele ser frívola y caprichosa. Se trabajaba mucho y bien; si habia prisa se trabajaba tanto, que parecía que aquellos hombres estaban poderosamente interesados en la conclusion de la obra, cuando no tenían otra retribucion que su mal rancho y las buenas gracias del que la dirigia. Si habia que llevar ó traer caudales, solian desempeñar esta comision dos presidiarios, á quienes el ingeniero daba su mismo caballo. Los caudales se entregaron siempre fielmente, y el caballo fué cuidado con esmero. ¿Por qué sucedian todas estas cosas? Porque al frente de aquellos hombres, acaso mas desgraciados que culpables, estaba uno bueno é inteligente; porque todos querian mucho á D. N. . . . No caben en estas páginas nombres propios; los bendecimos sin escribirlos; pero de este hecho y de otros análogos resulta que aun en los presidios de España los hom-

bres pueden amar; es decir, que todavía son susceptibles de correccion y enmienda.

CAPITULO XIII.

DE LA PRUDENCIA EN LA LIMOSNA.

Como nadie se recela de sus buenos sentimientos, son mas dificiles de evitar los males que de ellos pueden venir. Es una cosa tan santa y tan dulce dar limosna, que una vez averiguada la verdadera necesidad, podemos seguir los impulsos de nuestro corazon sin ninguna especie de trabas: así parece á primera vista, pero no es así realmente.

En primer lugar, hay pobres antipáticos, y otros con quienes simpatizamos; nuestro corazon nos lleva á favorecer á estos mas bien que á aquellos, y nuestra razon y nuestra justicia deben ordenarnos lo contrario. El pobre que nos causa cierta repulsion, suele inspirarla tambien á los otros, es decir, tiene una desgracia mas, que debemos compensar hasta donde nos sea posible, ha-

ciendo inclinar en su favor la balanza de nuestros beneficios. Hacer bien á los que nos inspiran simpatía es un goce: la virtud consiste en favorecer á los que no nos la inspiran.

Ademas, la limosna ha de estar en armonía con la situacion del que la recibe; si no, podemos mortificar mucho, ó despertar ideas que deben quedar como dormidas. Lo primero es raro. Las personas caritativas tienen mucha delicadeza en su corazon para dar esas limosnas que humillan; para llevar á una familia que disfrutó comodidades y se vé en la indigencia, una prenda de ropa tosca que hace subir los colores al rostro y descender la amargura á su alma, mareándole toda la extension de su desgracia; de aquel abismo que la caridad y la esperanza deben cubrir á sus ojos; ya se sabe cuando una moneda no se puede poner, sin grosería, en manos del que la necesita, y se deja sobre una mesa, ó se le da á un niño, etc. ®

Pero no basta la delicadeza; es tambien necesaria la prudencia. Si á un convaleciente desganado le llevamos un manjar mas

bres pueden amar; es decir, que todavía son susceptibles de correccion y enmienda.

CAPITULO XIII.

DE LA PRUDENCIA EN LA LIMOSNA.

Como nadie se recela de sus buenos sentimientos, son mas dificiles de evitar los males que de ellos pueden venir. Es una cosa tan santa y tan dulce dar limosna, que una vez averiguada la verdadera necesidad, podemos seguir los impulsos de nuestro corazon sin ninguna especie de trabas: así parece á primera vista, pero no es así realmente.

En primer lugar, hay pobres antipáticos, y otros con quienes simpatizamos; nuestro corazon nos lleva á favorecer á estos mas bien que á aquellos, y nuestra razon y nuestra justicia deben ordenarnos lo contrario. El pobre que nos causa cierta repulsion, suele inspirarla tambien á los otros, es decir, tiene una desgracia mas, que debemos compensar hasta donde nos sea posible, ha-

ciendo inclinar en su favor la balanza de nuestros beneficios. Hacer bien á los que nos inspiran simpatía es un goce: la virtud consiste en favorecer á los que no nos la inspiran.

Ademas, la limosna ha de estar en armonía con la situacion del que la recibe; si no, podemos mortificar mucho, ó despertar ideas que deben quedar como dormidas. Lo primero es raro. Las personas caritativas tienen mucha delicadeza en su corazon para dar esas limosnas que humillan; para llevar á una familia que disfrutó comodidades y se vé en la indigencia, una prenda de ropa tosca que hace subir los colores al rostro y descender la amargura á su alma, mareándole toda la extension de su desgracia; de aquel abismo que la caridad y la esperanza deben cubrir á sus ojos: ya se sabe cuando una moneda no se puede poner, sin grosería, en manos del que la necesita, y se deja sobre una mesa, ó se le da á un niño, etc. ®

Pero no basta la delicadeza; es tambien necesaria la prudencia. Si á un convaleciente desganado le llevamos un manjar mas

apetitoso, cuidemos de que ni por su calidad ni por su precio se aparte mucho de los que él suele y puede usar. Cuando esté restablecido, comerá de todo: cierto; pero bien podrá ser que recuerde aquel alimento, aquella bebida delicada, que él no sabía que existiese, y que le reveló nuestra imprudente bondad: bien podrá ser que caiga en la tentación de saborear otra vez aquellos manjares, cuyo recuerdo le incita; y el pobre se arruina en el momento que deja de ser sóbrio. Tengamos pues con él lujo de amor y de tolerancia; pero en cuanto á proporcionarle goces que no están en armonía con su situación, seamos muy circunspectos, porque las necesidades se crean con mucha facilidad, y se satisfacen muy difícilmente.

La propia consideracion hemos de hacer con respecto á los niños. Convendrá muchas veces que les llevemos golosinas ó juguetes; pero que sean de los que ellos conocen y han adquirido alguna vez y pueden volver á adquirir; de otro modo, sobre establecer dolorosos contrastes, les revelaríamos goces y refinamientos de un mundo, que de-

ben ignorar ú olvidar, si no han de ser muy desgraciados. Cuando la limosna consiste en vestidos, el error es todavía mas fácil, y puede ser mas fatal. Reunimos nuestras ropas usadas y las de nuestros amigos y amigas, y nos complacemos en pasarles revista, en ver que abultan mucho, en notar que aún están vistosas: vamos á poner á nuestros pobres muy majos, y distribuimos mentalmente las prendas de nuestro pequeño vestuario. Nuestra voluntad es buena, Dios la recibe; pero en cuanto á nuestra prudencia, podrá dejar mucho que desear. Es probable que convenga vender ó cambiar, ó cuando ménos variar de forma aquellos vestidos, que pensamos dar tal como están. En algunos casos podemos hacerlo, cuando se trata de familias que han estado bien acomodadas y conservan necesidades y hábitos de otra posición mejor; pero cuando no media esta circunstancia, cierta clase de objetos sobre ser de poca utilidad, porque su delicadeza no está en armonía con el género de vida y costumbres de los que han de usarlos, pueden llevar á una familia pobre

dolorosos contrastes y peligrosas aspiraciones. La vanidad penetra insensiblemente, por todos los poros de nuestra alma, revisite todas las formas, se acomoda á todas las circunstancias, y se alberga indistintamente en el palacio y en la bohardilla. Un vestido dado imprudentemente á una niña, puede preparar el camino á los extravíos de una jóven. Una criatura que se confundia modestamente con las de su clase, puede querer distinguirse de ellas por una dádiva imprudente, que la hace notar ó parecer mas bella. Una vez despertada la vanidad, echa profundas raíces y solo Dios sabe la paz y las virtudes que á ella se inmolan. Cuidemos mucho por nuestra parte de no fomentarla imprudentemente, sobre todo entre las niñas y las jóvenes, que pueden tener en ella un gran escollo para su virtud. Que nuestra limosna socorra necesidades, y no fomente caprichos ni despierte pasiones peligrosas.

CAPITULO XIV.

DEL RESPETO AL DOLOR.

El que va en busca de su hermano desvalido para consolarle, no insultará seguramente su desgracia. ¿Para qué recomendarle el respeto al dolor? Porque todos hemos oído decir alguna vez, y acaso hemos dicho:—*Esa gente no siente como nosotros. Los pobres no sienten.*

Comprendemos que los pobres por su género de vida sean ménos susceptibles, y que el hábito de sufrir endurece para los sufrimientos; pero si restáramos de nuestra decantada sensibilidad la hipocresía, que los pobres no tienen, y las conveniencias sociales, que desdeñan y acatamos nosotros, no nos parecería tanta la distancia entre su modo de ser y el nuestro. ¿Qué diferencia esencial hay entre el pobre, que despues de perder á una persona querida, sin consultar mas que su corazon, se va á la taberna, y el ri-

co. que consulta impaciente el calendario para ver el día en que podrá cambiar de traje ó ir al teatro?

Pero supongamos que en general los pobres sienten mucho ménos; admitámoslo como regla: ¿creemos que no tiene excepciones numerosas?

—¿Cómo va, Juan?

—Medianamente, señora: con este tiempo no se puede trabajar. Algunos ratitos, que no llueve, hago algo en la huerta de D. N...y me dan la comida.

—¿Y á donde va V. con ella?

—La llevo á casa.

—¿Poca cosa será para todos!

—Poca; pero á lo ménos así aprovecha: porque comer yo solo, pensando que mi mujer y mis hijos no comen.....

—¿Qué es eso, pobre María? ¿Se han aumentado los dolores?

—No, señora.

—Pues ¿por qué está V. tan afligida?

—Hoy hace siete años que me despedí

dé la hija de mi alma, que murió en el hospital. Me parece que la estoy oyendo. *¡Adios madre mia, me decía, no nos volveremos á ver!* Y no nos vimos mas. Llegó la hora, tuve que dejarla y murió sin que yo supiese cómo, ni oyera la última palabra que dijo.....

—¿Qué ha tenido V., Antonia?

—Me encuentra V. muy cambiada, ¿no es verdad?

—¿Ha estado V. mala?

—Sí, señora.

—¿Qué ha sido?

—Una pena, que fué para morir de ella; pero los pobres no morimos de penas.

—Los ricos tampoco. ¿Qué le ha sucedido á V.?

—Mientras hallaba donde recogerme, estaba en aquella casa, que V. sabe, de gente poco buena. Se puso malo el niño, y se me murió en pocas horas. No estaba empadronada; me dijeron que en aquella parroquia no le querian enterrar porque no pertene-

cia á ella; que los iba á comprometer; que no habia médico que diese certificacion de que el niño murió de enfermedad, porque ninguno le habia asistido; que me acusarian de haberle matado. . . le cojí, yo, su madre, le llevé muerto por las calles, por tantas calles como hay de allí á la inclusa, y le dejé en el torno. Luego eché á correr horrorizada, y despues no sé lo que me pasó, hasta que me ví enferma en el hospital.

¡Los pobres tambien sienten! Y cuando uno siente con delicadeza, con vehemencia, es horrible ser pobre! ¡La falta de medios materiales y de consideracion, qué de torturas añade á la pena que Dios envia! Aquella pobre madre ve consumirse lentamente á su hijo. Le dicen que le lleve á tomar baños, ó variar de clima; no puede: que al menos cambie su habitacion por otra menos lóbrega y húmeda; no puede tampoco: que le dé alimentos mas nutritivos; no tiene medios. Al fin le ve caer y espirar. Al mismo tiempo sus hermanos lloran de hambre, y es preciso atenderlos; luego, ren-

dida de cansancio y de dolor, duerme al lado del hijo, que no despertará; por la mañana se horroriza de su sueño, ve sacar el cadáver, sabe que le llevan á la fosa comun, que nunca podrá arrodillarse junto á una cruz y decir llorando:— ¡*Aquí está mi hijo!*

Aun admitiendo por regla que los pobres sienten poco, en honor de la verdad, por cierto muy triste, hay que admitir que esta regla tiene numerosas excepciones. Si no tenemos pruebas, muchas y muy evidentes, de la dureza de un pobre, tratémosle en sus grandes penas como si fuera muy sensible; evitémosle esas escenas desgarradoras que destrozan el alma. Poco se ha perdido si nuestra solicitud no era necesaria: ¡y qué horrible seria que siéndolo faltase, y que añadiésemos al dolor inevitable otros, que hubiéramos podido evitar! En todo, para no faltar nunca, es preciso sobrar muchas veces: sobremos, pues, de tal modo, que el vulgo pueda decir— ¡*Qué necedad!* pero que el hombre caritativo no diga nunca— ¡*Qué dureza!*

CAPITULO XV.

DE LOS ENFERMOS DE ESPIRITU.

Entendemos por *enfermos de espíritu* aquellos desgraciados que, no siéndolo por falta de medios materiales, se extravían sin corrección ó sufren sin consuelo.

Desde luego se comprende lo difícil de socorrer á esta clase de desdichados, y que no todas las personas serán aptas para llevarles socorro. La primera dificultad consiste en saber donde están: los otros infelices nos buscan: á estos necesitamos buscarlos. Un gesto, una palabra, una lágrima, un rostro que se enciende ó palidece, revelan á veces un dolor oculto, que nadie sospecha ni consuela. Por regla general, en todas esas criaturas que el mundo llama *raras, extravagantes, escéntricas ó locas*, hay siempre algun gran extravío ó algun gran dolor: tal vez las dos cosas. Acerquémonos á estos pobres seres, que el mundo rele-

ga moralmente con una desdeñosa sonrisa; acerquémonos, y veremos con asombro grandes errores, grandes virtudes y grandes desdichas en aquellas misteriosas existencias, especie de cavernas, en donde nadie encendió luz.

Para acercarse al enfermo de espíritu suele haber dos dificultades; material una, moral otra: de la primera se triunfa con arte, de la segunda con caridad. Se buscan relaciones, y se espía el momento propicio en que poder dirigirse al pobre sin violencia. Nunca será excesivo el cuidado que pongamos para que nuestras primeras relaciones parezcan naturales; y mas bien hijas del acaso que de ningun cálculo por nuestra parte. El enfermo de espíritu está, por regla general, poco dispuesto á creer que sus males tienen remedio, y mira con cierta prevención al que se acerca á él con el objeto de curarle. El amor propio es tan monstruoso y tan irresistible en sus exigencias, que hostiliza aun á los que nos traen consuelo, por ver una especie de humillacion en que otro nos alcance un bien, que no pudimos

hallar solos: no olvidemos que en la clase á que, por lo comun, pertenece el enfermo de espíritu, el amor propio es mucho mas susceptible que en el pobre vulgar. No obstante, hay momentos solemnes en que enmudece: si nos acercamos á nuestro infeliz en uno de esos momentos, cuando un sentimiento profundo ó una gran pasion le agita fuertemente, entónces podemos ir derechos al corazon, sin necesidad de los rodeos que los hábitos, las preocupaciones, el carácter y el amor propio hacen necesarios.

El obstáculo moral que hallamos al acercarnos al triste, está en su reserva, en su retraimiento, en su hábito de sufrir solo, en su suspicacia, ó cuando menos, en la desconfianza con que nos mira. Hay casos en que estos obstáculos parecerán insuperables, en que tendremos por imposible hallar medio alguno de ganar la confianza de nuestro desventurado. No nos desalentemos. Hay un camino seguro para llegar á todo corazon que padece, y este camino es el amor. ¡Sufrimos tanto cuando sufrimos solos! La soledad del corazon es tan desconsolada, que

á pesar de todos los hábitos, de todos los propósitos, de todas las apariencias, bien pronto bendecimos en el fondo de nuestra alma al que nos desea paz y nos procura consuelo.

A veces el dolor tiene una especie de fanatismo, y parece que se complace en creerse incurable y eterno; pero en realidad, el corazon recibe el consuelo como los ojos la luz; enfermos se cierran á ella, pero su tendencia irresistible es á mirarla.

Al manifestar lo que entendemos por enfermos de espíritu, hemos dicho: «LOS DESGRACIADOS que no siéndolo por falta de medios materiales, etc.» ¿Y por qué decimos los *desgraciados*? ¿No hay dichosos que se extravían, que se precipitan, y se hallan con necesidad de nuestra direccion y consejo? Seguramente; mas por regla general la felicidad escucha mal las amonestaciones de la prudencia; es demasiado ciega, sobrado arrogante para ver precipicios bajo las flores que cubren su camino, ni razon donde no hay alegría: ella posee la ciencia de gozar, y desdeña todas las otras.

El dichoso no escucha; pero hay pocos dichosos y por poco tiempo. Como la ventura enerva, el venturoso es débil, y cae por tierra al primer golpe de la desgracia. ¿Qué se hizo su brillo, su arrogancia, su infalibilidad? Al primer choque con el dolor se desvanecieron como esos globos de espuma de jabon que hacen los niños, y que no resisten el contacto de ningun cuerpo duro. Cuando queramos corregir á un hombre, esperemos á que sufra: no es probable que tengamos que esperar mucho tiempo.

El enfermo de espíritu puede verse reducido á su triste estado, por errores del entendimiento, por extravíos de sus pasiones, por la vehemencia de su corazon.

Exige mucha perseverancia rectificar los errores cuando se han convertido en hábitos, como generalmente sucede en las personas de que tratamos. Solas viven, solas sufren, solas deliran, y el error en la soledad crea monstruos, como el miedo en las tinieblas. En muchos casos nos parecerá que un hombre está loco, y no es sino que ha vivido solo.

En toda aberracion del entendimiento, que produce la desgracia del que la tiene, hay siempre una idea, que se presenta con mas frecuencia y con mas fuerza; una idea mas ó ménos fija, y otras que la han precedido, que la siguen, sirviéndole como de compañeras y auxiliares.

Podrá suceder que nuestras ideas y las de nuestro afligido no coincidan, que lo veamos todo de distinta manera: guardémosnos de revelarle este antagonismo, porque si él nota que no convenimos con él en nada, tendrá por muy razonable no convenir con nosotros en ninguna cosa. Callemos nuestra opinion alguna vez; aparentemos ser de la suya en cosas de poca importancia; no vayamos á contradecir todo lo que no aprobamos, sino por el contrario, ataquemos los errores uno á uno, sin querer rectificar el que está delante si no hemos extirpado de raíz el de atrás. La contradiccion sobre muchas ideas á la vez, por suave que sea en la forma y razonada en el fondo, aparece casi siempre como un ataque, y mas bien que de corregirse da la idea de defenderse.

Hemos dicho ya que en el enfermo de espíritu extraviado por errores, hay casi siempre una idea culminante, una idea mas ó ménos fija, causa principal de su malestar: lo mas natural parece combatir desde luego esta idea, pero no es lo mas prudente. Debemos rectificar antes otras, á que nuestro infeliz dará ménos importancia y sostendrá con ménos empeño, ya porque en materia de obstáculos es cuerdo empezar venciendo los mas débiles, ya porque quien se ha extraviado solo durante mucho tiempo, necesita adquirir el hábito de ceder, de deferir á la opinion de otro; hábito que podrá contraer cediendo en cosas pequeñas, y contribuirá á que se obstine menos en las de mas importancia.

Procuremos tambien no incurrir en el error, muy comun, de exigir del hombre mas razon de la que tiene, y pretender que sea todo lógica y consecuencia, cuando lleva en sí tantos elementos de desconcierto y contradicción. El que es desgraciado porque se equivoca, necesita guía y luz para su entendimiento: démosela hasta donde nos sea

posible; pero teniendo siempre á la vista, primero su desgracia, su error despues. Esto nos hará mas pacientes, y mas ingeniosos para hallar medios de convencer: la razon aprende muchas cosas que solo el corazon enseña.

¿Qué pondremos enfrente del error al infeliz que se extravía? ¿Llevaremos la verdad? ¿Bastará que la vea para que la comprenda y la reciba? Tal vez le deslumbre su brillo; tal vez lastime dolorosamente sus ojos, no acostumbrados á tan vivo resplandor; tal vez los aparte con terror y con pena, no imaginando que el bien pueda venir bajo una apariencia tan desoladora. Al que está muy fuera de razon hay que irsela dando en muy cortas dosis, y una idea fija se combate mal con argumentos, por mas concluyentes que sean. El hombre es un compuesto de facultades, de aptitudes diversas, y su atencion y su sensibilidad tienen como una medida, de tal modo que, aplicadas con mucha fuerza en un sentido, aparecen debilitadas en otro. Al que es víctima de una idea fija y errónea, que le hace desgraciado,

no empecemos por contradecirle; no intentemos probarle que lo que piensa es absurdo, sino procurar que piense en otra cosa: en vez de confundirle, distraigámosle. Nuestro primer cuidado no ha ser que reconozca como absurdo su pensamiento, sin que se entregue menos á él. La verdadera fuerza de una idea está, no en lo que vale, sino en la atención que se le presta: disminuíd esa atención, y en el mismo grado disminuye el daño que os causa.

Estudiemos las facultades, las inclinaciones de nuestro enfermo, y procuremos poner en ejercicio aquella ó aquellas mas marcadas, de modo que su acción venga á servir de contrapeso á la actividad excesiva de su idea dominante. Si nuestro afligido es vano, toleremos su vanidad: si orgulloso, su orgullo: si tuvo en otro tiempo deseo de adquirir, hablémosle de especulaciones, ó de ciencias ó de artes, si para ellas tiene alguna aptitud: sobre todo, leamos bien en su historia, en la de su corazón, para hallar en sus afectos un medio de corregir sus extravíos mentales. Los afectos, las facultades,

las inclinaciones es raro que se aniquilen, por mas sacudimientos que experimente nuestro ser moral: mas bien que desaparecen, duermen en el fondo de nuestra alma, y es necesario despertarlas para restablecer la armonía, turbada por la preponderancia de una idea errónea. Debemos repetirlo: nuestro principal medio no consiste en presentar argumentos concluyentes, sino en reducir á la inacción aquella parte de la inteligencia, que extraviándose nos mortifica. Si nuestro enfermo, en vez de entregarse doce horas á su idea dominante, se entrega once y media, ha dado ya un paso para su curación.

Cuando la paz del alma está alterada por alguna ardiente pasión, tenemos que combatir un enemigo tan poderoso, tan terrible, que á su vista, la primera idea que nos asalta es la de nuestra impotencia, y nuestra primera resolución la de abandonar el desdichado á su propia suerte. ¿Qué somos y que valemos para luchar con ese poder irresistible, que se llama pasión, con ese monstruo cuya fuerza no podemos apreciar, cu-

ya forma no podemos comprender, que nos aterra con su rugido y nos atrae con un halago, á quien atribuimos un origen infernal en sus delirios, y que en sus momentos sublimes parece venida del cielo? ¿Luchar con ese gigante no es querer abarcar el espacio en nuestra débil mano, ó medir el infinito?

No nos desalentemos por desoladoras apariencias. Todo en el hombre es limitado, efímero: el que se agita á impulsos de alguna pasión poderosa necesita comer y dormir, y ningún grande sufrimiento físico ó moral existe sin intermitencias.

En el hombre apasionado que sufre, hay la pasión y el dolor, la causa y el efecto. No tengamos la insensata arrogancia de empezar combatiendo la causa; dirijamos nuestros esfuerzos á disminuir el efecto, y prescindiendo del insensato que se extravía, pensemos en el misero que padece. La pasión es sorda, pero el dolor escucha; hablemos le el lenguaje de la compasión, único que comprende, y nuestras palabras hallarán eco.
¿Qué hacemos con un herido? Curarle

primeramente, sin averiguar si se halla en aquel estado por culpa suya. Con el hombre apasionado debemos hacer lo mismo? Debemos darle muchos consuelos ántes de aventurar el primer consejo. No nos ocurra nunca la idea insensata de combatir la pasión de frente y con razonamientos y lógica; cuando á un hombre apasionado le decimos, y aún le probamos, que es detestable lo que adora é imposible lo que pretende, podemos estar seguros de excitar su cólera ó su desprecio. La pasión, como todo lo que tiene una gran fuerza, se cree infalible: nada mas inútil que argumentar contra ella.

Antes de combatir los funestos efectos de las pasiones, fijémonos bien en la causa, sepamos bien lo que es pasión. Pasión es la necesidad imperiosa del objeto que la inspira; es la acumulación de todas las fuerzas del alma para conseguir este objeto. La pasión no es una especie de monstruo, como tal vez imaginamos; su deformidad está en su violencia. Todo afecto, toda inclinación, todo deseo, puede llegar á ser pasión, y las pasiones, aunque nos parezca que nacen gi-

gantes, porque realmente lo son cuando las notamos, tuvieron un momento en que fueron afectos, inclinaciones, deseos moderados. Conviene tener esto presente para no hacer *apasionado* sinónimo de *insensato*, ni creer que el hombre que delira en un sentido no escucha razon en nada.

Hay naturalezas volcánicas, que tienden á trasformar en pasiones todos los afectos y los deseos todos. En ellas es posible combatir una pasión con otra, sustituyéndola con alguna menos perjudicial; tal vez con alguna útil. Querer llevar la calma á estas organizaciones es un delirio, y mas de una vez la inacción forzada produce en ellas movimientos convulsivos, desórdenes irreparables. Ejemos que la persona vehemente sienta, sufra y obre con vehemencia; procuremos enderezarla hácia el bien, sin intentar que vaya con movimientos acompasados; esta exigencia nuestra bastaria tal vez para arrojarla del buen camino, solo para buscar otro, por donde pudiera marchar mas aprisa: en las naturalezas apasionadas, la pretension de contener es el medio seguro de no dirigir.

¡Cuantos hombres se lanzan al vicio, al crimen tal vez, por no haber tenido quien dirigiese su energía por vías menos fatales!

Un triste es tanto mas fácil de consolar, cuanto sus facultades son mas variadas y mas numerosos sus afectos. La pasión que le aflige puede hallar moderadores en el cariño que le commueve, en el triunfo de amor propio que le halaga, en el trabajo que le ocupa, en la contrariedad que le irrita. Nuestro estudio principal debe consistir en buscar ocasiones en que se ejerciten los afectos ó las facultades, que pueden servir de correctivo á la pasión que extravía.

Hay personas cuyo ser moral é intelectual parece limitado á un afecto, á una facultad. Estas personas son muy difíciles de consolar en sus dolores, y de corregir en sus extravíos: cuando un pensamiento las domina, en vano buscamos otro que oponerles. Estas organizaciones ofrecen dificultades insuperables, y de ellas salen los monomaniacos[®] y los dementes: por fortuna no son muy numerosas; pero si nos hallamos en frente de alguna, no deduzcamos la ineficacia de nues-

tros medios de la inutilidad de nuestros esfuerzos, ni el mal éxito de nuestra tentativa nos desaliente para hacer otra.

Si nuestra misión es difícil para con el error y la pasión, ante el dolor no es más fácil. ¿Quién es capaz de clasificar los dolores, aunque emplease en este trabajo la vida entera? ¿No son casi infinitos por su número, é imposibles de estudiar por su variedad? ¿Cada persona que sufre, no parece afligida por un dolor diferente? A primera vista las diferencias asustan, quitan la esperanza de poder formar alguna idea general del dolor; pero á medida que se profundiza un poco, á través de las diferencias se hallan las semejanzas. El dolor tiene sus criaturas excepcionales, que padecen penas sin nombre, cuyas nada más, y fuera de todas las reglas que da la limitada inteligencia humana; pero la generalidad de los tristes puede clasificarse, y si no en la forma, en la esencia, los que pertenecen al mismo grupo sufren de una manera parecida.

Lo primero que debemos investigar es el origen del dolor para que busquemos consue-

lo. El dolor puede tener su origen en los malos instintos, en las nobles facultades, en los tiernos afectos. En el primer caso el dolor es una enfermedad del alma, comparable á esas corporales que dan asco; en los otros, diríase que es como un mérito, como una virtud; á veces parece que diviniza al desdichado que aflige.

El dolor que tiene su origen en los malos instintos, es una falta cuando menos, y en este caso no es posible consolar sin corregir. Necesitamos vencer cierta repugnancia para acercarnos amorosamente á la criatura cuya desgracia es efecto de la envidia, de la soberbia, de la codicia, de una ambición insensata, etc. etc.; pero no debemos abandonar una dolencia del alma porque nos inspire repulsión, como no estaría bien dejar sin curar una llaga porque nos dé asco. Ante un desgraciado culpable pensemos en que no hay nada más difícil que apreciar con exactitud el grado de culpabilidad de una persona. ¿Dispone nadie del temperamento que le ha cabido en suerte, de la educación que recibe, de la

moralidad y carácter de sus padres y amigos, de la época en que vive, de su posición social, de las circunstancias todas que le rodean, y que tanto influyen en sus ideas y en sus acciones? ¡Cuántas influencias recibe el niño y el joven antes que él pueda influir eficazmente en su propio destino! ¡Qué de obstáculos no opone á veces la suerte al mejor deseo! ¡Qué combinaciones tan fatales no nos envuelven, formando una especie de laberinto, de donde es muy difícil salir sin pecado! En el infeliz culpable hay una cosa positiva, la desgracia; en cuanto á la culpa, ¿quién sabe si no lo será á los ojos de Dios? y en todo caso ¿quien es capaz de apreciarla exactamente? Si hemos meditado en lo imperfectos que son los medios que tenemos para juzgar, comprenderemos que es punto menos que imposible calificar una falta, sin perjudicar ó favorecer á la persona que la ha cometido. En caso de duda favorezcamos, porque la injusticia, siempre mala, es horrible ejercida contra un desdichado.

Por mas benévola que sea la disposición

de nuestro espíritu, no debemos disimularnos las dificultades que tendremos que vencer. En igualdad de energía, un dolor es tanto mas difícil de consolar, cuanto su origen es menos noble: los dolores egoistas tienen todos algo de acre, que opone al consuelo una tenaz resistencia. El avaro, que no puede resignarse con la pérdida de su tesoro; el envidioso, que sufre al ver la prosperidad del que aborrece; el sensual, que suspira por goces que no puede alcanzar, tienen en su extravío un aplomo desdeñoso que es preciso desconcertar.

Debemos hacer comprender á nuestro enfermo que todas las consideraciones que con él tenemos se las debe á su desgracia; que en cuanto á su razon, se halla miserablemente extraviada, y que no es infeliz sino por haber buscado la felicidad donde no puede hallarla nadie. Veamos de estimular sus afectos benévolos, de dar expansion á su ánimo contraído, de hacerle ver el egoismo en otro con todas sus deformidades y amarguras, asegurándole, como es cierto, que el que no piensa mas que en sí no pue-

de ser querido de nadie, y que el que de nadie es querido, acaba por ser infeliz. Ofrecámosle el cuadro de la alegría y de la ventura, cifrada siempre en los sentimientos expansivos y benévolos, y cómo parece que Dios no se digna conceder nada al que lo quiere para sí todo. No nos será difícil presentarle ejemplos prácticos de esta verdad, y cuadros sombríos del egoísmo puesto en acción, hallando en el mundo la hostilidad, el desprecio que merece, y cuyo resultado es la desgracia del egoísta. No nos será difícil tampoco probar que, si hay hombres que se elevan y prosperan materialmente por sus malas cualidades, no hay ninguno que tenga goces y satisfacciones que merezcan este nombre, sino por sus afectos benévolos. Las supuestas venturas, cuyo origen está en la satisfacción de los sentimientos egoístas, tienen siempre algo de sombrío y de agitado, mucho de incompleto; en fin, no son venturas.

Hemos dicho que la razón y la lógica luchan mal con el hábito y las pasiones; pero en el caso que nos ocupa, es preciso ra-

zonar hasta donde pueda seguirnos la inteligencia del paciente; y esto por dos razones: la primera, porque el egoísmo que pesa, ó mide y calcula, lleva al dolor que causa, esos hábitos de cálculo que escuchan y el pró y el contra de las resoluciones, y las ventajas y los inconvenientes de una línea de conducta: la segunda, porque estas naturalezas egoístas son generalmente pobres, si se nos permite esta expresión; tienen pocos recursos, pocos resortes que podamos tocar con buen éxito, para neutralizar la preponderancia de un instinto que extravía. Sin embargo, no hay que renunciar á este medio eficaz, sino después de habernos cerciorado de que no es posible emplearle: debemos estudiar siempre cuidadosamente las facultades é inclinaciones de nuestro afligido, para oponer las que pueden aliviarle á las que le hacen infeliz.

Hé aquí una criatura sola, desdichada, que sufre porque es buena, ó porque es grande. ¡Qué espectáculo! ¡Qué amargura ver convertidas las mas nobles facultades del alma, los mas tiernos afectos del

corazon en manantiales de lágrimas! ¡Qué terrible nos parece el misterio que hace brotar el dolor de un alma generosa, de un corazon amante! En presencia de aquella amargura tan profunda, tan inmensa, quedamos como anonadados. ¡Qué son nuestras débiles fuerzas para oponerlas al irresistible poder de una desventura sin remedio? ¡Qué es nuestra razon ante aquel desconsuelo, nuestra palabra á vista de aquellos gemidos? Y luego, nosotros, cristianos, hemos divinizado el dolor, le adoramos en los altares, personificado en la bendita entre todas las mugeres, en la triste entre las tristes, en esa divina Madre que tiene una lágrima eternamente suspendida, y un corazon atravezado por la espada del desconsuelo.

A nosotros, cristianos, la criatura que se affije por no haber podido realizar alguna cosa grande, que suspira por haber sido vilmente defraudada en sus mas dulces esperanzas, que gime junto á un lecho de dolor ó llora sobre una tumba, nos parece sublime, nos inspira respeto: al acercarnos á ella, creemos oir una voz de arriba que nos

dice: — ¡Detente, profano! — La suposicion de que pueda sentir menos, se nos figura como una calumnia, como una impiedad; el dolor la diviniza, consolarla ¿no seria envilecerla? ¡Oh, no! El dolor profundo, cuyo origen está en los nobles sentimientos, imprime carácter. Llegad á los que affije, no hayais miedo que se degraden; siempre conservarán algo de sagrado estos ungidos de la desgracia; consoladlos sin temor: por mas que hagais, nunca serán vulgares ni dichosos.

Los grandes dolores que se apoderan de todas las facultades del alma, que pueden confesarse sin rubor y razonarse á sangre fria, fascinan como todo lo grande, y nuestro primer sentimiento es de impotencia: pero las naturalezas capaces de sentirlos son, por lo comun, ricas en facultades, y la misma impresionabilidad que las predispone á la afficcion, las hace sensibles al consuelo. Un corazon generoso y amante no puede ser insensible á nuestra sollicitud, á nuestra constancia, á nuestro deseo de su bien, á nuestras lágrimas: agradecerá nuestro cariño, y la gratitud es el primer síntoma

de alivio, la primera forma de la resignacion. Hablamos de lágrimas y de cariño, porque el que no siente y no ama, no puede consolar. Mas quién no ama y no compadece á la noble criatura atribulada por un santo y profundo dolor?

No pronunciamos nunca la palabra *consuelo* delante de una gran pena; pareceria un insulto, una impiedad: el verdadero afligido se identifica con su dolor, y le acaricia y le ama. Encareced con él las excelencias del objeto cuya pérdida le hace desdichado; convenid en lo irreparable de su desgracia; mostraos convencidos de que ya no hay bien posible para él sobre la tierra. Aquel gran pensamiento frustrado, aquella defraudada esperanza, aquella tumba querida, han sepultado para siempre la dicha de nuestro afligido. Lloremos con él, deliremos con él, no le contradigamos en nada, y cuando intente alguna cosa contra su vida ó su salud, no hagamos valer nuestra razon, sino nuestra pena: él hará por nosotros lo que no haría por sí mismo; el que por sentimiento se aparta de la razon, por sentimiento vuelve á ella.

Al hablar con nuestro desdichado, las primeras palabras que aventuremos, que no se refieran á su pena, deben ser el relato de algun gran desastre, el comentario de alguna grande desventura; es la única cosa que está dispuesto á escuchar. En la exaltacion del dolor, es frecuente sentir una horrible complacencia ante el espectáculo de los grandes desastres. Yo no he podido realizar un grande y generoso pensamiento; que nadie realice ninguno: la sociedad ha sido injusta conmigo; que lo sea con todos: he perdido el objeto de mi amor; que perezca el género humano. Cuando una persona afectuosa siente así, guardémosle de pensar que se ha depravado; compadezcámosla en vez de acusarla: su extravío nos da la triste y exacta medida de su dolor.

Con nuestros lúgubres relatos lograremos sacar un poco de sí á nuestro afligido; empezaremos á romper el fatal hábito de no apartar de su pensamiento la idea que le abrumba. Este período de amargura acre, de complacencia terrible ante el espectáculo de las agenas desgracias, dura mas ó me-

nos, según muchas circunstancias imposibles de señalar, pero tiene un término: y ¡ay del afligido si no le tuviese, porque perdería el juicio! no hay cabeza que resista por mucho tiempo la tensión que supone el estado de que vamos hablando. Cambia al fin: el triste no puede ocuparse mas que de penas, pero empieza á compadecerlas; la compasión hácia los males de otro es un síntoma infalible de alivio: el dolor supremo no compadece; es la única situación en que el hombre es grande no ocupándose mas que de sí mismo. Cuando el triste entra en esta segunda fase de su dolencia, es ya posible estudiarle é ir formando alguna idea de su carácter, sentimientos y facultades. Estudiémosle cuanto nos sea posible, á fin de ver qué nuevo curso debe darse á aquella existencia, que ya no puede seguir el que seguía: veamos qué objeto pueden tener sus afectos, qué dirección sus facultades; pero no le propongamos ningun cambio en forma de consejo, ni por su bien, sino en forma de ruego, y por el bien de otro. La pena tiene su pudor, respetémosle. Para el

que después de una gran desgracia vuelve á la vida del alma, puede decirse que hay como una especie de resurrección dolorosa. Cada paso que da el triste fuera de aquel recinto en que sufrió los primeros accesos de su pena, le produce un terrible sacudimiento. La primera vez que sale de su aposento, que baja la escalera; la primera vez que pisa la calle, que sube en un carruaje; la primera vez que entra en un templo, que ve el campo, que oye una melodía, todos los objetos que no ha visto, todas las sensaciones que no ha experimentado desde que es infeliz, son otros tantos dardos que vienen á desgarrar su corazón. Y aquel mundo que sigue indiferente el curso de los sucesos, y progresa y brilla; y aquella naturaleza impassible, que se viste de verdura y tiene flores y frutos, lo mismo que cuando él poseía el bien que llora perdido, llevan al alma amarguras sin número y sin nombre. Estemos prevenidos contra estas sensaciones, no para evitarlas, porque eso es imposible, sino á fin de neutralizarlas algo: el haberlas previsto, es mucho; el que adivina, consueta. Habi-

tuado nuestro triste á vivir identificándose con una idea ó con una persona, tiene que hacer el doloroso aprendizaje de vivir solo, de colocar en sí el centro de sus pensamientos y de sus acciones, que tenia en otra parte. Procuremos dulcificar la amargura de este cáliz; saquemos al infeliz de sí mismo, haciéndole ver la importancia de sus resoluciones. Esta importancia no es imaginaria; la persona que siente así, cualquiera que sea su posición, puede hacer mucho bien, si sabe dirigirse ó halla quien la dirija. A veces nos afligirá ver las recaídas de un corazón que creímos convaleciente: no nos desalentemos; el dolor baja como la marea, con oleadas que suben de continuo.

No hay para qué insistir en que los tristes, de que vamos hablando, no son esos desgraciados vulgares cuyos efímeros dolores en breve consuela el tiempo; ni que al hablar de soledad entendemos la material, porque hay enfermos de espíritu muy acompañados materialmente, y cuyo corazón está muy solo.

No hemos hablado de los consuelos de la religión, tan eficaces en los grandes dolores.

Si nuestro afligido es religioso, él se volverá á Dios en su tribulación: y si vemos que se aparta algo, no intentemos llevarle por esos medios vulgares, tan propios para impacientar al que intentan corregir, ni nos escandalicemos de las blasfemias del atribulado. ¿Por ventura el dolor no hace delirar como la fiebre? En vez de exhortar al afligido á que rece, pongámonos en oración; en vez de dirigirle largas pláticas, procuremos colocarle en medio de esas escenas que conmueven el corazón y le vuelven á Dios. En cuanto al desdichado irreligioso, ni en lo acerbo de su dolor es ocasión de convertirle, ni la falta de creencia debe ser motivo para abandonarle. ¿Qué caridad sería la nuestra si abandonase á un infeliz porque tiene una desgracia mas?

Para auxiliar á un enfermo de espíritu se necesita mucha bondad, mucho trabajo, mucha perseverancia. ¿Quién no se detiene ante la perspectiva de tantos esfuerzos, cuyo éxito, tal vez dudoso, no será nunca brillante? Pero en nuestros momentos de amargura debe ser muy dulce el recuerdo de

un atribulado que arrancamos á la desesperacion; y en el dia de la justicia, tal vez se incline la balanza del Supremo Juez en favor del que pueda decir con verdad: — Señor, yo he consolado á un triste.

CONCLUSION.

Mis últimas palabras no se dirigen al visitador del pobre: él sabe por experiencia cuántas lecciones se reciben, cuántos consuelos se hallan en la práctica de la caridad; no hay que recomendársela: como la conoce, la ama. Si la casualidad lleva este libro á manos de una persona que no ha visto nunca de cerca los dolores del pobre; si no le arroja desdenosamente; si lee con interés alguna de sus páginas, la autora, en premio de las lágrimas que ha vertido al escribirlas, le pide una buena accion: que se acerque una sola vez á donde gime la desgracia; al hospital, al hospicio, á la cárcel, á casa

del pobre. ¡Oh tú, quien quiera que seas, hombre ó mujer de corazón, donde el mío ha encontrado algun eco: ven, ven, entra, no pases por Dios por delante de la puerta de ese desdichado sin entrar! ¡Si supieras qué fácil y qué dulce es hacer bien! ¡Si supieras con qué poco esfuerzo podías dar la libertad á aquel inocente encarcelado, salvar la vida á aquel pobre niño que muere por falta de alimento, guiar al que se extravía, fortalecer el ánimo del que decae, dar esperanza al que la ha perdido y consuelo al que no tenía ninguno! ¡Si supieras cuántos hay por tierra, porque no tienen quien les alargue la mano; cuántos enfermos de cuerpo ó de alma, porque, como el de los libros santos, no pueden ir en busca del agua que dá la salud, ni han hallado quien los lleve! Entra, entra. Aprende á ser bueno, y á ser feliz, y á ser desgraciado. Lloro alguna de esas lágrimas santas que arranca el dolor ageno: de esas lágrimas, que cayendo sobre el corazón, le consuelan si sufre, y si está manchado le purifican. Completa tu felicidad con esa celeste alegría que Dios reser-

va á los que hacen bien. Sobrelleva paciente tu desgracia, viendo la resignacion del que sufre mas que tú. Entra, entra. Aprende á conocerte, no te calumnies; tú vales mas que imaginas, tú eres mejor de lo que pensabas. Por ignorancia, por ligereza te colocaste entre los miserables; y ya lo ves, en tu corazon hay un tesoro. ¡Tu corazon! ¿Y es completamente dichoso el corazon tuyo? ¿No le atormenta, no le aflige ninguno de tantos dolores como pueden apenarle? Si no ha sufrido, si no sufre, sufrirá: esa es la ley, y para sus heridas ¡qué bálsamo tan prodigioso podrias hallar en la caridad! Aspiraciones imposibles de alcanzar, deseos que no pueden realizarse, vacíos que nada llena, dolores en todos los grados, bajo todas las formas, que escarnecen la razon, que no escuchan la fé, que rechazan la esperanza, han hallado en la caridad dulce consuelo. Si comunicaras con los desdichados en tus penas y en tus prosperidades, tus dolores serian menos acerbos, y tus alegrías menos incompletas. Si no tienes una mirada piadosa que dirigir al desvalido, ni le ofreces una mano

amiga, si eres desdichado; corres peligro de desesperarte, y si dichoso, de envilecerte. Sé bueno en la prosperidad, para que Dios te la bendiga, y no sea maldita entre los hombres: sé bueno en la desgracia, para quitarle lo que tiene de mas acerbo; y cuando tus oídos estén sordos al consejo y al consuelo; que penetre en ellos la celestial melodía de una bendicion. ¿Y no te parece que hay algo de repugnante y de impío en esa felicidad que olvida al infortunio? ¿Y no te parece que Dios debe negar la entrada en su reino al dichoso que no lleve sobre su cabeza la bendicion de algun triste? No pases de largo por la puerta del afgido; entra, aunque sea una vez sola: si eres dichoso, para ser bendecido; si eres infeliz, para ser consolado.

INDICE.

	Páginas.
A las hijas de San Vicente de Paul.	3
CAPITULO I.—¿Qué es el dolor?..	5
CAPITULO II.—¿Qué somos nosotros?	12
CAPITULO III.—¿Qué es el pobre?	16
CAPITULO IV.—De nuestro exterior al visitar al pobre	35
CAPITULO V.—De las cualidades que debe tener el visitador del pobre	42
CAPITULO VI.—De la habitacion del pobre y de su vestido.....	66
CAPITULO VII.—¿De qué hemos de hablar con el pobre?	75
CAPITULO VIII.—De la correccion del pobre irreligioso.....	83

CAPITULO IX.—De la correccion del pobre vicioso.....	126
CAPITULO X.—De los enfermos.....	151
CAPITULO XI.—De los niños.....	164
CAPITULO XII.—De los encarce- lados.....	177
CAPITULO XIII.—De la pruden- cia en la limosna.....	186
CAPITULO XIV.—Del respeto al dolor.....	191
CAPITULO XV.—De los enfermos de espíritu.....	196
CONCLUSION.....	224

OBRAS

QUE SE HALLAN DE VENTA EN LA MISMA
LIBRERIA DE ABADIANO, CALLE DE
LAS ESCALERILLAS NUM. 17.

Manual de la sociedad de San Vi- cente de Paul, un tomo grande..\$	1 0
Reglamento de dicha sociedad.....	0 1
Notas explicativas sobre los artícu- los del reglamento general de la sociedad de San Vicente de Paul	0 1
Guía práctica de las conferencias de San Vicente de Paul.....	0 1
Instruccion de los deberes de los presidentes de la sociedad de San Vicente de Paul.....	0 1
Los números salidos del Boletín de idem, cada uno á.....	0 1
Alma devota de la sagrada Eucaris- tía, por el P. Pagani, 2 tomos, que valia 2 pesos.....	1 2

Alma en soledad en un dia de retiro de cada mes para santificar la muerte, con las máximas de los ejercicios de San Ignacio, 2 tomos, que valia 2 pesos.....	1	2
Alma desolada confortada para el padecer, 1 tomo 12 ^o	0	6
Alma al pié del Calvario, 2 tomos..	0	6
Amor del alma, unida esta obra al amor de Jesucristo y al manual de la pasion de San Alfonso de Ligorio, los tres tomos en 1 volumen.....	1	2
Aviso para tranquilizar á las almas tímidas por el P. Cuadrupani, unida la instruccion para vivir cristianamente, del mismo autor.	0	6
Biblia de la juventud, con mas de 100 láminas.....	0	6
Belarmino, explicacion de la doctrina cristiana, 1 tomo.....	1	0

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

AN

DE NUEV